

EL NUEVO MUNDO

DE

LOPE DE VEGA

El monstruo de la Naturaleza y Fénix de los ingenios, como apellidaron sus contemporáneos al gran Lope de Vega, cuando, según la expresión de Cervantes, *se alzó con el cetro de la cómica monarquía*, no es un autor de aquellos cuyas obras se entierran al par de sus cenizas, y cuya memoria dura cuanto la vida de los que lo conocieron. Á Lope le sucede todo lo contrario: si sus contemporáneos le aplaudieron, las generaciones posteriores le colman de mayores elogios; si sus obras merecieron repetidas impresiones, en nuestros días se le levanta un monumento con la edición completa que publica la Real Academia Española; si sus producciones fueron imitadas en España y más allá de los confines de nuestra patria, no llegó este estudio á revestir los caracteres de un verdadero culto hasta que en nuestro siglo apareció el ilustre poeta austriaco Grillparzer; jamás la fama de Lope y su estudio han sido mayores, ni *extensa* ni *intensamente*: no lo primero, porque nunca ha sido Lope tan conocido é imitado en todas las lenguas como lo es hoy; no lo segundo, porque hasta nuestro tiempo no se ha intentado la edición crítica de sus obras,

Buena prueba de esta afirmación es el libro que motiva el presente estudio. Un insigne poeta holandés acaba de traducir á su lengua patria, con el título de *Columbus*, el drama de Lope *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. Trátase de una de las obras de nuestro gran dramático que menos honra le han proporcionado, de una *osadía dramática*, al decir de D. Eugenio de Ochoa, de un drama del que afirma

D. Antonio Sánchez Moguel que, si Lope no tuviera otros títulos que presentar á la admiración de las edades que la de autor de esta comedia, medrada estaría su gloria, y del que han dicho el Sr. Stor que jamás ha desbarrado tanto como en él el egregio poeta; D. Juan Pérez de Guzmán, que no puede contarse entre las obras magistrales del fundador de nuestro teatro; y Ticknor había escrito con anterioridad que se trataba de una de las obras más extravagantes y desaliñadas de Lope, y sin embargo, en ésta, como en las más monstruosas de sus obras, *El Cardenal de Belén*, por ejemplo, Lope es siempre el mismo, genial, grande hasta el punto de no caber en sí, fluido en la versificación, admirable en la pintura de los afectos.

Antes de entrar á examinar la traducción del poeta extranjero, preciso será conocer la comedia de Lope. Fué impresa viviendo su autor, en el año de 1614, por Nicolás de Assiayn, impresor del reino de Navarra, en Pamplona, juntamente con otras once comedias (1) del mismo Lope, que constituyen la parte cuarta de sus obras dramáticas, y lleva la que estudiamos el título de *La famosa comedia del Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, sin que pueda servirnos de garantía de que la obra no sufriera mutilaciones ó descuidos en la impresión la circunstancia de haber sido hecha viviendo Lope, porque éste no se cuidó de la impresión de sus comedias sino desde la parte novena en adelante. Impresa en 1614, como queda dicho, debió haberse escrito y representado muchos años antes, toda vez que se encuentra entre las mencionadas en *El Peregrino*, impreso en 1604.

No es la obra que vamos á analizar una verdadera comedia histórica en el sentido estricto de esta palabra. Su asunto principal es un hecho histórico: el descubrimiento del

(1) Doze | Comedias de | Lope de Vega Carpio, | Familiar del Santo Oficio | Sacadas de sus originales. | Cuarta parte. | Dirigidas á Don Lvis Fernan | dez de Cordova etc..... | Año (Grabado) 1814 | Con Licencia. | En Pamplona, por Nicolas de Assiayn, Impresor | del Reyno de Nauarra.

4.º Ej. existente en la Biblioteca de la Real Academia Española.

D. Juan Pérez de Guzmán, en su estudio sobre esta comedia, publicado en 1892 en el *Memorial de Artillería*, cita otra edición del mismo año en Madrid por Miguel Serrano de Vargas.

Nuevo Mundo, pero no siempre se atiende Lope á lo que la historia nos dijo de aquel hecho, y en ocasiones va abiertamente contra lo probado, como sucede al hacer intervenir al Padre Buil en el primer viaje de Colón.

El primer acto es todo de preparación, y consta de diez escenas, que se desarrollan en Portugal, Granada, Real de los monarcas católicos ante aquella ciudad, Palacio Real de Toledo, morada de Colón y en otros lugares, exigiendo tal cambio de decoraciones y tal artificio que, aun con los adelantos materiales de nuestro teatro moderno, sería irrepresentable.

Colón había recogido en su casa de la isla de Madera á un viejo marinero, quien al morir le hizo la siguiente revelación:

Por el Oceano, pues,
de poniente caminaba,
cuando una tormenta fiera
mi seso y nave arrebató,
sin norte, aguja, ni tiento;
por sus anchuras me pasa
donde vi con propios ojos
nuevo cielo y tierras varias
tales, que nunca los hombres
pensaron imaginarlas,
cuanto más que fueran vistas
y de nuestros pies tocadas.
La misma tormenta fiera
que allí me llevó sin alas,
casi con el mismo curso
dió conmigo vuelta á España.
No se vengó solamente
en los árboles y jarcias,
sino en mi vida, de suerte
que ya ves cómo se acaba.
Toma esas cartas y mira
si á tales empresas bastas;
que si Dios te da ventura,
segura tienes la fama.

Colón refiere todo esto al monarca lusitano, quien, en una larga tirada de versos, se burla de su credulidad y hace alarde de sus conocimientos geográficos, sin que sean bastante á disuadirle de su opinión las prudentes advertencias del Duque de Alencastre, su consejero. Determinase Colón á enviar á Inglaterra á su hermano Bartolomé para pedir auxilio al Rey Enrique, y decide venir á Castilla á solicitar favor de sus monarcas.

En este punto sufre interrupción el drama y nos ofrece una tierna escena de amores entre el Rey Chico de Granada y su favorita Dalila en los jardines de su palacio del Albaicín, presentándonos á aquel monarca entregado á los placeres y víctima de sus desdichas, autorizando á su alcaide Zelín para que capitule con los cristianos.

Reanúdase la acción principal en Castilla, donde Colón solicita en la Corte el apoyo de los Duques de Medinaceli y Medina Sidonia, quienes se ríen de él como el monarca portugués.

En la escena siguiente, ante los muros de Granada, Zelín concierta con los monarcas y el Gran Capitán la entrega de la ciudad y del reino, y en la inmediata recibe, con la visita de su hermano Bartolomé, la repulsa del inglés, y determina, por consejo del piloto Pinzón, dirigirse al contador mayor Alonso de Quintanilla.

La escena que sigue á ésta es propia de una comedia de magia y en ella el marino genovés conversa con su propia imaginación, que, en figura de mujer vestida de muchos colores, baja de lo alto, lo toma de la mano y lo conduce ante un trono en que está sentada la Providencia, juntamente con la Religión cristiana y la Idolatría, ante quien comparece por último un demonio, dominador del continente próximo á descubrirse, el cual, como es lógico, se opone, alegando su posesión y acudiendo á otras excepciones jurídicas.

No acaba con esto el acto, sino con la entrada de los Reyes en Granada, una entrevista de Colón con Quintanilla y otra con los Reyes Católicos, en que se determina poner por obra el viaje á las tierras descritas por el oscuro piloto muerto en la isla de Madera.

El acto segundo justifica el título que Lope dió á su obra. El teatro representa la nave que conduce al genovés, y en la que estalla una sublevación que, capitaneada por Pinzón y sus compañeros Terrazas y Arana, pone en grave riesgo la vida del héroe, quien logra escapar con ella gracias á la intervención de Fray Buil.

En el resto de este acto la acción se desarrolla en las tierras recién descubiertas, y muchas de estas escenas y algunas del tercer acto puede decirse que forman un drama dentro de otro, en el que los indios nos muestran sus creencias, amoríos, odios, rivalidades, etc.

La primera tierra que pisan los expedicionarios pertenece al cacique Dulcanquelín, quien acaba de robar á Tacuana de Haiti, hija de Clapillan y prometida

del indio más generoso
que hay del mar á los Friones.

ó sea Tapizarú, enemigo mortal de Dulcanquelín. La pasión de éste y el deseo de venganza de aquél los lleva á las manos en el momento en que la nave española descubre claramente la tierra y sus marinos disparan los primeros arcabuzazos.

La admiración de los indios en presencia de las naves y de sus tripulantes, el acto de colocar la cruz para tomar posesión de la nueva tierra en nombre del Cristianismo, el afán de algunos conquistadores por atesorar riquezas, sus amores con las indias, la conversión de los habitantes del Nuevo Mundo mediante la predicación de Fray Buil y algunos sucesos extraordinarios, como la caída de los ídolos y el reverdecer una cruz cortada por los idólatras, dan asunto á todas las restantes escenas que en el nuevo continente se desarrollan.

Las últimas escenas del tercer acto ocurren en Barcelona, donde acaba de llegar Colón, trayendo como testimonio de su descubrimiento indios, pájaros, oro, esmeraldas y marfil, recibiendo en cambio los títulos de Duque de Veraguas y Almirante de la mar y escudo en el que se ven

sobre marítimas aguas
 dos castillos, dos leones
 por Castilla y por León.

y termina, por último, el drama al ir á bautizar á los indios, siendo padrinos los Reyes Católicos; con estas palabras puestas en boca de D. Fernando y de Colón,

Hoy queda, gloriosa España,
 de aquesta heroica victoria
 siendo de Cristo la gloria
 y de un genovés la hazaña.
 Y de este mundo segundo
 Castilla y León se alaba.
 Y aquí, senado, se acaba
 la historia del Nuevo Mundo.

Siendo Colón el héroe de esta comedia, prescinde Lope de su vida privada, de su niñez, de sus amores y de su muerte, y atento al título que puso á su obra, comienza cuando aquél expone su pensamiento al monarca lusitano, y termina con su llegada á Barcelona, es decir, es la historia completa del primer viaje. Colón aparece siempre digno. Llegan en un principio á faltarle las esperanzas, pero su fe le impide caer en enervador desaliento: es en la expedición y en la conquista más padre que jefe; así dice:

La salvación de esta gente
 es mi principal tesoro...

y en el momento de su recepción por los Reyes Católicos aparece como súbdito leal y agradecido, sin que los vapores de la soberbia marchiten los laureles del descubridor. En torno suyo se mueven personajes muy bien delineados: el P. Buil es una figura simpática; su intervención pone término á la insurrección de á bordo y causa respeto á los indios, los cuales más se convierten por su ejemplo que por su palabra.

Terrazas y Arana representan á maravilla el elemento maleante que fué á la conquista. Oigámoslos:

TERRAZAS. La golosina del oro,
de quien dice el gran poeta
que no hay edad ni decoro
que no sujete, hoy sujeta
del Nuevo Mundo el tesoro.
Despoblaránse las tierras
por ver las nuevas que encierras,
¡Nuevo Mundo! en tu horizonte,
viendo este mar, llano y monte
segundas Farsalias guerras.

.....
Ahora vienen mis recelos,
que no hay sin contentos ricos;
que en estos bárbaros suelos
¡á qué efecto ó causa aplico
tantas barras y tejuelos?
Tengo más, y busco más;
pero todo este tesoro
deja mi disgusto atrás,
pues que no estás en el oro.
¡Oh contento! ¿En dónde estás?

ARANA. Tenéis razón, y advertid
que está en fe este oro ó quimera,
como las arcas del Cid.
¡Pese á tal, quién lo tuviera
entre Toledo y Madrid!

TERRAZAS. Razonable era Sevilla
entre aceituna y ostión.

.....
Querrá Dios que vuelta demos
donde el tesoro gocemos,
que aquí poco gusto da.

ARANA. Y cuando estemos allá,
lo de aquí codiciaremos.

Pinzón, que con los anteriores fué el alma de la insurrección de á bordo, no presenta caracteres morales superiores á los de aquéllos, es tan ambicioso como todos. Para entregarse á sus aventuras amorosas despacha al indio Aute con una embajada, y dice:

Va el indio á un negocio mío
y déjame dos muchachas.

Á lo que responde Arana:

Aún tú no lo pasas mal.
¡Vive Dios, que hay hombre aquí
que diera todo el caudal
por hallar en Guanahaní
despacho ó ventura igual!

Pero llegan en este terreno á mayores los atrevimientos, y así á los pocos versos se lee:

PINZÓN. Pues yo voy á ver si hallo
las dos muchachs de Aute.
ARANA. Mucho te precias de gallo.
¿Una no basta?
PINZÓN. No sé.
Yo, hermanos, negocio y callo.

Señálase generalmente como una de las bellezas del teatro de Lope la pintura de las mujeres, y, por el contrario, como un defecto del de Tirso lo fáciles que las pinta; pero que esto tiene excepciones nos lo prueba la obra que examinamos, la cual en la pintura de las indias bien pudiera haber sido suscrita por el socarrón y chispeante mercenario. Así Tacuana finge una huída de Dulcan para ir á reunirse con Tapirazú y demanda la protección de Terrazas, quien la acompaña al bosque.

Leamos algo de esta escena:

ARANA. ¿Dónde la bárbara llevas?
TERRAZAS. Amor mis quejas socorre.
Dónde quieres que la lleve,
sino á lugar que la gocen
mis necesitados brazos.
¿Soy yo de carne ó de bronce?
TACUANA. Basta, que aqueste español
no es Dios, pues que no conoce

el pensamiento que traigo
 perdida por sus amores;
 que con aquesta invención,
 fingiendo tales razones,
 vengo á sus brazos rendida,
 porque así me lleve y robe.
 El piensa que me hace fuerza,
 y amor sin fuerza me pone,
 donde descansa mi pena,
 que tanto peligro corre.

Queda sólo Arana lamentándose así de su situación:

Que sea yo tan desdichado,
 que todos tengan su gusto,
 que no hay piloto embreado
 que ya no le venga al justo
 un amoroso cuidado,
 ¡y que yo perezca aquí!

Mas la presencia de Palca lo saca de estas meditaciones,
 entablándose el siguiente diálogo:

ARANA. Palca, ¿cómo va de pechos?
 A ver...

PALCA. Que no tengo oro.

ARANA. De esto estarán satisfechos:
 sólo esos vuestros adoro,
 que de oro mejor son hechos.
 No busco aquel oro aquí,
 de que ya tengo un tesoro.
 ¿Pues cuál oro?

PALCA.

ARANA.

PALCA.

El tuyo.

Así

ARANA.

pues, serás crisol de oro
 y tendrásme toda en ti.
 No vi tal felicidad.
 Por deshonra tienen éstas
 el negar la voluntad,
 que del no vestirse honestas
 les nace la enfermedad.

Soy tuyo, en fin.

PALCA.

Si tu quieres.

ARANA.

A andar así las mujeres
de España, ¿quién se quejara?
Mas si tanto oro sobrara,
ni aun pidieran alfileres.

Comedia española del siglo XVII sin un bobo ó gracioso es imposible concebirla, y así no había de faltar en ésta, en la que el indio Aute representa aquel papel. Envíale Pinzón desde Guanahaní á Haiti á llevar á Fray Buil una carta y doce naranjas, de las cuales el portador se come cuatro, y queda admirado al oír leer la carta, pues entiende que el papel habla y delata el número de las frutas que le entregaron. Es portador en otra ocasión de doce aceitunas para que Fray Buil haga con ellas colación, y entrando en tentación de comerlas, esconde la carta para que no lo delate y empieza á probarlas arrojando la pulpa y comiendo el hueso; mas descúbrese nuevamente su falta, por lo que exclama:

No más fiar de papel.

Las restantes figuras de la obra están en su justo límite. Los Reyes Católicos, el Gran Capitán y Alonso de Quintanilla, tal como la historia nos los ha presentado, si bien en la determinación de la empresa del descubrimiento parece tomar más empeño y parte el Rey que la Reina: el Monarca portugués y los Duques de Medina Sidonia y Medinaceli son figuras secundarias, y tampoco tienen mayor importancia Bartolomé Colón, el Duque de Alencastre y los demás personajes.

El episodio del Rey de Granada es interesantísimo, y debía ser muy del gusto del público en tiempo de Lope, por lo que lo vemos empleado en muchas comedias y aun en novelas; baste recordar la *Atalaya de la vida humana*, ó séase el *Guzmán de Alfarache*, de nuestro Mateo Alemán, con su novelita corta de *Osmin y Daraja*.

La narración de nuestras antiguas proezas siempre ha deleitado á los espectadores; así debió suceder en esta obra con los siguientes versos puestos en boca de Zelín:

Murió Muza sobre Loja,
que aquel cristiano arrogante
de la cruz de Calatrava
le pasó de parte á parte.
El conde de Palma ha muerto
en la batalla á Albenzayde;
don García el de Toledo
mató á Zelindo y Azarque;
á manos del capitán
cordobés Gonzalo Hernández
murieron Alí y Zulema;
mató Garcilaso á Tarfe:
á Reduan valeroso
ha muerto el marqués de Cádiz;
por el conde de Tendilla
yacen muertos cuatro alcaides;
Velascos y Pimenteles
no dejan vivo linaje
de Gomeles y Zegríes,
Vanegas, Zarcos y Zaides.
Santa Fe crece y se aumenta
hecha por nueve ciudades,
Sevilla, Córdoba, Andújar,
Jerez, frontera de alarbes,
Jaén, Ubeda, Baeza,
Carmona, Ecija; y partes,
labrando los nuevos muros,
á los de Granada iguales,
ó te rinde ó te defiende,
porque aguardar que te maten
no es hazaña de rey noble,
sino de esclavo cobarde.

Lástima que Lope, que tan á maravilla manejaba el romance, no lo haya empleado en la despedida que el Rey hace de Granada:

Adiós, famosa é ínclita Granada;
laurel de España, que su frente cierra,
blanca y hermosa en la nevada sierra,
bermeja ya de sangre derramada;

adiós, el mi Albaicín y Alhambra amada;
 adiós, Generalife; adiós, mi tierra;
 que ya de vos la envidia me destierra
 que se ha juntado á la cristiana espada.

De la torre más alta á lo profundo
 gima tu pesadumbre, á quien suplico
 llore mi mal, si le alegró mi dicha.

¡Si el Rey Chico hasta aquí me llamó el mundo,
 no me llame de hoy más el mundo *chico*,
 pues ha cabido en mí tan gran desdicha!

En la pintura de los afectos amorosos es Lope, excepción de las escenas naturalistas ya apuntadas, tan tierno y apasionado como siempre.

Hay en el drama de Lope un elemento importantísimo, y es el religioso. No era ciertamente este escritor un teólogo profundo como Tirso ó Mirademescua, y por eso no produjo su fecunda pluma un *Condenado por desconfiado* ni un *Esclavo del Demonio*, pero no le faltaban conocimientos teológicos y escriturarios, que resplandecen principalmente en sus autos y comedias de santos. En el drama que estudiamos hace gala de ellos en varios pasajes; así, al desembarcar los españoles en la nueva tierra é implantar en ella la Cruz, todos la adoran en estrofas, algo pedantescas, llamándole cama ilustre donde Dios murió, bandera alzada contra el pecado, árbol de la nave de la Iglesia, vara divina de Moysen, verde laurel de victoria, arpa de David, etc. Dulcan, Bartolomé Colón, Pinzón y Terrazas sostienen después una verdadera *disputación teológica*, que versa nada menos que sobre el augusto misterio de la Trinidad, la caída del Angel rebelde y el sacrosanto misterio del amor divino, la Eucaristía.

Las primeras entrevistas de indios y españoles son notables por la sencillez de aquéllos y la buena fe y amor verdaderamente paternal con que nos presenta á Colón; así, por ejemplo, cuando Palca suena por primera vez unos cascabeles y retrocede espantada ante un espejo, lo que hace exclamar á Fr. Buil:

Poco solimán vendieran
si así del espejo huyeran
las mujeres de Castilla.

La comedia está toda escrita en verso, y en su mayor parte en romance, en ese género genuinamente español, envidia de otras literaturas y al que Lope aseguró vida perdurable, escribiendo en él la mayor parte de sus obras dramáticas. Su facilidad y fluidez son verdaderamente admirables. Citaremos un último ejemplo como muestra de ello:

Si os preciáis de hijos del sol,
valerosos españoles,
como lo dicen los rayos
que disparáis á los hombres,
esos endiosados talles,
lengua hermosa y rostros nobles,
amoroso pensamiento,
ingenio y ciencia conformes,
así veáis esta tierra
sujeta á vuestros pendones
y este vuestro Dios y Cristo
triunfador de nuestros dioses.
Y la cruz que nos predica
aquese bendito monje
que la trujo en sus espaldas
por la redención del orbe,
desde Haiti á la hermosa Chile
generalmente se adore,
y la misa que esperamos
mueva nuestros corazones,
y así veáis esas barbas,
que aquí tanto espanto ponen,
hasta la cinta crecidas,
por tan larga edad se logren
y volváis á vuestras patrias
y que vuestros hijos pobres
jueguen ricos al tejuelo
con el oro de estos montes,
ó los traigáis á casar

con nuestras hijas, adonde,
mezclándose nuestra sangre,
seamos todos españoles, etc.

No todo han de ser alabanzas para esta comedia, ya hemos indicado al principio el juicio que á muchos doctos mereciera.

Es cosa sobre toda ponderación difícil llevar al teatro la personificación de ideas abstractas, como la Providencia, la Religión cristiana, la Idolatría y la Imaginación, peligro ante el cual no se pasaron jamás nuestros grandes dramáticos Lope y Calderón, quienes al llevarlas á sus dramas arrojaron las consecuencias á ello inherentes. Algo parecido ocurre con la figura del Demonio, aunque ésta sea más dramática y menos ocasionada, por tanto, á riesgos, como las anteriores.

Se notan en el drama de Lope muchas faltas á la verdad histórica y alguna dejamos ya notada. La relación de un nuevo mundo hecha á Colón por un marino ya la recogieron los cronistas de Indias, Oviedo, el sevillano López de Gomara, el inca Garcilaso y el padre Acosta, si bien, como atinadamente observa el Sr. Sánchez Moguel en sus estudios *España y América*, el primero la tuvo por falsa, los restantes la aceptaron como verdadera, llamando algunos al desconocido marino Alonso Sánchez de Huelva, tradición que nada tiene de imposible, como nota el Sr. Sales y Ferré en su libro *El descubrimiento de América según las últimas investigaciones*, y en apoyo de la cual escribió un libro mi antiguo compañero de Universidad D. Baldomero de Lorenzo y Leal con el título de *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez ó el primer descubridor del Nuevo Mundo*. También es de los cronistas la idea de que los Duques de Medina Sidonia y Medinaceli se opusieron á los planes de Colón y que, como queda dicho, acogió Lope. Asimismo se valió éste de la leyenda de la insurrección á bordo de la *Santa María*, que pasó como cosa probada durante mucho tiempo, sublevación inadmisibile sólo con leer el *Diario de navegación* de aquel viaje y cuya pretendida existencia ha acabado de desvanecer recientemente.

te D. José María Asensio y Toledo en sus publicaciones *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos* y *Martín Alonso Pinzón*.

No deben, pues, como vemos, atribuirse á Lope todos los anacronismos históricos de su drama; acaso, y esto parece ser lo más probable, se inspirase en la lectura de los cronistas que acogieron como hechos ciertos estas inexactitudes y otras, como el patrocinio dispensado á Colón por Pinzón y algunas de menor importancia. ¡Que Lope comete anacronismos! Y, por ventura, ¿no es este defecto general en nuestros grandes dramáticos? Sin salir del mismo teatro del Fénix de los Ingenios, encontramos extravíos mayores que los del *Nuevo Mundo*; sirvan de ejemplo sólo dos obras, *La judía de Toledo* y *El Cardenal de Belén*. En la primera Lope hace ir á Palestina y tomar parte en la tercera cruzada á Alfonso VIII, estando averiguado que jamás salió de España (anacronismo que, por cierto copió de aquí, en la pasada centuria, Huerta en su *Raquel*). En la segunda, acaso la más monstruosa de las obras de Lope, al decir de un sabio crítico, por sus anacronismos y sus personalidades abstractas, nos encontramos con que la escena se desarrolla en Constantinopla, Jerusalén, Roma, Persia, Hipona y Belén, intervienen en ella San Jerónimo, los tres Reyes Magos, San Gregorio Nacianceno, San Agustín, Juliano el Apóstata, San Dámaso y otros muchos, el Mundo, Roma, España, un león y un pollino; Juliano el Apóstata habla de Atila, cuando no había nacido este *azote de Dios*, y la acción, por último, dura más de ochenta años, defectos que ya notó atinadísimamente Pellicer.

Adviértese, por último, en esta comedia, que hoy estudiamos, gran desorden, amontonamiento de escenas y una variación de los lugares en que se desarrolla verdaderamente extraordinaria. ¿Quién podrá exigir unidad de lugar á Lope, enemigo de toda traba impuesta al ingenio y autor del *Arte nuevo de hacer comedias*? ¿Quién puede exigir á Lope orden y método? He oído en más de una ocasión decir á mi sabio maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando bajo su dirección estudiaba el drama nacional, que

el arte dramático de Lope es arte de improvisación, sin que esto sea culpa suya, porque los españoles en general casi nunca han tomado el arte en serio, siendo ésta la causa de que predominen en casi todo nuestro teatro la intriga y la acción y flaqueen los caracteres. Eso precisamente ocurre en este drama y eso nos explica su desorden.

Conocida así la obra original, pasemos á estudiar la traducción.

El viejo y el nuevo mundo aprestáronse hace pocos años á conmemorar el cuarto centenario de la invención de América; no quiso Holanda sustraerse á tan generoso movimiento, y el Consejo de su teatro nacional proyectó la representación de la mencionada obra de Lope, encargando su traducción á Fr. Smit Kleine. Destruyó un incendio el bello teatro de Amsterdam, y la obra no pudo representarse; pero aquel laudable intento no resultó estéril, por cuanto que, á principios del pasado año de 1895, las prensas de Nijmegen reproducían en lengua holandesa la obra del poeta castellano.

Lope es un poeta esencialmente católico, y hombre de su siglo, pertenece enteramente al XVII; su traductor holandés es un calvinista del XIX, que había de encontrar grandes dificultades para adaptar la comedia castellana al teatro de su patria. Suben de punto estas dificultades al considerar las diferencias fonéticas de ambas lenguas y su diferente aptitud para la rima. Analicemos, teniendo á la vista estas indicaciones, la obra del docto Smit.

El primer obstáculo de importancia con que Smit Kleine tropezó fué, y así lo declara, la dificultad de hacer una traducción métrica, dada la prosodia de su lengua. Las diferencias fonéticas del castellano y el holandés son grandísimas: en castellano, dice Smit, casi todas las palabras riman, hasta las mismas interjecciones; en holandés la prosodia es menos abundante, las conjunciones é interjecciones no forman rimas sonoras y delicadas, y no podrían figurar en una buena traducción; las lenguas del Norte no poseen la íntima dulzura y agradable ligereza de aquellas en que, como en la nuestra, el latín es la base principal.

Siguiendo Smit el ejemplo que invoca de los Lessing, Schiller, Shakespeare, Shelli y Tennyson, emplea casi siempre el verso blanco, llamado hoy libre entre nosotros, género de poesía del que dice el literato holandés que parece ser inaccesible para las lenguas y oídos meridionales, cuyos poseedores, capitalistas dichosos (probablemente los únicos que lo son en nuestros días), no podrían formar bajo las banderas de una poesía que carece del brillo de la rima y de la armoniosa cadencia que produce. Una sola escena ha escrito Smit en prosa y otra sola en rima perfecta, ésta última, la despedida que hace el *Rey Chico* de su Granada, en que ha pretendido imitar las famosas coplas, conocidísimas por el estribillo

¡Ay de mi Alhama!

Hasta aquí sólo hemos visto dificultades de lengua y gramática; pero hay otras, á las cuales aludimos al principio, y son las de tiempo y opinión.

No es fácil adaptar al teatro holandés del siglo XIX una obra española del XVII. Para los calvinistas Países Bajos, según nota Smit, sería una profanación evocar *La devoción de la Cruz* fuera de sus catedrales, así como considerarían un sacrilegio llevar el símbolo de la redención y las ceremonias sagradas al candente suelo de un escenario. Estas consideraciones han impedido á Smit llevar á su obra las escenas en que se pinta la conversión de los indios, en que se cantan los loores de la Cruz ó se discute de Fe, y aquellas en que intervienen la Providencia, la Religión cristiana, la Imaginación, la Idolatría y el Demonio, si bien sintió escrúpulos al descartar estas dos figuras, por ser, dice, eminentemente modernas y subsistir entre los humanos.

No explica Smit algunas supresiones, como la del relato que hace Zaide de la guerra entre moros y cristianos; pero bien se advierte que el ser ésta y otras análogas las partes más locales, más españolas del drama, interesan menos á un público no español, para quien los nombres del Marqués de Cádiz, el Maestre de Calatrava, el Conde de Tendilla, etc., son completamente desconocidos é indiferentes.

Smit ha suprimido en el primer acto la citada relación de Zaide, las escenas en que Colón habla con su imaginación y es llevado ante la Divina Providencia y algunos versos en la entrevista del Rey de Granada con los Reyes Católicos; del segundo, todo excepto las escenas de la sublevación, el desembarque y los parlamentos de Colón con su hermano, Arana, Terrazas, Pinzón y Fray Buil; del tercero sólo ha traducido la llegada á Barcelona y la escena final con pequeñas supresiones, como son los últimos versos antes copiados, terminando la obra con estas palabras:

Aan Kastilje en aan Leon
Schonk een wereldeel Colon.
Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón.

tan conocidas como lema del linaje del gran navegante.

Los personajes suprimidos son, en suma: la Providencia, la Imaginación, la Religión cristiana, la Idolatría, el Demonio, Palca, Mareama y Tecue.

Ha dedicado Smit su bella traducción á un docto escritor francés, conocido hispanófilo, Mr. Aquiles Millien, miembro correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, á la que tuvo la bondad de remitir una de las cien copias que de la obra se han impreso y que he tenido presente para este estudio.

Hora es ya de terminarlo: mi deseo ha sido sólo presentar un detenido examen de una de las comedias de Lope menos conocidas, la cual, si defectuosa, no por eso deja de revelar las dotes peregrinas de su autor.

JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA.

EL PROBLEMA CUBANO

VI

PODERÍO DE LA REPÚBLICA AMERICANA

(Continuación.)

La guerra de Secesión.

En medio de los favores dispensados á la gran república por una fortuna siempre pródiga con aquel dichoso pueblo y adversa para los desgraciados vecinos colocados en la esfera de acción de sus rapiñas, parecía que había llegado la hora del castigo de sus atropellos, sufriendo en su misma casa las consecuencias funestas de una guerra civil tremenda los que habían fomentado tantos disturbios en otras naciones de origen latino, siempre dispuestas á desangrarse con sus eternas discordias.

Las disensiones entre los Estados del Norte y del Sur, á causa de la esclavitud y por otros intereses encontrados, determinaron á la Carolina á separarse de la Unión en 1860, ejemplo que no tardaron en seguir otros territorios, organizando una nueva república de los países confederados bajo la presidencia de Jefferson Davis.

Los Estados de Tejas y Nuevo Méjico, arrancados á sus legítimos poseedores, fueron el teatro de la guerra en la campaña de 1862, en la que se peleó también en Virginia, verificándose la invasión del Maryland y el célebre sitio de Charleston. Fué aquella guerra gigantesca pelea de verdaderos titanes, pero á las victorias de los confederados en Bull-Run, Fredericksburg y Chancellor sucedió en 1864 la campaña de Atlanta, la gran marcha de Sherman, el brillante triunfo de Mobila por los federales, y la ruptura de las líneas del Gene-

ral Lee en Marzo de 1865, que determinó al Presidente de los Estados del Sur á evacuar la ciudad de Richmond después de convertirla en una hoguera inmensa.

Los recursos del Sur se fueron agotando antes que los del Norte; en la última campaña disponían éstos de un ejército de 400 á 500.000 hombres entusiasmados con sus triunfos, y los confederados solamente de 200.000, que se redujeron mucho con las últimas derrotas, no figurando en la capitulación que el General Lee concertó con Grant más que 27.000 soldados.

Si en las campañas terrestres demostraron los yanquis de ambos bandos sus notables cualidades militares, los rasgos de audacia y de valor se repitieron en los combates navales. Se adelantaron los del Sur á aplicar los inventos recientes de torpedos de varios sistemas, formando un cuerpo juramentado para guardar la reserva más absoluta.

No tardaron en conseguir resultados eficaces de sus sigilosos preparativos, pues al remontar en 1862 por el Misisipí la escuadra federal, la explosión de una mina echó á pique al *Cairo*, que se hundió instantáneamente.

Los siniestros de esta flota se repitieron en el primer período de la guerra, navegando sus marinos con el sobresalto consiguiente á los diminutos enemigos que surgían por arte de magia para producir espantosos cataclismos en los monitores; pero no tardaron en idear defensas y otros artificios para evitar las explosiones, á pesar de lo cual, perdieron más de 20 buques echados á pique por los torpederos del Sur. Cuando los federales dispusieron de análogos aparatos, realizaron actos de tan inaudito arrojo como el del teniente Cushing, que con trece hombres se lanzó en las sombras de la noche en un vaporcito entre los barcos de la escuadra confederada avanzando hasta el costado del magnífico buque blindado *Ablermarle* para dispararle un torpedo que lo sepultó en los abismos, salvándose á nado el intrépido marino con algunos compañeros del peligro inminente corrido en su legendaria aventura.

La lucha gigantesca demostró la tenacidad y energía de los yanquis, originando la guerra 500.000 víctimas para do-

meñar á los Estados del Sur y borrar la mancha de la esclavitud.

Mas al lado de la grandiosidad de las campañas realizadas fueron algunos de sus generales verdaderos Atilas que no perdonaron los medios más crueles y violentos para el exterminio de sus adversarios y la destrucción de ciudades, de las vías férreas, de los campos y las fábricas en vastísima escala. Los pobres indios, tan perseguidos siempre por los yanquis, tomaron alguna parte en la guerra en contra de los federales, y á veces por hallarse probada su complicidad, y otras meramente por sospechas, fueron pasadas á cuchillo tribus enteras de estos desgraciados.

La guerra de *Secesión* puso al propio tiempo de relieve los grandes recursos industriales para los armamentos terrestres y marítimos de la Unión, sin los cuales carecen de verdadera fuerza las naciones más populosas. La conquista de Méjico, ejecutada tan rápidamente cuando sólo tenía la república del Norte 17 millones de habitantes, avaloró las dotes militares de su ejército, demostradas después en vasta escala con la guerra civil. Por otra parte, el sentido práctico de la raza anglo-sajona se manifestó desde entonces y se ha perfeccionado después en los progresos de sus construcciones navales y de su artillería, y sobre todo, en la excelente puntería de sus artilleros, ya señalada hace tiempo por los escritores militares ingleses, y que ha sido ahora tan funesta para nuestras escuadras.

La guerra civil de los Estados Unidos fué una esperanza para el porvenir de la raza latina, pero por desgracia nuestra constituyó aquel extraordinario suceso un paréntesis excepcional en el adelanto inusitado de la república, y la fuerza que entonces demostraron los Estados del Norte extirpó para lo sucesivo el cáncer de las contiendas intestinas, que labra todavía la desventura de España por la desunión perpetua de sus hijos y la falta de un poder enérgico que reprima instantáneamente las tentativas de luchas fratricidas.

Progreso extraordinario.

La colonización británica aventajó á la española en que se realizó principalmente por empresas particulares y bajo un régimen de libertad en que se acostumbró desde los primeros pasos á los emigrantes establecidos en el Nuevo Mundo á la intervención en el gobierno local, aun cuando permanecían sujetos á ciertos monopolios dictados por la metrópoli en provecho de su industria. En cambio, la Casa de Austria, que acentuó aquí el absolutismo, ahogando las libertades públicas—salvo en las regiones aforadas,—que declaró inalienable la Real jurisdicción de Indias, prohibiendo la constitución de compañías para toda clase de negocios, y que manejaba directamente por la Corona las empresas coloniales, labró á fuerza de desaciertos políticos y económicos la decadencia de España; y aun siendo su gobierno más benéfico, paternal y expansivo allende los mares, no supo impulsar el progreso del continente americano ni beneficiar á la Península con la posesión de tan vastos dominios.

Los anglo-sajones establecidos en las pródidas tierras americanas se dedicaron principalmente á la agricultura, constituyendo una organización rural impregnada de espíritu independiente. Las poblaciones eran en el comedio de la pasada centuria de escaso vecindario y carecían de fábricas, habituándose en su modesta existencia á las prácticas de la libertad de comercio. A principios del siglo el promedio de la producción anual acusaba 34 millones de *dollars* para la agricultura, y solamente dos para los establecimientos industriales.

Sus extensos lagos y vías navegables, la abundancia de carbón de piedra, de minerales de todas clases, los manantiales de petróleo, el cultivo del algodón y la riqueza de maderas, unido al aprendizaje hecho en Inglaterra por los yanquis, á la comunidad de idioma y de costumbres, favorecieron el rápido desarrollo fabril; pero comprendiendo cuán engañoso era el canto de sirena de los inventores ingleses de las teorías *científicas* del librecambio, que los

hubiera condenado á perpetua tutela económica, y como gentes acostumbradas á pensar por sí mismas y á beber en su propio vaso, adoptaron resueltamente el rumbo contrario al de sus maestros, basando su sistema mercantil en la protección resuelta á la industria nacional, que les ha dado tan magníficos resultados.

En otro libro nuestro expusimos en años anteriores los datos relativos al pasmoso acrecentamiento de las ciudades americanas, á su organización municipal, á sus calles gigantescas de 15 y 20 kilómetros, á los parques numerosos y dilatados y á sus servicios sanitarios. Uno de nuestros políticos más activos y estudiosos acaba de publicar el volumen titulado *La república de los Estados Unidos de América*, debido á la competencia reconocida de D. Rafael M. de Labra; y como contiene un ramillete de cifras en demostración del insólito progreso de aquel pueblo, excusamos insistir en el asunto, que sólo vamos á analizar en algunos rasgos salientes del desarrollo de sus grandes industrias.

Hallábanse dotados los yanquis de las cualidades necesarias para alcanzar el triunfo, á saber: el espíritu de empresa, la energía individual y la aptitud para la mecánica. No se debe preguntar á los jóvenes americanos por la carrera que van á seguir; generalmente consiste su plan en *to start in business*, ó sea en lanzarse á los negocios. Dedícanse á ellos con actividad febril, con apresuramiento y aun con volubilidad, cambiando á menudo de ocupaciones hasta encontrar la más provechosa. Cada uno tiende á elevarse, y esta ebullición social favorece el desarrollo de las capacidades y de las energías, y cuando prosperan no es para buscar el ocio en la edad madura—como ha dicho Mr. Rousiers,—sino para perseverar en plena actividad hasta el fin de sus días.

Digamos dos palabras de la industria del hierro. Era en 1850 insignificante en los Estados Unidos, á pesar de su importancia para los medios de transporte, los vapores, la maquinaria y los armamentos que influyen considerablemente en el poderío de las naciones; pero sus altos hornos crecieron tan rápidamente, que en 1895 llegó la producción de lingote

á 9,5 millones de toneladas, colocándose á la cabeza de todas las naciones, puesto que Inglaterra y Alemania elaboraron á razón de 8 millones; Francia, 1,96, y Austria, 0,92. En 1897 ha llegado á fabricar la Unión americana 9,81 millones de toneladas de lingote, y España 240.000 es decir, *41 veces más que nosotros.*

Este progreso inaudito lo han alcanzado los industriales americanos llevando sus hornos altos con una audacia peculiar suya. En 1880 producían los mejores 2.264 toneladas al mes, pero fueron introduciendo desde entonces tales modificaciones en la manera de conducirlos, con tal cúmulo de estufas y de potencia en sus máquinas soplantes, que la célebre *The Carnegie Cy at Duquesne* ha puesto en marcha recientemente una batería de hornos nuevos de los que cada uno produce 17.180 toneladas de lingote al mes.

Con decir que en Europa se considera como satisfactorio el rendimiento de 3 á 5.000 toneladas, puede juzgarse del contraste con aquellos hornos cuya marcha violentísima los destruye en un par de años, mientras duran aquí de diez á catorce; pero los americanos profesan el principio de que *capital is cheap, labour is dear*: «el capital es barato, el trabajo es caro». El procedimiento yanqui ha originado en *The Iron and Steel Institute*, de Inglaterra, repetidas controversias acerca de sus ventajas é inconvenientes, y aun se trata de ensayarlo en el Reino Unido; pero en general se mira con encogimiento por los fabricantes ingleses por no considerarse preparados suficientemente ni tener la confianza necesaria para aplicar un sistema tan costoso como arriesgado.

No es menor el asombro que produce el régimen de los medios de transporte de los Estados Unidos; sus ferrocarriles urbanos, elevados ó subterráneos, eléctricos y neumáticos, dotados de un tráfico colosal, y su vastísima red de caminos de hierro, que medía en 1895 290.680 kilómetros, aventajando en 60.000 á la suma de todas las naciones de Europa. Ha habido año en que se han inaugurado más de 20.000 kilómetros, mientras España necesitaba el lapso de cincuenta y cinco años para construir 13.000. La valentía en las obras públicas ha sido un atributo de los anglo-

sajones; los americanos inventores de las vigas armadas de varios sistemas terminaron en 1883 el puente colgado gigantesco entre Nueva York y Brooklyn con un tramo de 436 metros, que precedió al de Forth, de arcos aún mayores, erigido en el Reino Unido. Nadie ignora tampoco que no han tenido rival los yanquis en los progresos de la electricidad y de la maquinaria agrícola.

Si la población de la república es cuatro veces mayor que la de España, le aventaja mucho más en otros conceptos. Los ferrocarriles son veintidós veces más extensos y los canales y ríos navegables cincuenta veces; la extracción de hulla guarda la proporción de ochenta á uno; la de papel de veintiséis á uno, consistiendo esto en que nos superan mucho en cultura, consumiendo cada yanqui 10,2 libras de papel al año, mientras el español sólo gasta dos; el capital de los Bancos americanos es veinticuatro veces superior; el de las cartas y paquetes postales treinta y ocho. En cambio, el comercio exterior sólo aventaja 6,50 veces al nuestro, pero es preciso observar que la Unión americana es una agrupación de naciones cuyo tráfico principal es *interior*, ó sea entre los países confederados, y según Mr. Atkinson resulta veinte veces superior en la república el comercio propio al externo.

Baste con estos datos para comprender la superioridad inmensa de aquella nación de *primerísimo* orden respecto de España, siendo deplorable la campaña realizada por la prensa haciendo creer á nuestro pueblo que iba á batallar con *unos mercachifles* tan cobardes como ignorantes. Como en España se lee poco en revistas y libros, asumen los periódicos la dirección intelectual del país, correspondiéndoles, por tanto, una gran responsabilidad en la catástrofe acarreada con sus frívolos artículos y su irreflexiva campaña.

Decíamos en 1892, en el libro intitulado *El arte industrial en España*: «En los Estados Unidos hay un lujo de publicidad oficial que supera al de las naciones europeas más cultas. Todos los centros del Gobierno federal redactan por medio de funcionarios y personas muy competentes notables trabajos sobre los diversos ramos científicos y administrati-

vos, libros que se reparten con gran profusión por todo el país y aun por el extranjero, como lo prueba el hecho de haberse recibido en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao la última *Report of the Commissioner of education*, impresa en Washington en el año 1891; consta de dos tomos con 1669 páginas que comprenden datos curiosísimos concernientes á la enseñanza, tanto en aquella nación como en las más importantes del mundo, con minuciosos y profundos estudios sobre los diversos sistemas de educación, resúmenes estadísticos y numerosos comentarios».

En todos los ramos proceden allí con igual suma de concienzudos estudios, incluso en los de guerra y marina, á pesar de suponerles en mantillas ó poco menos los políticos y escritores nuestros. La última *Report of the Chief of Engineers U. S. Army*, de las publicadas por aquel Gobierno *anualmente* que hemos tenido ocasión de examinar, consta de tres volúmenes *como misales*, y nuestros jaleadores *técnicos*, que tampoco han faltado, debían haberse empapado á tiempo en la profunda ciencia militar encerrada en tantas publicaciones profesionales.

No hablemos de los rasgos de generosidad y de filantropía tan comunes en aquel país. Los donativos espléndidos para construir escuelas, universidades, colegios, museos, bibliotecas, hospitales, hospicios, templos, etc., causan verdadero asombro. Algo de esto hubo también en España, aunque en más modesta escala, en los siglos pasados; pero en nuestros tiempos semejantes rasgos son aquí bastante raros.

Se nos objetará que esta parte de nuestro estudio resulta una apología de los yanquis; pero, amigos de la sinceridad, cuya carencia constituye una de las faltas mayores de los gobernantes españoles, no hemos de incurrir en el delito de engañar á los lectores. Mas al lado de estas cualidades bellísimas tiene el pueblo americano grandísimos defectos que vamos á exponer, siguiendo así el *disfavor* al favor de cuanto antecede.

Actos de piratería.

Cuando España se posesionó de su inmenso imperio de las Indias sufrió sin tregua las depredaciones de los anglo sajones, dedicados constantemente al merodeo en sus colonias y sus flotas. Pero como pudieran parecer apasionados los juicios de los españoles, apelamos al testimonio irrecusable de un testigo de mayor excepción, Mr. James E. Thorold Rogers, profesor de la Universidad de Oxford y notabilísimo economista (1).

Dice en el capítulo V: «Seamos sinceros y confesemos que Draque y sus compañeros de descubrimientos fueron piratas dedicados sin rebozo ni descanso al pillaje contra un Estado con el cual teníamos sin duda algunas diferencias, pero sin que llegasen á constituir un rompimiento permanente de las hostilidades oficialmente declarado. Draque prestó á Inglaterra el servicio de dar impulso al espíritu de empresa y de demostrar la audacia de sus compatriotas, *pero también confirmó nuestra detestable reputación*. Los vejámenes con que ilustró su nombre eran análogos á los que llevaron al patíbulo al capitán Kidd, ahorcado en la orilla del Támesis un siglo después de la muerte del héroe de Plymouth Hoe.»

»La carta de la Compañía de las Indias Orientales se concedió en el año 1600. Figuraba al frente de la Sociedad Clifford, Conde de Cumberland, antiguo *bucanero*, nombre cortés que se usaba para llamar pirata. La *bucaneria* (2) en las posesiones españolas del Nuevo Mundo fué durante largo tiempo la ocupación favorita de nuestros antepasados, dotados por la naturaleza de energía excepcional. Paterson, el fundador del Banco de Inglaterra, ejerció en las Antillas las funciones de misionero y de *bucanero*. Blackburn, que llegó á ser Arzobispo de York, empezó su carrera por aquel mismo lucrativo oficio y no se ofendía el digno prelado cuando le recordaban sus aventuras. El comercio con las Indias

(1) *Interpretation économique de l'Histoire*, París, 1892.

(2) Eran los *baukans* saladeros en que solían ahumar los indios la carne procedente de la cacería de toros salvajes para preparar el tasajo ó cecina.

Orientales estuvo también infestado de este pecado original, y nuestras luchas con los holandeses y nuestros procedimientos arbitrarios en Amboyne se explican por las *costumbres licenciosas y sin freno* de los fundadores del comercio y del imperio inglés de la India.

»Inglaterra entabló contra Francia una serie de guerras formidables desde la paz de Utrecht hasta la revolución francesa, con el propósito de asegurar el monopolio comercial. Al término de la lucha de los siete años perdió Francia sus colonias y se quedó casi sin una pulgada de terreno en las Indias y la América del Norte. Veinte años después perdía á su vez Inglaterra su más importante dominio, lo cual demuestra cuán absurdo es guerrear para obtener el monopolio de determinados mercados.»

Después de estas contundentes confesiones relativas á las fechorías realizadas por *los ladrones del mar*, huelga la inserción de datos debidos á nuestros escritores; pero encierra un verdadero arsenal de noticias interesantes acerca de tan criminales atentados el voluminoso libro publicado por D. Justo Zaragoza con el título de *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española desde el siglo XVI al XVIII*.

Dedicábanse los aventureros extranjeros á minar nuestro poderío colonial por mar y por tierra con sus repetidas agresiones, ejerciendo la innoble profesión de *hostis humani generis* ó «enemigos del género humano» que llamó á los piratas el publicista británico Mr. S. Blackstone. Tomaron los ingleses como *base de operaciones* la pequeña isla de San Cristóbal, hasta que el protector Cromwell nos arrebató la Jamaica, y les secundaban los franceses en el tráfico de rapiña desde la de la Tortuga, próxima á nuestra Española.

Fueron estas islas albergue de malhechores y gente discolos dedicados al merodeo con *un orden* y organización perfectamente estudiados. Hacían juramento los bandidos de no ocultar alhajas ni efectos en las presas, llevando con fidelidad al acervo común el fruto de sus rapiñas, y mantenían entre los asociados estrecha fraternidad por el vínculo de sus crímenes.

Como los españoles les castigaban con todo el rigor de la ley cuando caían en sus manos, cuidaron los desalmados de levantar verdaderas fortalezas en lo más abrupto de las islas para la defensa de sus guaridas.

Limitaron en un principio las fechorías al asalto de los navíos españoles y de nuestras Antillas; pero como se organizaron las expediciones del comercio de Indias con verdaderas flotas custodiadas por buques de guerra, extendieron después el pillaje á empresas filibusteras dirigidas á Tierra Firme. La historia y la novela se han encargado de popularizar los inicuos crímenes del célebre pirata inglés Juan Morgan, el cual reunió 37 grandes velas con 50 piezas de artillería y 2.000 hombres armados por separado de la marinería para lanzarse en 1670, cual alud asolador, sobre la ciudad de Panamá, que sucumbió á los ataques de aquellos bribones. Horroriza la reseña de la serie inaudita de crímenes realizados en la expedición del Istmo, de las crueldades, traiciones, tormentos y violaciones ejecutadas con desenfreno sin ejemplo, constituyendo una mancha para estos países *humanitarios*, cuyos soberanos toleraban tan terribles desmanes encojiéndose de hombres ante las quejas de los embajadores de S. M. Católica.

Tales latrocinios, organizados á la luz del día, ocurrían porque el león español, fatigado de sus legendarias empresas, estaba ya postrado, y mientras se acentuaba nuestra decadencia aparecían como futuros dominadores del mundo los anglo-sajones, entregados todavía á sus luchas internas religiosas y civiles, pero revelándose ya como marinos expertos en sus guerras contra los españoles y los holandeses. Y poco escrupulosos en cuanto á los medios para abatir á la Casa de Austria y de extender su comercio, consentían y aun cooperaban más ó menos ostensiblemente los gobiernos extranjeros á las infames empresas de los piratas antillanos.

Sabido es que las aves de rapiña no crían pichones ni tórtolas, y los yanquis, amamantados en tal escuela, habían de heredar las mismas tendencias hacia la expoliación de los débiles, y aun con menos escrúpulos, porque rápida-

mente enriquecidos los ingleses en la XVII centuria á expensas en gran parte de nuestro imperio colonial y de la ineptitud en materia mercantil de los ministros españoles, adquirieron los títulos de *honorabilidad* propios de los que suben en la jerarquía social á los puestos más culminantes.

Carecía, en cambio, el rudo tío Sam de historia y de linajuda cuna, y formado en la fiebre de los negocios y el culto del becerro de oro, ha resultado un verdadero maestro en el arte de desvalijar á los vecinos.

Hemos visto ya los medios reprobados ante la sana moral de que se valió durante nuestra guerra de la Independencia para sorprender á las pequeñas guarniciones españolas de la Florida y engullirse tan estratégica península. En 1845 tocó el turno al Estado de Tejas, y tres años después se apoderó por la fuerza de la mitad del territorio mejicano.

El despojo y exterminio de los indios aborígenes de las tribus que habitaban el Ohio, la Georgia, Kansas, Arkansas, Misisipí, la Florida, Minesota y Utah constituye otra prueba de la rudeza de aquel pueblo positivista, para el cual el fin de poblar su país con razas superiores ha justificado el crimen de la destrucción de los pueblos indígenas.

Desde que se constituyó la república de los Estados Unidos ha sido foco constante de expediciones filibusteras urdidas principalmente en contra de las colonias y países de origen español. Fracasó en 1822 la de Decondray contra Puerto Rico y en 1837 se permitieron invadir el Canadá, en donde las tropas inglesas y las milicias del país les castigaron como merecían.

Organizóse á tambor batiente en Nueva Orleans en 1850 la primera expedición contra Cuba mandada por Narciso López, quien repitió la tentativa en el año siguiente acompañado de 500 yanquis, entre ellos algunos caracterizados jefes militares, que sufrieron un tremendo descalabro, pereciendo en garrote vil el traidor López. El Presidente Taylor había dado una proclama en 11 de Agosto de 1849 consignando que la organización de esta clase de empresas para invadir el territorio de la Gran Antilla *era criminal en el más alto*

grado y comprometería el *honor de la república*, pero sus exhortaciones á las autoridades y funcionarios públicos no evitaron las expediciones.

Atropellos más recientes.

El Sr. Llopis ha referido las aventuras del yanqui W. Walker, que en la segunda mitad del siglo XIX fué digno émulo del pirata Morgan. Organizó en 1853 una expedición para apoderarse del estado de la Sonora, perteneciente á Méjico, en donde cometió toda clase de fechorías, y cuando después de su fracaso se entregó á las autoridades americanas, salió *absuelto*. Dos años después desembarcó en Nicaragua, erigiéndose en dictador y Presidente vitalicio; intentó la invasión de Costa Rica, y derribado por un formidable movimiento revolucionario, se refugió en una corbeta de guerra americana que le condujo á Nueva Orleans. Allí le formaron causa, poniéndole en libertad por no encontrar materia de delito en sus crímenes cometidos en países extranjeros, y el Presidente Buchanan se opusó á la extradición de Walker por apreciar como *de carácter político* las faltas que se le imputaban.

Después de otras tentativas infructuosas y sintiendo la nostalgia de sus pasadas grandezas, se embarcó en 1860 en Nueva Orleans con objeto de apoderarse de Honduras; pero afortunadamente le apresaron al desembarcar en Trujillo, en donde fusilaron á aquel monstruo, arrostrando las amenazas del Gabinete de Washington para imponerse á la diminuta república de Centro América.

A los atropellos cometidos en Méjico, Nicaragua, Costa Rica y Honduras siguieron otras ingerencias en Chile, Perú, Haiti y Santo Domingo, y si no se anexionó este perturbado país á la Unión americana en 1871, fué porque el Senado yanqui rechazó el proyecto. En cambio, han tenido siempre fijos los ojos en Cuba, á causa no sólo de su posición estratégica, sino también de su riqueza y prosperidad desarrollada por la zaherida colonización española que, á pesar de sus

defectos, ha sabido crear las más prósperas entre todas las Antillas inglesas, francesas, danesas é independientes.

Poseído el pueblo norteamericano del presentimiento de su destino preeminente y avasallador en el Nuevo Mundo, acarició desde los tiempos de Monroe planes ambiciosos de expansión territorial, hechos ostensibles en las declaraciones de sus gobernantes, en los escritos de notables publicistas y en el célebre mapa de la futura Unión federal, que abarcaba los estados de Tejas, Nuevo Méjico, parte de la Sonora y Nueva Vizcaya, con inclusión de la isla de Cuba. Para realizar paulatinamente tan vastos proyectos, ha contado con prosperidades sin cuento, el insólito desarrollo de su población y riqueza, la paz interior sólo alterada en la guerra de *Secesión*—que, si constituyó un paréntesis en su venturoso progreso, sirvió para demostrar el temple de la raza y sus recursos militares—y la carencia completa de países rivales en el continente americano.

Por grande que fuese la cortedad de vista de nuestros hombres políticos—según la frase reciente de Lord Salisbury,—no era posible que estuvieran todos desorientados respecto de la política del *destino manifiesto* seguida en Washington con singular perseverancia desde sus primeras anexiones territoriales.

En efecto, el libro que acaba de dar á la estampa el General Polavieja arroja tanta luz y contiene tales revelaciones acerca de los preparativos guerreros de la Unión, del bloqueo económico de la isla y de sus propósitos de poseerla para dominar el mar Caribe y el golfo de Méjico, que el dilema de *la evacuación de Cuba ó la guerra futura* con la república del Norte venía planteado por el experto General en sus cartas é informes escritos desde el año 1879 en adelante, con certero golpe de vista.

Para realizar la política perseverante de engrandecimiento ha empleado la Unión sin ningún rebozo en la Gran Antilla sus malas artes en los tiempos de paz, en la fácil empresa de soliviantar los ánimos de los relajados isleños, en atizar el fuego de las insurrecciones de Yara y de Baire con las expediciones filibusteras, en las reclamaciones de indemni-

zación y los vejatorios protocolos que condenaban á la impotencia á nuestros buques de guerra destinados á la vigilancia de las costas. En la pantalla del régimen federal, de las facultades del Jurado en los Estados de la república y de las libertades públicas, encontraron también constante apoyo los bandoleros de la manigua. Eran éstos, según los periódicos y funcionarios yanquis, unos caballeros que batallaban por la gloriosa causa de la independencia, y los españoles unos tiranos educados en la escuela de Felipe II; pero *ahora* que nos ven caídos empiezan á hacernos justicia, incluso los corresponsales ingleses, que reconocen la carencia de cualidades y de sentido moral de las partidas de Máximo Gómez y de Calixto García.

La infame calumnia del *Maine* y las acusaciones gravísimas al Gobierno de Nueva York consignadas en el libro de W. J. Stead sobre *Una democracia que desaparece ó el mundo invisible de Satán al descubierto* pudieran darnos argumentos contundentes contra los actos de corrupción del célebre centro político titulado *Tammany Hall* y las inmoralidades espantosas de la policía en aquella gran ciudad. Quiere decir que en la república del Norte todo es grande, las cualidades y los delitos, y aun cuando la administración española no puede ostentar tampoco el título de escrupulosa, pudiéramos haber tomado el papel de redentores con una sola condición, *la de ser más fuertes*.

Sobraban, por tanto, á la patria del Cid agravios repetidos para constituirse en paladín denodado de la causa de la justicia contra tantos vejámenes y provocaciones, y en campeón de la raza latina, con objeto de vengar el despojo de la Florida y de la mitad del territorio de Méjico, de las depredaciones de los filibusteros yanquis en las repúblicas del Centro de América y las imposiciones del Gobierno de Washington en Perú, Chile y la Argentina.

¡Qué papel tan bello hubiera podido representar España, como antigua Metrópoli de tan vastos Estados, desenvainando la espada para reunir en extenso y vigoroso *Zollverein* á los pueblos colonizados por sus legendarios guerreros y abatir el orgullo y la insolencia de los americanos del Norte!

Pero este fantástico ensueño estaba reñido con la triste realidad de los hechos; necesitaba como factor indispensable una España fuerte, poderosa y bien constituida, dotada de marina de primer orden, acostumbrada á luchar y á *vencer*, de unas colonias en donde sus habitantes estuvieran animados de unánime sentimiento español y de Estados americanos más fuertes, compactos y unidos por el rencor hacia los anglo-sajones.

Y ¿cuál era la verdadera situación al estallar la guerra? El aislamiento de España con su carencia de alianzas en Europa y en América; la invulnerable posición de los Estados Unidos, ligados por un pacto secreto con Inglaterra; la isla de Cuba devorada por una insurrección perpetua, poblada por un partido importantísimo de traidores entregados á los yanquis, otras parcialidades adictas á España condicionalmente que habían atizado antes el fuego de la discordia, y una minoría peninsular decididamente adicta á la Metrópoli.

En tales circunstancias la guerra contra la gran república era una verdadera temeridad, que si es disculpable—aunque *muy rara*—en la vida privada, cuando una persona que desconoce la esgrima se lanza al duelo contra un tirador de nota, no tenía perdón cuando jugaban los inmensos intereses que pudieran acarrear sin ventaja ninguna, en el caso más favorable, la catástrofe y decadencia de España para un largo período. Los partidarios de la guerra sostenían que se iba á ella por el honor de las armas; pero nosotros creemos que ha sido fruto de un vanidoso engreimiento, y que hubiera resultado más discreto evitar la contienda externa, reveladora de nuestra flaqueza. Cuando labre España su regeneración completa, podrá batallar en casos semejantes, aunque huelga decir que nunca deben escatimarse los mayores sacrificios para mantener sin menoscabo la independencia de la Metrópoli, ó sea de la verdadera patria española.

PABLO DE ALZOLA.

(Continuará.)

INSTRUCCIÓN

SOBRE EL

USO DOCENTE DEL MAPA DEL CIELO ⁽¹⁾

IV

SITUACIÓN DE LAS PRINCIPALES CONSTELACIONES Y ESTRELLAS EN LAS DIVERSAS ÉPOCAS DEL AÑO

Las dos tablas que contiene este capítulo son indispensables al provechoso empleo del *Mapa del Cielo* y van precedidas de la clara y amena explicación que hizo de ellas el sabio director del Observatorio astronómico de Madrid, D. Miguel Merino, en el Anuario de 1879, que dice así:

«El movimiento anual de la Tierra alrededor del Sol, ó aparente del Sol en torno del globo terráqueo, se nos revela principalmente en el cambio de aspecto de la bóveda celeste durante el curso de los varios meses y estaciones en que el año se divide. Las estrellas que durante el invierno hermocean el firmamento é interrumpen la oscuridad de la noche, ó no son las mismas ó no corresponden á la misma región del cielo que las en horas análogas perceptibles durante el verano. Cerca del meridiano brillan en todo su esplendor hacia la mitad de la noche en el mes de Diciembre los hermosos grupos ó constelaciones de *Orión*, el *Can ó Perro Mayor* y los *Gemelos* (Géminis): ni vestigio de tales constelaciones se descubre en el de Junio, y allí donde en el rigor del invierno centelleaban las estrellas del *Carro* ú *Osa Mayor*, allí, en el centro del verano, resplandece *Casiopea*, y donde *Casiopea* brillaba entonces, la *Osa Mayor* ahora. El aspecto del cielo varía, pues, sin cesar, y para no confundir unas constelacio-

(1) Véase la pág. 638 del tomo anterior.

nes y estrellas con otras, no basta poseer un buen mapa celeste, sino que además se necesita recordar la época del año y la hora de la noche en que el examen del firmamento se efectúa. Con estos datos y las adjuntas tablas, fácil será orientarse entre tanta multitud de objetos, de magníficos luminares y prodigiosos mundos, como la mano de Dios diseminó en el espacio.

La primera expresa cuáles son las constelaciones que á las diez horas de la noche de los días 15 de cada mes se hallarán próximas al meridiano.

La enumeración está hecha procediendo de *Norte á Sur*, y el nombre de la estrella *Polar*, que figura en todos los meses, separa las constelaciones comprendidas hacia la primera región, entre el *Polo* y el *horizonte*, de las *zenitales*, *ecuatoriales* y *australes*. Antes de los días 15 habrá que buscar las constelaciones situadas debajo del *Polo* y correspondientes á cada mes un poco al *Occidente* del meridiano, á la hora citada, y al Oriente las demás, y al *Oriente* y *Occidente*, unas y otras, en la segunda mitad de los meses.

La segunda sirve, en combinación con la primera, para averiguar de un modo sencillísimo qué constelaciones se hallan en el meridiano á hora distinta de las diez. Por ejemplo: propongámonos averiguar cuáles son las constelaciones que resplandecen en medio del cielo á las cuatro horas de la madrugada durante el mes de Noviembre. En la tabla segunda, intersección de la línea horizontal y de la columna vertical, correspondientes al mes y á la hora de que se trata, se encuentra la letra *B*: pues esta letra, en la tabla primera, designa las constelaciones buscadas: las mismas que á las diez horas de la noche brillan en el meridiano á mediados de Febrero. »

TABLA 1.^a—Constelaciones próximas al meridiano á las diez horas de la noche de los días 15 de cada mes.

MESES	CONSTELACIONES Y ESTRELLAS PRINCIPALES
Enero.....	Cabeza y cuerpo del <i>Dragón</i> (Aluahid).—Cola de la <i>Osa Menor</i> .—POLAR.—Cuerpo de la <i>Girafa</i> .— <i>Orión</i> (Rigel, Betelgeuze).—La <i>Liebre</i> .—La <i>Paloma</i>
Febrero....	Algunas estrellas del <i>Cisne</i> .—Idem de <i>Cefeo</i> .—El <i>Dragón</i> .—POLAR.—Cuello de la <i>Girafa</i> .—El <i>Lince</i> .— <i>Géminis</i> (Cástor y Polux).— <i>Cáncer</i> .— <i>Perro Menor</i> (Proción).— <i>Unicornio</i> .— <i>Perro Mayor</i> (Sirio).....
Marzo.....	<i>Cefeo</i> .—POLAR.—Cabeza de la <i>Osa Mayor</i> .—Idem del <i>León Menor</i> .—Idem del <i>Mayor</i> (Régulo)—Cabeza de la <i>Hidra</i> (Alfard).....
Abril.....	<i>Casiopea</i> .—POLAR.—Cuerpo de la <i>Osa Mayor</i> (Dubba, Fehda).—Cola del <i>León</i> (Denébola).—Cabeza de la <i>Virgen ó Virgo</i> .—Cola de la <i>Hidra</i>
Mayo.....	<i>Casiopea</i> y <i>Perseo</i> .—POLAR.—Cola del <i>Dragón</i> .—Idem de la <i>Osa Mayor</i> (Mizar, Alcor ó el Caballero, Alcaid).—Los <i>Lebreles</i> (Cor Caroli).— <i>Cabellera de Berenice</i> .—El <i>Boyero</i> (Arcturo).— <i>Virgo</i> (Spica).—Cabeza del <i>Centauro</i>
Junio.....	<i>Perseo</i> (Mirfac).—La <i>Girafa</i> .—POLAR.— <i>Osa Menor</i> .— <i>Dragón</i> .— <i>Corona Boreal</i> (Alfecca ó la Perla, la temporaria de 1866).— <i>Serpiente</i> (Oncalhaya).— <i>Libra</i> y <i>Escorpión</i> (Acrab, Antares).
Julio.....	El <i>Cochero</i> (Cabrilla ó Capella).—La <i>Girafa</i> .—POLAR.—Cuerpo y cabeza del <i>Dragón</i> (Etamin, Aluáhid).—La <i>Lira</i> (Wega).— <i>Hércules</i> .— <i>Ophiuco</i> ó <i>Serpentario</i>
Agosto.....	El <i>Lince</i> .—Cabeza de la <i>Osa Mayor</i> .—POLAR.—El <i>Cisne</i> (Deneb).—El <i>Aguila</i> (Altair).— <i>Sagitario</i> .
Septiembre..	Cuerpo de la <i>Osa Mayor</i> (Dubba, Fehda).—POLAR.— <i>Cefeo</i> .—Cabeza de <i>Pegaso</i> (Enif).— <i>Acuario</i> .—El <i>Pez Austral</i> (Fomalhaut).....
Octubre....	Cola de la <i>Osa Mayor</i> (Mizar, Alcor, Alcaid).—POLAR.— <i>Casiopea</i> (Sedir; la temporaria de 1572).— <i>Andrómeda</i> (Sirra).— <i>Pegaso</i> (Marcab, Algenib).
Noviembre..	<i>Osa Menor</i> .—POLAR.— <i>Casiopea</i> .— <i>Andrómeda</i> .— <i>Piscis</i> .— <i>Aries</i> ó el <i>Carnero</i> (Hamal).— <i>Flor de Lis</i> .—La <i>Ballena</i> (Mencab, Mira Ceti).....
Diciembre...	El <i>Dragón</i> .—La <i>Osa Menor</i> .—POLAR.—La <i>Girafa</i> .— <i>Perseo</i> (Mirfac).—Cabeza de <i>Medusa</i> (Algol)— <i>Tauro</i> .— <i>Pléyadas</i> (Alcione, Electra, Atlas, Mérope, Maya, Taygeta).— <i>Hiadas</i> (Aldebaran).— <i>Río Eridano</i>

TABLA 2.^a—Clave para determinar qué constelaciones se hallan próximas al meridiano á cualquier hora de la noche.

	6 n.	8	10	12	2	4	6 m.
Enero.....	<i>M</i>	<i>N</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>D</i>	<i>E</i>
Febrero.....	<i>N</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>D</i>	<i>E</i>	<i>F</i>
Marzo.....	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>D</i>	<i>E</i>	<i>F</i>	<i>G</i>
Abril.....	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>D</i>	<i>E</i>	<i>F</i>	<i>G</i>	<i>H</i>
Mayo.....	<i>C</i>	<i>D</i>	<i>E</i>	<i>F</i>	<i>G</i>	<i>H</i>	<i>K</i>
Junio.....	<i>D</i>	<i>E</i>	<i>F</i>	<i>G</i>	<i>H</i>	<i>K</i>	<i>L</i>
Julio.....	<i>E</i>	<i>F</i>	<i>G</i>	<i>H</i>	<i>K</i>	<i>L</i>	<i>M</i>
Agosto.....	<i>F</i>	<i>G</i>	<i>H</i>	<i>K</i>	<i>L</i>	<i>M</i>	<i>N</i>
Septiembre.....	<i>G</i>	<i>H</i>	<i>K</i>	<i>L</i>	<i>M</i>	<i>N</i>	<i>A</i>
Octubre.....	<i>H</i>	<i>K</i>	<i>L</i>	<i>M</i>	<i>N</i>	<i>A</i>	<i>B</i>
Noviembre.....	<i>K</i>	<i>L</i>	<i>M</i>	<i>N</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>
Diciembre.....	<i>L</i>	<i>M</i>	<i>N</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>D</i>

V

LUZ, CALOR Y COMPOSICIÓN QUÍMICA DE LAS ESTRELLAS

No hay estrella alguna, por grande que sea su volumen, que proyecte en el cielo un disco aparente de dimensiones apreciables, aunque sea observada con los anteojos de más poderoso aumento. La magnitud *aparente* de las estrellas depende, no tanto de su tamaño real, como de la intensidad y rapidez de sus vibraciones luminosas y de su proximidad ó alejamiento de la Tierra: así, el Sol es uno de los mundos siderales, y por hallarse incomparablemente más cercano que los demás, les aventaja en brillo, en términos de hacerlos

invisibles á causa de la copiosa luz que difunde en la atmósfera terrestre; hay, sin embargo, muchos, acaso muchísimos soles de mayor volumen: calculan algunos astrónomos que *Sirio* es cuatro mil ochocientas sesenta veces mayor, y si fuera posible que nuestro Sol se alejara de la Tierra, hasta las inmediaciones de aquel astro remoto, veríamos descender su potencia luminosa al nivel de las estrellas de 6.^a magnitud.

Tampoco se nota proporción entre el brillo aparente y la distancia de las estrellas: la α del Centauro, que no es de las más brillantes entre las de 1.^a magnitud, está mucho más cerca de nosotros que todas las de su categoría, pues dista *solamente 43 billones de kilómetros*, empleando su luz cuatro años y cinco meses, en salvar esa distancia; al paso que las vibraciones luminosas de *Sirio* tardan ocho años y ocho meses en recorrer los *83 billones de kilómetros* que nos separan de este Sol, el más esplendoroso de todos los astros conocidos.

Ni el brillo de las estrellas está en la mayoría de los casos en correspondencia con el volumen, porque como factor del poder luminoso debe contarse el estado de incandescencia ó combustión de cada astro; puede haber estrellas grandísimas y por ventura no muy lejanas de la Tierra que apenas impresionen nuestra vista por ser débiles los fulgores que emiten, habiendo algunos astros en las regiones estelares completamente apagados.

Es además digno de notarse que algunas estrellas muy luminosas no son las que envían rayos caloríficos más intensos: *Wega*, ó α de la *Lira*, es mucho más brillante que *Arcturo*, ó α del *Boyero*, é impresiona con mayor rapidez la placa fotográfica, pero *Arcturo* desarrolla mayor grado de calor.

El estado de combustión de cada estrella se manifiesta en el color predominante de su luz, según demostró el padre Secchi, con sus primorosos trabajos de análisis espectral; magnífica conquista de la física moderna, que revela con la mayor evidencia los componentes químicos flotantes en las encendidas atmósferas de los astros más lejanos.

Los resultados espectroscópicos del sabio jesuita italiano permiten dividir las estrellas en cuatro tipos, á saber:

Tipo I.—ESTRELLAS BLANCAS, que tienen espectro casi continuo, interrumpido solamente por las cuatro rayas gruesas y principales del *hidrógeno*, y las del *magnesio* y del *sodio*; su temperatura es probablemente muy alta; su atmósfera densa y cargada de hidrógeno.

Á este tipo pertenecen más de la mitad de las estrellas visibles.

Ejemplos.—Sirio, Wega, Rigel, Proción, Altair, Spica, Fomalhaut, Régulo, Cástor, Adara, los Tres Reyes, Sirra, β , γ , δ , ϵ , τ , η de la *Osa Mayor*; α de *Perseo*, α de *Ophineo*, α de *Acuario*, α de *Libra*, α de *Cepheo*, α de la *Corona Boreal*, α del *Cuervo*, α del *Dragón*, α del *Delfin*, α del *Caballo Menor*, α de la *Liebre*, α de *Fiscis*.

Tipo II.—ESTRELLAS AMARILLAS; de color amarillo de oro; espectro, idéntico al del Sol, atravesado por rayas finas y numerosas; las que caracterizan al sodio, al hidrógeno, al hierro y al magnesio están perfectamente definidas.

La temperatura de estas estrellas es menor que la de las blancas.

Ejemplos.—La Cabrilla, Arcturo, Póllux, Aldebarán; α , β , γ del *Cisne*; Polar y Kocab, en la *Osa Menor*; α de la *Osa Mayor*; Hamal, en *Aries*; α de *Capricornio*; α de *Casiopea*; α , δ de la *Serpiente*; α del *Triángulo*; β del *Aguila*; β del *Boyero*; β de *Cepheo*; β del *Cuervo*; β , γ del *Delfin*; β , γ , η del *Dragón*; β , τ de *Hércules*; γ , ϵ del *León*; β , ϵ de *Virgo*.

Tipo III.—ESTRELLAS ANARANJADAS Y ROJIZAS: Sus espectros aparecen acanalados y compuestos de líneas oscuras y luminosas; es probable que sean producidas por dos luces distintas, emitidas por el mismo astro. La atmósfera de estas estrellas carece casi siempre de hidrógeno, es absorbente y abunda en sodio, hierro, magnesio y carbono.

Muchas de las estrellas del tipo III son variables.

Ejemplos.—Antares, Betelgeuze, Mira Ceti y Mencab, en la *Ballena*; β del *Pegaso*; δ de *Virgo*; σ de *Perseo*; σ^1 de *Orión*.

Tipo IV.—ESTRELLAS ROJAS; su espectro acusa la existencia de compuestos carbonados y óxidos gaseosos; son

astros de brillo tan escaso que casi ninguno llega á la 5.^a magnitud; su temperatura es probablemente muy baja; se hallan en plena oxidación y próximos á perder el carácter de astros luminosos.

Ejemplos.— η , β de *Perseo*; π 39 de *Esídano*; ε de la *Liebre*; π de *Argos* (muy roja); ι de la *Hidra*; π de *Leo*; μ de la *Osa Mayor*; κ de *Virgo*; π de *Hércules*; μ de *Sagitario*.

VI

MOVIMIENTOS APARENTES DE LAS ESTRELLAS

Los movimientos indicados en el epígrafe resultan de los cambios de posición de la esfera terrestre y de todo el sistema solar. Dos de estos movimientos los observa todo el mundo, y son consecuencia de la rotación diurna de la Tierra y de su revolución anual en torno del Sol: el hombre no percibe *directamente* esa rotación y esta revolución; la vista las refiere á los demás astros, y ha sido preciso á la humana inteligencia partir de conjeturas y apoyarse luego en racionios y experimentos evidentes para desterrar el absurdo de la inmovilidad de nuestro planeta, confirmando las hipótesis de los pitagóricos, resucitadas en los tiempos modernos por el Cardenal de Cusa y demostradas por las doctrinas de Copérnico y las leyes de Keplero.

Al dar las estrellas una vuelta completa y sólo aparente alrededor de los polos celestes en dirección de Oriente á Occidente y en el transcurso de 23^h, 56^m y 4^s de reloj solar medio, reflejan la rotación real de la Tierra en el mismo tiempo, mas en sentido inverso, y al presentarse á una misma hora de la noche distintos grupos de estrellas en diferentes meses y estaciones, se reproduce invertida la revolución anual de nuestro planeta por la eclíptica en torno del Sol.

Precesión de los equinoccios.—El eje de la esfera celeste es ilusorio: si el de la Tierra cambiara de posición repentinamente, los polos de los cielos aparecerían en distintos luga-

res que los que ocupan; estos cambios bruscos, que alterarían radicalmente el aspecto del universo, no ocurren jamás; pero el eje de nuestro planeta está dotado de una revolución lenta y secular de Oriente á Occidente, por la cual, y en el largo plazo de veinticinco mil setecientos sesenta y cinco años describe en cada hemisferio celeste un círculo de 47° de diámetro, al que sirve de centro el invariable polo de la eclíptica.

De esto se infiere que el plano del ecuador corta cada año al de la órbita terrestre unos $52''$ más atrás, según observó en la antigüedad Hiparco al ver que algunas estrellas quedaban un tanto atrasadas de uno en otro equinoccio.

Los polos de rotación no son, pues, inmutables: los fenicios se guiaban en sus navegaciones por la estrella β de la Osa Menor, á la que los árabes, en su idioma semítico y hermano del de los fenicios, llamaban en la Edad Media *Kocab* ó estrella del Norte; cuando la opulenta Tiro se enseñoreaba del Mediterráneo, mil años antes de nuestra era, el polo se presentaba más próximo á *Kocab* que á ninguna de sus compañeras circumpolares; nosotros le vemos á poco más de un grado de la *Polar* ó α de la misma constelación; llegará el año 2105 y le verán nuestros descendientes á sólo $28'$ de esta estrella; poco á poco se alejará, y cuando transcurran doce mil años estará cerca de *Wega*, ó α de la *Lira*; ciertas estrellas que vemos en los horizontes de España, por ejemplo, la brillante *Sirio*, serán entonces invisibles, por haber descendido sobre 47° hacia el Sur, y otras, hoy ocultas, adornarán nuestro cielo en porvenir tan remoto. Mas cuando hayan pasado los veinticinco mil setecientos sesenta y cinco años que componen el ciclo de la precesión equinoccial, recobrará los honores de estrella del Norte la misma que hoy los ostenta.

Oscilación del plano de la eclíptica.—La abertura de $23^{\circ} 27'$ del ángulo diedro formado por la eclíptica y el ecuador no es constante: estrellas hay que en la antigüedad tocaban al primero de estos círculos y están actualmente más al Sur. El cálculo demuestra que la inclinación de la órbita terrestre oscila entre 22 y 24° y en el período de veinte mil años.

Obsérvase además que las estrellas todas situadas en dirección de la constelación *Hércules* se aproximan á nosotros en cantidades mínimas de movimiento aparente, al paso que las opuestas se alejan con la misma lentitud; esta circunstancia sirve de base para demostrar que el Sol, con todo el sistema planetario, avanza cada año 240 millones de kilómetros hacia el punto señalado en el *Mapa del Cielo* sobre el muslo izquierdo de *Hércules*; pero no es conocido, sino por conjeturas, el punto del espacio que puede servir de centro de gravitación al sistema solar ni la forma y dimensiones de su órbita.

VII

MOVIMIENTOS REALES DE LAS ESTRELLAS

La permanencia secular de las constelaciones ó figuras que forman unas y otras estrellas, conservando, al parecer, las mismas distancias, hizo creer que estaban fijas y como incrustadas en la celeste esfera, imaginada de cierta substancia cristalina; más el cálculo, auxiliado por los modernos instrumentos de precisión y por los curiosísimos estudios de análisis espectral, demuestra que las estrellas llevan variable velocidad, generalmente grande, y la de algunas prodigiosa; si aparecen como en reposo es por ser casi inmensa la distancia en que efectúan su movimiento.

Ancho campo se ofrece á la astronomía del porvenir en estos complicados giros de los astros si ha de tratar de conocer las leyes que rigen al universo de la *Vía Láctea* y determinar las relaciones del sistema solar con otros sistemas siderales. El desarrollo actual de los conocimientos astronómicos permite afirmar la existencia de estrellas agrupadas, que llevan una dirección común en el espacio y velocidad poco diferente, indicios de que una misma fuerza las impulsa; sirvan de ejemplo las *Hiadas*, en la constelación de Tauro.

Los astrónomos no pueden medir con toda certidumbre el movimiento propio de las estrellas, porque lo ven en perspectiva, de modo que, si alguna tiene su trayectoria en di-

rección de la visual, aparecerá en reposo, aunque realmente camine con suma rapidez; en tales casos es preciso apelar á los cambios que ofrece el *espectro* de la estrella de que se trate, según que ésta se aproxime al sistema solar ó se aleje de él.

Hace cerca de dos siglos que Halley descubrió el movimiento real de las estrellas, observándolo por vez primera en *Arcturo*; este brillante luminar de la constelación del *Boyero* avanza cada año $2'',25$, y se ha separado 1° y $15'$ de la posición que ocupaba cuando Hiparco hizo su catálogo por los años 160 á 125 antes de Jesucristo.

La estrella más veloz entre todas las que han sido observadas bajo el aspecto de su movimiento es la 1830, *Groombridge* (Gr.); pertenece á la Osa Mayor, es de 7.^a magnitud, y por lo tanto invisible, si no se busca con unos gemelos de campo. Anualmente recorre $7'',03$ en dirección de la *Cabellera de Berenice*, y al cabo de seis mil años atravesará en dirección del Sur toda esta constelación. Cerca de la misma estrella calculó Flammarión los movimientos de otras dos: la 21. 185 y la 21. 258 de Lalande (L.), que se apartan de la 1830 Gr. en opuestas direcciones, con velocidad relativamente extraordinaria; y es de notar que, si se prolongan en sentido inverso las trayectorias de las tres, vienen á coincidir próximamente en el mismo punto del cielo, indicio, en sentir del famoso astrónomo francés, de que una misma fuerza las impulsó al comenzar su movimiento por los espacios.

La 61.^a de *Virgo* (la Virgen) formaba una *doble aparente* con la 63, de la misma constelación, en la época de Ptolomeo; pero en virtud de su movimiento propio, en nuestros días aparece á 1° y $14'$ de su antigua compañera.

En la parte austral de la constelación de la Ballena puede verse en el mapa la estrella τ , que camina $3' 2''$ por siglo y se dirige como el Sol á la constelación Hércules, pero con mayor velocidad.

Estrellas dobles y múltiples.—El estudio de los sistemas siderales conocidos con los nombres de estrellas dobles, triples, ... séxtuples, ... múltiples, confirma que la sublime ley de

la gravitación universal regula del mismo modo la cohesión de los invisibles átomos que el majestuoso movimiento de los mundos.

Es caso frecuente en los observatorios astronómicos que al enfilar con un antejo un astro perteneciente á cualquiera de las seis primeras magnitudes aparezca dividido en dos y á veces en tres, cinco ó más estrellas diferentes; si éstas conservan por largos años la posición primitiva, no puede afirmarse que constituyan un *sistema revolutivo ó fisico*; si alguna de ellas cambia de lugar describiendo en torno de su compañera un arco de elipse más ó menos excéntrica, éstas forman un sistema doble verdadero, y si conservando su posición relativa caminan en un mismo sentido y con idéntica velocidad, el sistema existe, pero la ciencia no ha encontrado por ahora una explicación satisfactoria de este raro fenómeno.

Las componentes de los sistemas revolutivos no se distinguen á simple vista ni en uno sólo de los millares que han sido estudiados por los astrónomos, é incurren en error aquellos que se figuran dobles algunas estrellas por muy cercanas que las vean sin el auxilio del antejo; sirva de ejemplo *Mizar* ó ζ de la *Osa Mayor*; junto á ella se ve una estrellita de 6.^a magnitud, llamada por los árabes *Alcor* ó el *Caballero*, y es lo más probable que su aparente proximidad sea un efecto de perspectiva; pero dirigiendo á ellas un antejo de regular aumento, se descubre entre las dos otra estrellita que forma con *Mizar* un sistema doble de revolución; la secundaria dista de la principal $14''$,5, y en 125 años, época adonde alcanzan las observaciones, sólo ha recorrido unos pocos grados de la elipse que describe en torno del centro de gravitación de ambos luminares.

La *Polar* ó α de la *Osa Menor* forma sistema doble con una estrellita de 9.^a y 112 magnitud, distante de ella $18''$, la cual empleará 7.200 años en recorrer una sola vez toda su órbita; para desdoblar este remoto sistema es preciso emplear anteojos de 75 milímetros de abertura.

El hermoso asterismo de Orión, que comprende tantas maravillas, es muy notable por sus estrellas dobles y múlti-

ples; un aficionado que disponga de un anteojo cualquiera podrá *desdoblar* la estrella δ y la encontrará formada por una de 2.^a magnitud y otra de 7.^a á la distancia de 59''.

Betelgeuze pertenece á la misma constelación y tiene una compañera azulada de 9.^a magnitud á 2' 40''. Valiéndose de un pequeño anteojo podrá verse un sistema triple, constituido por σ , de 4.^a, con otras dos de 7.^a y 8.^a, y junto á él otras tantas estrellitas que también forman conjunto revolutivo. La estrella θ^1 se descubre como cuádruple con anteojos de moderada potencia óptica; pero con los de mayor aumento se desdobra en seis mundos solares, cuatro fijos y dos revolutivos; ocupan el centro de la gran nebulosa que hemos puesto amplificada en el ángulo inferior de la derecha del *Mapa del Cielo*. Éste contiene, anotadas por medio de tildes, numerosas estrellas dobles; las descubiertas por los astrónomos pasan de 60.000.

VIII

ESTRELLAS VARIABLES Y TEMPORARIAS

Muchas estrellas conservan el brillo que tuvieron en los tiempos de Eudoxio y de Ptholomeo; mas la vida de las generaciones humanas es muy corta cuando se trata de apreciar los larguísimos períodos evolutivos de los astros, y puede afirmarse que todos han de sufrir cambios radicales en su brillantez; pero hay algunos que varían periódicamente, pasando en más ó menos tiempo de unas á otras magnitudes aparentes.

Esto sucede con la estrella *Algol* ó β de *Perseo*, situada, como puede verse consultando el Mapa, en la cabeza de *Medusa*. Algol es de 2.^a magnitud durante 2 días y 12 horas; pasado este plazo, su luz mengua al principio con lentitud y luego con gran rapidez, en 4 horas y media, llegando á la 4.^a magnitud por espacio de 6 minutos, y emplea otras 4 horas y media en recobrar su ordinario brillo de 2.^a magnitud; estas variantes periódicas acaso sean producidas por un astro

apagado que gire en torno de Algol y le eclipse cuando pase en la dirección de la Tierra.

Notabilísimos son también los cambios que ofrece la *o* ó *Mira Ceti* (la Maravillosa de la Ballena); su período de variabilidad es de 331 días, 8 horas y 4 minutos, mas no constantemente; desde la 2.^a magnitud desciende á la 10.^a y á veces á la 12.^a; se hace imperceptible á simple vista durante 5 meses, lentamente crece en luz, llega el máximo, y con la misma lentitud mengua hasta ser de nuevo invisible; mas tiene períodos en que alcanza la 2.^a magnitud y otros en los que no pasa de la 3.^a Estas variantes acaso procedan de la formación de enormes manchas periódicas, análogas á las que se ven en el disco solar. El color de Mira es rojizo, y su espectro acanalado pertenece al tipo III del P. Secchi.

En el *Mapa del Cielo* están anotadas no pocas estrellas variables, y en los catálogos y tratados de Astronomía encontrarán los aficionados muchas curiosidades relativas á estos inconstantes luminares.

La aparición de las *estrellas temporarias* es otra rara maravilla de los cielos.

El año 1572 vieron súbitamente en la constelación de Casiopea una estrella *nueva*, de más brillo que todas las conocidas, hasta el punto de hacerse visible en pleno día; permaneció así cinco meses, poco á poco fué perdiendo su esplendor y por fin se hizo invisible á los 17 meses de haber aparecido: consignan los anales de la ciencia que en la misma constelación se vieron estrellas nuevas y temporarias en los años 945 y 1264; los astrónomos llegaron á presumir que todas fueran la misma estrella, que se apaga y se enciende en períodos de 308 ó 319 años, pero estas conjeturas no se han confirmado, porque la estrella no ha reaparecido, como algunos esperaban, en los años 1880 y 1891; en el lugar donde la vieron en 1572 brilla hoy una estrellita telescópica de 11.^a magnitud, rojiza y vaporosa, que se sospecha sea la que de tiempo en tiempo se enciende y despide extraordinario resplandor.

En *Ophiuco* han aparecido dos estrellas temporarias que acaso sean una misma con diverso aspecto; la primera fué

descubierta el 10 de Octubre de 1604 por Fabricio y por Keplero; éste escribió sobre ella una obra titulada *De stella novâ in pede Serpentario*, y cuentan que alcanzó más brillo que las de 1.^a magnitud; Hind vió en el mismo sitio una de 4.^a, que fué perceptible desde el 28 de Abril al 11 de Mayo de 1848.

En la *Corona Borealis* fulguró repentinamente en Mayo de 1866 otra estrella nueva tan brillante ó más que *Alfeca* ó la *Perla*, que es de 2.^a magnitud, llamando la atención del Sr. Birmingham, que la observó desde Londres el día 12 de aquel mes; el Sr. Schmidt y el Sr. Courbebaise la vieron á la noche siguiente, el uno desde Atenas y el otro desde Rochefort; el día 17 había descendido á la 4.^a magnitud, el 21 dejó de percibirse á simple vista, y después de reanimarse momentáneamente, siguió palideciendo hasta la magnitud 9.^a y cinco décimas, que hoy conserva invariable, tal vez por haberse quemado en breves días la enorme explosión de hidrógeno que lanzó el astro, según parece demostrado por los análisis que se hicieron de su espectro.

Sin que sea muy frecuente la aparición de estrellas temporarias, se podrían añadir algunas á las que acaban de citarse, como la observada por los PP. Jesuitas desde Pekín en 1690, cerca de la estrella π del Sagitario, la que descubrió veinte años antes el P. Authelme desde Dijon, bajo la cabeza del Cisne, y la *Nova Aurigae* (Nueva del Cochero), de la que nada se descubre en la actualidad.

IX

LA VÍA LÁCTEA Y LAS NEBULOSAS

Las fábulas que imaginaron los antiguos acerca de la *Vía Láctea* se han disipado como débil humareda ante las magníficas conclusiones é hipótesis formuladas por la ciencia moderna sobre la constitución de ese hermoso arco blanquecino, de vagos contornos, llamado por los fervorosos cris-

tianos de la Edad Media el *Camino de Santiago*. No se conoce cosa alguna de la naturaleza que la iguale en magnificencia ni revele como ella la gloria del Creador.

William Herschel descubrió, mediante su potente telescopio, que la banda vaporosa está formada por innumerables estrellas, apiñadas en apariencia como las moléculas de polvo en un inmenso torbellino, pero separadas realmente por distancias tanto ó más enormes que las comprendidas entre el Sol y las estrellas más cercanas.

En un espacio de la constelación del Águila, cruzado por uno de los ramales de la Vía Láctea, y en una superficie no más extensa que el disco aparente de la Luna, contó el célebre astrónomo inglés 2.300 estrellas; en un cuarto de hora vió pasar 116.000 por el campo del telescopio, y afirmaba que con él podrían contarse en toda la Vía Láctea hasta 18 millones de soles.

Á ella pertenecen en realidad todas las estrellas diseminadas en el espacio, según demostraron el mismo Herschel y Struve al observar que el número de astros disminuye á medida que crece la distancia entre ellos y la banda luminosa: con un antejo que proyecte en el cielo un disco de 15' de diámetro (la mitad del diámetro del Sol), se cuentan por término medio:

En la Vía Láctea.....	122 estrellas.
A 15° al E. ó al O. de la Vía Láctea..	30 íd.
A 30° » » » »	18 íd.
A 45° » » » »	10 íd.
A 60° » » » »	6 íd.
A 75° » » » »	4 íd.

Fundándose el popular Flammarión en los datos del señor Proctor, construyó un curioso planisferio en *proyección polar*, en el cual aparecen distribuídas las estrellas y las nebulosas independientes de la Vía Láctea; éstas son 4.053, y se observa á la simple inspección del Mapa que su número crece progresivamente hacia las regiones celestes más distantes de nuestro conglomerado, circunstancia que le condujo á formular la hipótesis de que el universo de las nebu-

losas puede ser *complementario* del de las estrellas; como colorario del supuesto, deduce que estrellas y nebulosas se hallarían á distancia de la Tierra poco diferente, salvo posibles excepciones.

La Vía Láctea ciñe, á manera de inmenso cinturón, la esfera celeste; para convencerse de ello basta observar que su aspecto en el mes de Julio es *totalmente inverso* al que nos ofrece en Diciembre. La vemos, pues, desde un punto del espacio situado *dentro* de este colosal anillo; el Sol, la Tierra, los planetas y muchísimas estrellas están en el interior de él; pero el sistema solar no ocupa la parte central, porque el plano imaginario trazado por la mitad de la faja donde brillan tantos millares de soles está apartado unos 5 grados de los polos de rotación diurna. ¿Cuáles son las mutuas relaciones de atracción y movimiento que rigen á los astros de la Vía Láctea, distribuidos con tal aparente desorden por los ámbitos del cielo? ¿Cuáles leyes impiden que los más grandes y encendidos soles del conglomerado arrebaten á los menores y los consuman en sus ardientes hogueras? Recuérdese lo que hemos apuntado en otro capítulo sobre los movimientos propios de algunas estrellas y sobre los sistemas dobles de revolución; del Sol que nos alumbra y vivifica sólo se sabe, por lo que concierne á su papel en la escena de los mundos, que camina hacia la estrella π de Hércules; pero si su trayectoria es circular ó elíptica (como debe suponerse) cambiará lentamente de dirección, y si se cumpliera cierta hipótesis (no fundada á la verdad en datos suficientes), tardaría *doce millones de años* en recorrer su órbita.

Aparte de la *Vía Láctea* y de las nubes cercanas al polo Sur, hay dos nebulosas que se distinguen á simple vista: la de Orión, visible desde ambos hemisferios por hallarse próxima al ecuador, y la del Tucán, que sólo se percibe desde los países meridionales. Pero con anteojos de gran alcance se descubren más de 6.000, que afectan las formas más variadas y caprichosas. Hay muchas que tienen sorprendente parecido con la Vía Láctea, pues como ella se *resuelven* en innumerables y apiñadas estrellitas, circunstancia á la cual deben los nombres genéricos de *enjambres* ó *conglomerados*,

mas otras conservan el aspecto de nubecillas permanentes, aunque se las observe con los más poderosos telescopios, y parecen confirmar las hipótesis de Kant, Herschel y Laplace, que las tenían por jirones caóticos de *substancia cósmica*, en extremo enrarecida y vaporosa, dispuesta para la creación de futuros soles y sistemas planetarios. El análisis espectral manifiesta además la incoherencia y el estado gaseoso de los átomos que las constituyen.

En el *Mapa del Cielo* he anotado las más conocidas é importantes, lo mismo de las *reductibles* que de las *irreductibles*, y á fin de dar idea de su variado aspecto, he puesto en los ángulos y centros marginales ocho dibujos que reproducen con alguna fidelidad otras tantas nebulosas, según se ven con el gran telescopio de lord Rosse; hé aquí una brevísima descripción de ellas:

1. *En Cepheo*: su parte central tiene el aspecto de nebulosa *globular* muy condensada, de la cual se derivan ramas espirales, presentando de trecho en trecho otros núcleos menores de condensación.
2. *En la Nave Argos*: sorprende por su semejanza con algunos cometas; la región del hemisferio austral donde se presenta es invisible desde España.
3. *En el Escudo de Sobieski*: se parece á la letra Ω y también á una serpiente luminosa y ofrece tres núcleos de condensación incipiente y un interesante conglomerado en el arranque de su rama izquierda.
4. *Enjambre del Tucán*: es un conglomerado de forma globular, con el singular carácter de que son rojas las estrellitas centrales; ocupa una región vacía de astros y es perceptible á simple vista, mas nunca aparece en los horizontes españoles.
5. *En los Lebreles*: se la ve próxima á la cola de la Osa Mayor; consta de dos núcleos, uno central y otro externo; del primero parten varias ráfagas más ó menos luminosas en forma de remolino.
6. *En Tauro*: su núcleo se asemeja á un pólipo y las ramas que se esparcen por ambos lados presentan hendiduras en sus extremos que les comunican cierto parecido con

las patas de los crustáceos, por lo cual algunos astrónomos la llaman la nebulosa Cangrejo.

7. *En la Lira*: es un hermoso ejemplo de nebulosas anulares; se halla entre las estrellas α y β de aquella constelación.

8. *En Orión*: el núcleo principal de la nebulosa se subdivide en otros parciales, con tendencias á formar una extraña cuadrícula; este mismo núcleo contiene un espacio obscuro de forma elíptica, ocupado por la notabilísima estrella séxtuple θ^1 ; toda la nebulosa aparece sembrada de estrellitas, menores que las de 8.^a magnitud y que probablemente nada tienen de común con ella, como lo indica el espectro continuo que ésta ofrece, propio de las nebulosas irreductibles ó planetarias.

El P. Secchi asigna á la gran nebulosa de Orión 5° de N. á S. y 4° de E. á O.; dada esta magnitud aparente, y suponiendo que esté solamente á la distancia de la estrella α del Centauro ú otra de las más próximas, su extensión real no bajaría de cien millones de kilómetros cuadrados; pero todo induce á creer que se halle mucho más apartada de nosotros y que su magnitud sea, por consiguiente, inmensamente mayor. ¡Quién sabe si por sí sola constituirá un universo superior por su magnificencia al conglomerado de la misma Vía Láctea!

ANTONIO TORRES TIRADO,
Catedrático del Instituto de Logroño.

EL ESTADO LEGAL Y EL ESTADO REAL EN ESPAÑA

I

Quien con imparcial propósito, libre de lazos de escuela y aun de pasión de partido, examine la situación de la patria, por lo que hace al derecho constitucional y á los hechos que como negación de este derecho se producen, habrá de reconocer que pocas naciones igualan á la nuestra, triste es confesarlo, en el falseamiento del derecho por los hechos dentro de lo fundamental de la existencia y la actividad del Estado. Es además signo de degeneración en los partidos de gobierno que nada realicen, que nada intenten, que nada hayan pensado para poner al mal el conveniente y necesario remedio, no sólo en interés de mejoramiento en el ser y en la actividad del Estado, sino también en interés de purificación social y en beneficio propio, porque la historia enseña, con realidades tan elocuentes por sí mismas como las que por la observación sirven de base á otras ciencias, diversas de la Política, que la decadencia de todo régimen de gobierno, expresión del modo especial de ser del Estado, de quien es instrumento, se manifiesta, en primer término, por la desarmonía entre el derecho y los hechos, y que la muerte de instituciones, por seculares que sean, no es producto, en muchos casos, de otra causa eficiente, sea cual fuere la ocasional, que de una crisis producida por esta desarmonía, convertida en pugna, resuelta luego por la victoria de los hechos, á las veces violentos y brutales, sobre el derecho, por evidentes que sean los títulos de legitimidad y justicia en que éste se funde.

No es nuevo esto que aquí se afirma, aunque importa poco que no lo sea, toda vez que su verdad resulta incontrovertible. El cuadro trazado por Aristóteles en la primera

parte de su *Αθηναίων Πολιτεία*, de las revoluciones de Atenas, basta para justificar la doctrina, desenvuelta en la *Πολιτεία*, de que la primera causa de las revoluciones se halla en la diferencia que existe entre los derechos consignados en las constituciones de los Estados y las prácticas de los poderes públicos (1), y en tiempos bien recientes Tocqueville y Taine han propugnado la misma tesis con una abundancia de argumentos concluyentes y una tan luminosa exposición de hechos, que toda duda se ha desvanecido. El primero observa que en 1757 se publicó una declaración del Rey de Francia condenando á muerte á todos los que compusieran ó imprimieran escritos contrarios á la religión y al orden establecido, y asimismo al librero que los vendiese y al mercader que comerciase con ellos, y entonces imperaban allí en las ciencias y en la literatura Voltaire y su espíritu (2); y más adelante añade que subsistían las leyes protectoras de los privilegios de los nobles y de su condición económica, y á pesar de esto el tercer Estado se enriquecía en la misma proporción que los nobles se arruinaban y perdían su poder, prueba evidente de que las leyes andaban de un lado y los hechos de otro (3). Taine, por su parte, dice: «El dogma radical y la fuerza bruta que personificaron la revolución, fueron al mismo tiempo los sucesores y los ejecutores del antiguo régimen, y cuando se ve la manera con que éste los engendró, cobijó, nutrió y elevó, no puede menos de considerarse su historia como un largo suicidio. El Rey y los privilegiados imprimieron con su gracia, su ingenio y discreción la forma clásica en el espíritu francés, la cual, combinada con las conquistas de la ciencia, engendró la filosofía del siglo pasado, el descrédito de la tradición, la pretensión de rehacer todas las instituciones humanas según la razón, la aplicación de métodos matemáticos á la política y á la moral, el catecismo de los derechos del hombre y todos los dogmas anárquicos y despóticos del *Contrato social*» (4).

(1) Aristóteles, *Política*, libro V, cap. I.

(2) Tocqueville, *L'ancien régime et la révolution*, libro II, cap. V.

(3) Tocqueville, obra citada, libro II, cap. VIII.

(4) Taine, *Les origines de la France contemporaine, L'Ancien régime*, libro V, cap. V.

Adviértase ahora que, por lo que hace á España y á los momentos actuales de su existencia, no se trata, con lo que habrá de decirse, de culpar, por lo sucedido y por lo que ocurre, á estos ó á aquellos hombres políticos, de absolver á éstos ó á los otros partidos de faltas y pecados en que, unos más y otros menos, tienen todos parecida participación, toda vez que la desarmonía existente entre el derecho y los hechos no es de este atardecer, ni siquiera de estos últimos lustros, como ha pretendido últimamente el Sr. Salmerón (1). Se advirtió casi desde el instante en que abandonó su cuna y echó á andar por sí el actual sistema de organización del Estado y acción del gobierno, y el mal no ha hecho sino agravarse con el apresurado andar hacia prematura vejez de este sistema en que tantas y tantas esperanzas han fundado los amigos de la libertad, y del cual acaba de decir Garófalo, refiriéndose á su principio esencial: «El principio de la representación del pueblo conduce inevitablemente á instalar la ignorancia en el poder, y así, cuanto más se generalice el sufragio, tanto más indocto será el Parlamento» (2). Nuestros partidos se han pasado buena parte de la vida acusándose unos á otros de ser los autores de esta desarmonía, y sin embargo el mal ha existido con todos los partidos y con las más opuestas tendencias de gobierno, sin que hayan sido de provecho para curarle los empeños democráticos de los unos, las panaceas doctrinarias de los otros, las energías de reacciones más ó menos templadas, ya por la prudencia, ya

(1) La Constitución de 1869, en su art. 17, y el proyecto de Constitución federal de 1873 decían á la letra que «ningún español podrá ser privado del derecho de emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito, valiéndose de la imprenta ó de otro procedimiento semejante». Y el 3 de Julio de 1873 el Sr. Pi y Margall envió una circular á los gobernadores para que no consintieran «bajo ningún concepto que en periódico ni publicación alguna se defendiera la causa de D. Carlos», y posteriormente el señor Castelar, en 20 de Septiembre y 22 de Diciembre de aquel año, publicaba dos decretos prohibiendo á los españoles emitir ideas y opiniones contrarias á las ideas y opiniones del poder constituido.

(2) *Annales de l'Institut international de Sociologie*, tomo IV, pág. 68, París, 1898. En España sería menos perjudicial la ignorancia, que lo es sin duda alguna para la vida del Estado el egoísmo de determinadas clases, signo de degeneración en ellas y de decadencia de la raza, pues es incontrovertible que esta decadencia se manifiesta por el hecho repetido de anteponerse el interés individual al colectivo, el bien del ciudadano al de la Nación.

por el egoísmo, que han seguido casi siempre á los excesos de masas y poderes radicalísimos, por no decir demagógicos. Diríase, con las enseñanzas de la historia y con la experiencia de los hechos alumbrando con sus luces el entendimiento, que el enfermo es incurable, si otros documentos del saber humano no contuvieran fórmulas de éxitos seguros, aplicados con deseo de acierto; mejor quizás, con voluntad resuelta de llegar al sacrificio en aras del bien público.

Quizás nunca ha sido más violenta la pugna entre el derecho y los hechos que en los períodos revolucionarios, y singularmente durante la revolución francesa, y por lo que hace á España durante la revolución de Septiembre. La revolución francesa fué en la práctica la sustitución de los privilegiados del antiguo régimen por los privilegiados del constitucionalismo al principio, luego por los del partido girondino y más tarde por los del jacobinismo, con la diferencia de que los nobles y el clero tenían sus privilegios en la constitución social y en la ley, mientras que los privilegios de los revolucionarios pugnaban con los principios y con la letra de las leyes escritas. Nuestra revolución, que se hizo apellidando libertad, como pudo hacerse apellidando cualquier otra cosa, en la forma se limitó á sustituir una parte de la oligarquía política imperante por otra, y en el fondo fué un avance de la democracia, que los gobernantes prefirieron escamotear en los comicios á procurar su encauzamiento, con lo cual quizás se hubiera logrado infiltrar nueva savia en los elementos decrepitos de nuestras clases directoras. Por lo que hace al derecho y los hechos, léanse las siguientes palabras del Sr. Castelar, pronunciadas en el Congreso de los Diputados el 3 de Octubre de 1869: «La personalidad humana, que nosotros habíamos creído inviolable, y que la habíamos incrustado en la Constitución con todos sus derechos, está menos segura en España que lo puede estar en Marruecos ó en Turquía. ¿Qué artículo de la Constitución no ha violado el Gobierno? La seguridad de los ciudadanos ha sido desconocida. Los tribunales, la Constitución os prohibía ponerlos especiales, y vosotros los habéis nombrado especialísimos en el último verano. ¡La libertad

de imprenta! El Capitán general de Cataluña se ha permitido poner su mano sobre la propiedad de los escritores y luego escupirlos, insultarlos, como si Barcelona fuera una Varsovia ¿Habéis conservado por ventura el derecho de reunión? Todos, absolutamente todos los artículos de la Constitución, que son garantía de los ciudadanos, todos están violados; y yo os digo una cosa: la causa de que aquí todo tome un carácter violento es que los Gobiernos han podido impunemente siempre violar las leyes».

Con lo que ha de decirse luego quizás no se complazca á los satisfechos ni á los que esperan; ¡si es que pueden darse satisfechos en los actuales momentos! No se pretende aquí satisfacer á nadie, sino rendir el debido tributo de respeto á la verdad y á la justicia, libre el corazón de todo personal egoísmo. No olvide nadie que los médicos débiles ó excesivamente complacientes, que ocultan ó desfiguran la verdad, suelen ser más gratos á los enfermos que los que la declaran lisa y llanamente como la conocen. Sólo cuando sobreviene la catástrofe recobra la realidad sus fueros y logran los que la respetaron debidamente la natural consideración en el afecto de los sobrevivientes. ¡Quiera Dios que se disipen las tormentas que se acumulan sobre la patria, sin dejar otras huellas que los beneficios obtenidos por la previsión que el desastre haya despertado en todos y la permanencia de los resultados conseguidos por las medidas tomadas para conjurar los peligros de lo porvenir!

DAMIÁN ISERN.

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

OTÓN DE BISMARCK

I

Nació el 1.º de Abril de 1815, en la aldea de Schœuhausen (provincia de Brandeburgo). Hijo de noble y antigua familia, de abolengo eslava, frecuentó en sus primeros años los colegios de Berlín, cursando más tarde el derecho en Goetinga, Berlín y Greifswald. Durante su vida de estudiante mostró su destreza en el manejo de las armas y cruzó su espada, siempre con fortuna, en diferentes duelos.

En la Dieta provincial de Sajonia de 1846 y en la general de 1847 se dió á conocer por sus ideas reaccionarias, llegando á ser jefe de la extrema derecha en la Cámara prusiana de 1849. Entró en la carrera diplomática y fué nombrado Legado de Prusia en Francfort cerca de Austria; pero habiendo publicado violentos artículos contra la política de la corte de Viena, tuvo que dejar su cargo en el año 1859, pasando con la misma representación á San Petersburgo, donde se captó la estimación del Zar. Trasladado á París en 1862 con el mismo carácter y dignidad, fué recibido el 1.º de Junio en audiencia pública en el palacio de las Tullerías.

En el Parlamento prusiano se suscitaron conflictos en la discusión del presupuesto de Guerra, y Bismarck, nombrado Ministro de Estado el 23 de Septiembre de 1863, y un mes más tarde Presidente del Consejo, pronunció, ante la comisión de presupuestos de la Cámara, las siguientes atrevidas palabras: «Las grandes cuestiones de nuestra época no se resuelven con discursos y votaciones de la mayoría (éste fué el error cometido en 1848 y 1849), sino á sangre y fuego». Aunque las frases de Bismarck levantaron gran clamoreo en Alemania y Europa, Guillermo I, sus Ministros, sus Generales y el ejército

creyeron que la unidad alemana no se podía realizar de otra manera. Verificóse ésta por tres gloriosos hechos de armas:

1.º *La guerra de Schleswig-Holstein en 1864.*

Dinamarca perdió los ducados de Holstein, Schleswig y Lauemburgo.

2.º *La austro prusiana en 1866.*

Por el armisticio de Nickolsburgo (26 de Julio) y por la paz de Praga (23 de Agosto), Austria fué excluída de la Confederación alemana.

Bismarck, en 1867, con motivo de la Exposición universal, acompañó á París al Rey de Prusia, mostrándose, según sus biógrafos, galante con las damas y simpático á los cortesanos de las Tullerías.

3.º *La franco-alemana en 1870 y 1871.*

En el mes de Junio de 1870, el General Prim ofreció la corona de España al Príncipe Leopoldo, hijo del príncipe Antonio, jefe de la rama menor de Hohenzollern-Sigmaringen. La intervención, más imprudente que moderada, de Napoleón, en estos sucesos, ocasionó la guerra entre Alemania y Francia. El ejército prusiano se coronó de gloria en cien batallas, acampando, por último, delante de París. Entonces treinta miembros del Reichstag, presididos, por Simson y en nombre de Alemania, se presentaron en Versalles, rogando á Guillermo I que aceptase el título de *Emperador*. Tuvo lugar la solemne aceptación el 18 de Enero de 1871. El pensamiento constante del primer Ministro de Guillermo I se había realizado por completo.

II

Bismarck, físicamente considerado, parecía hombre ordinario y rudo. Cualquiera diría que era un viejo capitán ó comandante, acostumbrado á las fatigas de la guerra y desconocedor de la política. El profesor W. Alexeief escribe: «Cuando le conocí en San Petersburgo, aunque era todavía relativamente joven, Bismarck estaba casi calvo. Observé á un hombre de elevada talla, anchas espaldas, bigote y cejas muy poblados; encima del labio superior tenía profunda cicatriz, resulta-

do de un duelo de estudiante, según me dijo». (1) Bajo el punto de vista moral, Bismarck, apasionado é iracundo, persiguió, con verdadera saña, al Conde de Arnim y al doctor Geffeken. Meditaba mucho las cosas; pero cuando se decidía á realizar un objeto, le importaban poco los obstáculos más grandes. Dotado de extraordinaria energía, cuando Prusia declaró la guerra á Austria, cuentan que, metiendo dos pistolas en los bolsillos de su uniforme, dijo: «Si somos vencidos, no volveré á mi patria». Con razón se le llamaba *Canciller de hierro*. Después de la guerra franco-prusiana fué elevado á la dignidad de *Príncipe*. En la Dieta del imperio, celebrada el 6 de Febrero de 1888, se expresó de este modo: «Nosotros, los alemanes, sólo tenemos miedo á Dios». Continuó en el cargo de Canciller durante el breve reinado de Federico III (desde el 8 de Marzo de 1888 hasta el 15 de Junio), y también en los primeros días de Guillermo II. Cuando éste sucedió á su padre en el imperio, el Príncipe de Bismarck, en una conversación sostenida el 28 de Junio de 1888 con varios miembros de la Cámara prusiana, elogió apasionadamente la inteligencia, ingenio y firme voluntad del nuevo Soberano. Sin embargo, desde que Guillermo II subió al trono, se pudo comprender que la influencia del gran estadista perdía terreno ante la poderosa iniciativa del Emperador. En la noche del 5 de Marzo de 1890, en un banquete que la Dieta provincial de Brandeburgo dió á su Monarca, dijo Guillermo: «En mis viajes por el imperio he aprendido mucho y puedo juzgar la política, colocándome fuera de ella. Me han enseñado también á evitar medidas precipitadas». Añadió que estaba firmemente resuelto á seguir las tradiciones de su abuelo Guillermo I, terminando: «Al que esté conmigo se lo agradeceré y sabré defenderme de quien esté contra mí». Los diarios de Berlín del 18 y 19 de dicho mes dieron cuenta de la retirada de Bismarck, suponiendo que éste estaba conforme con el Emperador y anunciaban importantes reformas en la política. Como solicitaran algunos Príncipes del

(1) Y añade: «Al cabo de cuatro meses de enseñanza, no hablábamos sino en ruso» *El Diario de San Petersburgo*, correspondiente al mes de Marzo de 1895.

imperio que Bismarck continuase en su elevado cargo, contestó Guillermo: «El Gran Canciller tiene necesidad de reposo y me veo obligado á separarme de él». El motivo de la caída de Bismarck lo explicaron los periódicos de Berlín diciendo que éste intentó oponerse á los proyectos reformadores del Emperador; pero los diarios afectos al Gran Canciller aseguraron que el Príncipe fué arrojado del poder porque defendía los buenos principios constitucionales. Sucedióle en la cancillería del imperio el General Caprivi.

III

¿Cuál fué la verdadera causa de la caída del Príncipe? Un periódico de Ginebra procuró conocerla por un amigo del ex Canciller. El personaje aludido visitó á Bismarck el día de la ruptura con el Emperador. «Cuando entré en el despacho, ignorando por completo el suceso, ha dicho el citado amigo, el Canciller se paseaba agitadísimo por la espaciosa estancia. Gritaba y juraba, mientras sus ojos despedían relámpagos. En cuanto advirtió mi presencia, exclamó:—¡Ah! ¿Es usted? Acérquese. Sin duda ya sabrá usted la nueva.—No, Príncipe, contesté.—Cálmate, Oton, te lo ruego, dijo la Princesa.—Sin prestar atención á las palabras de su mujer y cada vez más excitado, exclamó:—*¡Er hat mich herausgeschmissen, der lausbub!* (¡El atrevido niño me ha puesto de patitas en la calle!) Después, cambiando de tono y como hablando consigo, continuó:—Sin respeto ni gratitud á la carrera del mejor servidor de su abuelo y de su padre, en un acceso de rabia que él conservaba largo tiempo, me ha pedido la dimisión escrita, ¡sí, escrita!, y esto sobre la marcha; pero no la tendrá hasta mañana, aunque se muera de impaciencia. Habíéndose retirado la Princesa y el médico, que presenciaban la escena, no sin recordar al Canciller los consejos del doctor Schwenninger, que siempre le está exhortando á que procure calmar los arrebatos de su espíritu, con apagada voz me explicó su desgracia.—Ya sabe usted, me dijo, en qué situación me encuentro ahora con el centro. La guerra es á muerte.

Pues bien, hoy á las tres de la tarde, cuando iba á sentarme á la mesa, me dijeron que Guillermo II había anunciado su asistencia á la fiesta que el Sr. Windthorst da esta noche. Al pronto no di crédito á la noticia; mas luego se confirmó. En seguida me trasladé á palacio y pedí audiencia al Emperador. Después de una espera, molesta por lo larga, le expuse respetuosamente mis observaciones, pero él se incomodó. Procuré demostrar que la presencia del Emperador en la fiesta del señor Windthorst equivalía á desautorizarme, á censurar mi actitud respecto del centro, á proporcionar á los enemigos del Estado la mayor satisfacción que podían desear, en una palabra, á desmentirme de una manera hartamente dura.—Iré, replicaba constantemente. Y de repente, cuando yo más le suplicaba, exclamó con energía:—*¿Vollen sie vielleicht mis meinem Keuchenzettel diktiren?* (¿Pretende usted dictar mi lista de manjares?) Estas palabras, pronunciadas con verdadera crudeza, hicieron estallar mi enojo. Me ordenó que callara, golpeando el suelo con el pie.—Señor, dije, después de esta conversación, no me queda otro remedio que dimitir.—Retírese usted inmediatamente y mándeme por escrito la dimisión. Un correo de gabinete, cuando apenas había tenido tiempo para llegar á mi casa, se presentó por la dimisión; pero le contesté que deseaba tiempo para reflexionar. Con efecto, al siguiente día, á las ocho de la mañana, según me dijeron después, volvió el correo de gabinete, y con la dimisión por escrito, se retiró á galope tendido hacia la morada imperial (1).

IV

El ex Canciller, al poco tiempo, salió de Berlín y se encerró en Friedrichsruhe. Desde aquí ha procurado suscitar contrariedades á Guillermo II, y la oposición de los periódicos *Hamburger Nachrichten* y *Münchener Allgemeine Zeitung*, órganos de Bismarck, á la política del Emperador, hizo temer, no pocas veces, el rompimiento entre el joven Monarca y el insigne estadista.

(1) *Le Genovois*, correspondiente al mes de Julio de 1892.

Elegido diputado por Geestemünde el 30 de Mayo de 1891, se preparó, según decían amigos y partidarios, á realizar grandes cosas.

Luego, en el mes de Agosto de aquel año, con motivo de haber sido obsequiado con un tazón de plata por los estudiantes de las Universidades alemanas, pronunció el siguiente discurso:

«Gracias mil por tan bello homenaje. Ocupará sitio de honor entre los regalos que poseo, no sólo por su valía y hermosura, sino también por su origen. Formamos parte de dos distintas generaciones: yo, de la del primer Emperador Guillermo, de la que ha luchado y construído y está en camino de desaparecer; vosotros, de la del porvenir, de la que por sus servicios en la Cátedra, en el Parlamento ó en los comicios se halla destinada á dar nueva forma á la política.

Cuando en el año 1832 me matriculé en la Universidad de Gœtinga, vivía la patria en la inacción por estar dividida en 30 Estados, que tenían los unos para con los otros más desconfianza y menos benevolencia que para con las demás naciones. La ciencia y el arte eran ya entonces los únicos elementos comunes de dichos Estados. La ciencia no era prusiana ni bávara, sino alemana. Representaban en aquel tiempo las Universidades la idea nacional y conservaban el sentimiento de la unidad de su origen. Aunque claro y brillante el fuego que estos centros del saber mantenían, no bastaba para fundir en un solo cuerpo las fracciones de la patria. Necesitábase la cooperación de los Gobiernos, y, si os he de hablar francamente, la de la fuerza. Fracasaron anteriores tentativas, porque no se tuvo en cuenta el derecho dinástico, ni el poder del hierro. Sin ambos elementos, nada pudo hacerse duradero en Alemania el año 1848; nada podría hacerse ahora. Con ambos elementos, se sostendrán el derecho alemán y la grandeza alemana.

Vuestra misión, habiendo ya concluído la guerra interior, es altamente conservadora. Consiste en mejorar la obra que nosotros comenzamos. Mantened ante todo la Constitución del imperio. Aunque imperfecta, es el *maximum* de lo que

podíamos obtener. Cuidadla, velad con celo para que no padezcan los derechos que la protegen.

No soy partidario del sistema de centralización que impera en Francia. Con la centralización sólo gana París. Considero beneficiosa la descentralización, que deja en pie numerosos centros de cultura. Tampoco quiero que desaparezcan las costumbres nacionales. Amad, os repito, la Constitución, aunque andando el tiempo os desagrade. No aconsejéis reforma alguna, como no la reclamen todos los interesados. Hé aquí la primera condición de la prosperidad del imperio. No me inquietan los propósitos de los extranjeros, pues sus ataques serán martillazos que remachen nuestra unión y la hagan más poderosa.

Opino que el *locus minoris resistentiæ* es la inclinación de los alemanes á dividirse en muchos bandos y parcialidades. Dos regimientos que visten distintos uniformes pueden, dentro de una misma guarnición, convertirse en implacables enemigos; y los Estados alemanes, en otro tiempo, se miraban con ojo inquieto y receloso: del mismo modo, la lucha hoy entre diferentes partidos políticos ó grupos parlamentarios no será imposible que comprometa más tarde el desarrollo de nuestra unidad. No es fácil cegar el abismo que separa á los partidos. Á los jefes de esas divisiones parlamentarias, verdaderos *condottieris* políticos, solamente les anima la ambición. Combatamos la desgraciada afición al fraccionamiento. Si estamos unidos, llegaremos á vencer al diablo mismo y le arrojaremos al infierno. Acostumbraos á ver en cada alemán un querido compatriota y no un adversario político.

Os dirijo este ruego porque sois los representantes de la idea nacional de las Universidades, y los llamados á transmitir á las futuras generaciones la idea *prometheana* de nuestra unidad.»

Guillermo II, en los últimos días de Enero de 1894, felicitó al Príncipe de Bismarck por el restablecimiento de su salud, y éste se dirigió poco después á Berlín con el objeto de dar personalmente las gracias á su Soberano. Numeroso público aclamó al viejo ex Canciller, y la entrevista que tuvo con el Emperador fué cordial y cariñosa. Durante la comida que el

Emperador ofreció á su antiguo Ministro, conversaron detenidamente ambos personajes, siendo luego despedido Bismarck por Guillermo II en la estación del ferrocarril. Produjo no pocos recelos en Europa y en particular en Francia la noticia de la reconciliación; pero ni en este caso, ni cuando, en el 19 de Febrero, el Emperador devolvió la visita al Príncipe, se trataron asuntos importantes de política internacional.

Corría el mes de Marzo de 1895 y, con motivo del próximo cumpleaños de Bismarck, Guillermo II quiso que el Reichstag tributara al antiguo Canciller entusiasta manifestación, comisionando al efecto al Presidente Herr Levetzow. Los representantes del pueblo, mortificados con la política autoritaria del Emperador, desecharon el mensaje por 163 votos contra 146. Herido en su amor propio Guillermo II, expidió en seguida un telegrama manifestando «su profunda pena é indignación por un acto que coloca al Reichstag enfrente de las ideas de los Príncipes y de los sentimientos del pueblo alemán». Sin embargo, los representantes de la Cámara prusiana y del Parlamento alemán acudieron pocos días después á Friedrichsruhe, con objeto de felicitar al ilustre hombre de Estado. En su retiro de Friedrichsruhe, alejado de la vida pública y tranquilo en el hogar de la familia, allí ha permanecido en sus últimos años, escribiendo los grandes sucesos de la historia en que él tomó parte activa. Ayudábale en esta tarea su secretario, el Dr. Chrysander, el cual ponía en limpio las cuartillas que, después de revisadas y anotadas por su autor, iban á parar á una caja de hierro, para no volver á salir en vida del Canciller.

Su muerte, acaecida á las once de la noche del 30 de Julio, llenó de pena á su familia, y sobre su tumba derramará eternamente el pueblo alemán lágrimas de agradecimiento.

V

Ahora bien: ¿qué juicio nos merece la obra realizada por Otón de Bismarck? «Si las armas de Prusia—escribe José Civinini, de Florencia,—realizaron materialmente el gran pensamiento de la unión alemana, á este trabajo activo había pre-

cedido un trabajo de ideas que, comenzando con Leibnitz, se continuó hasta nuestros días; poetas y filósofos, críticos é historiadores han colaborado en él; de modo que podemos decir que la regeneración de Alemania es fruto verdadero del pensamiento y de la ciencia.» En nuestro sentir, el escritor italiano no está en lo cierto: Bismarck estuvo en pugna constante con el sentimiento del pueblo alemán, con la libertad política de su nación y con las ideas modernas de todos los Estados de Europa. Además, el imperio es hoy un campamento, las ciudades son inmensos cuarteles y el país se halla arruinado por los tributos.

El triunfo del cesarismo es transitorio. Después de Filipo y Alejandro se hizo trizas el imperio macedónico; á Julio César sucedieron los Emperadores tiranos; Carlo Magno tuvo por heredero á Ludovico Pío; el trono de Carlos V lo heredó Felipe II, y la corona de Napoleón el Grande la ciñó después Napoleón el Pequeño. Si Federico Guillermo, después de vencer á Dinamarca, Austria y Francia, intentó inaugurar el cesarismo, que con Napoleón se creía enterrado en Santa Elena, alguna razón tenía para ello; pero el actual Emperador, veleidoso, precipitado y poco diestro en el arte de gobernar, ¿podrá sostener el imperio que fundaron su abuelo y Bismarck? Enfrente de su poder ya se ha levantado otro poder: enfrente del absolutismo imperial el socialismo revolucionario.

Es cierto que la política de Cavour ha sido más patriótica y liberal, la de Thiers más simpática y fácil, y la de Gladstone más buena y fructífera; pero no puede negarse que la de Bismarck, verdaderamente férrea, se ha hecho sentir y ha pesado cual ninguna, porque, mediante ella, unos pueblos se han separado de otros y éstos se han unido á aquéllos, variándose de este modo la geografía y la historia.

Dure ó no dure su obra, si la historia designa con los nombres de siglo de Alejandro, de Augusto, de Carlo Magno, de León X y de Luis XIV á las centurias en que vivieron estas grandes personalidades, Alemania puede llamar á la centuria actual, *siglo de Bismarck*.

JUAN ORTEGA RUBIO,
Catedrático de la Universidad Central.

EL PROBLEMA OBRERO

CAPÍTULO III

Cuestiones que á juicio de Mr. Julio Simón encierra el problema de la determinación de la jornada del trabajo.—Términos en que se ha planteado.—Diversidad de opiniones.—La libertad del contrato de obra.—Ideas de Ahrens.—El socialismo de la cátedra, su origen sus principales adeptos, su desarrollo, sus doctrinas y exposición de las mismas hecha por varios escritores.—Su juicio acerca de la protección debida al trabajo, la fijación legal de la jornada, sus condiciones y sus límites.—Los socialistas cristianos.—Opiniones de Lerchundi, Conde de Mun, Cardenal Manning, Monseñor Decertius y de la Asamblea católica de Amberg.—Síntesis de sus ideas sobre la jornada del trabajo.

I

En uno de los capítulos anteriores hemos aludido á Julio Simón, incluyéndole entre los patrocinadores del descanso dominical, y esto nos induce á comenzar por él y su notable libro *El trabajo* la serie de obras y de escritores, no tan extensa como de apetecer fuera, de que intentamos ocuparnos, escogiéndoles de entre los muchos que han estudiado y tratado con mayor ó menor amplitud la tan debatida cuestión, tal vez una de las más candentes y difíciles de resolver, de la limitación de la jornada del trabajo; proponiéndonos con ello, al mismo tiempo que determinar cuál es la solución más generalmente admitida, buscar un apoyo para nuestra opinión en otras autorizadísimas.

Julio Simón, aunque tan inclinado á la escuela económica individualista, no desconoció ni ocultó nunca los errores, deficiencias, ilusiones y hasta las preocupaciones de dicha escuela; aunque defensor tan entusiasta de la libertad en todas sus manifestaciones, convino en que algo más que libertad se

necesita en el mundo industrial; y aunque íntimamente persuadido del poder inmenso de la asociación libre, reconoció que ésta no es por sí sola suficiente, que necesita ser fomentada, estimulada, apoyada y complementada por el Estado, al menos en el presente y en la generalidad de los pueblos, para que pueda ensanchar su campo de acción, y difundir y hacer llegar á todas las clases sociales sus indiscutibles beneficios. Vió con su clarísima inteligencia las dificultades, los obstáculos, los entorpecimientos, los errores y los extravíos que otros desconocieron y que influían de un modo tan funesto en la vida económico-social; vió los ejemplos que la historia de la humanidad suministra, las lecciones que depara, las enseñanzas que de la práctica se desprenden, las equivocaciones de unos y otros, é imparcial, saturado de esa buena fe que siempre debiera inspirar al escritor, no disfrazó ni ocultó nada, consignándolo conforme lo sentía, así al pueblo, de quien fué admirador, como al obrero, cuyas desdichas tanto le impresionaban, como al patrono, contra el que no se dejó arrastrar por preocupación alguna, como á los mismos economistas que eran sus compañeros de escuela, con los que le unía la comunidad de ideas. Tal es lo que se desprende de todas sus obras y se advierte en los siguientes pasajes:

«Los patronos quieren una jornada larga á causa de los gastos de la maquinaria, y los obreros una jornada corta á fin de tener horas para estudiar y pensar, necesidad que, aunque por desgracia no sea nueva, no por ello deja de ser respetable y digna de atenderse. Disminuir las horas de trabajo, dicen los unos, equivale á disminuir la población; al contrario, dicen los otros, porque el trabajo largo extenua. La experiencia da la razón á éstos, probándolo siempre que ha sido seriamente estudiado y disputado. ¿Habrá en los talleres jornaleros ó destajistas? ¿Qué tarifa tendrá el trabajo á destajo? ¿Se reglamentará la duración de la jornada por medio de una ley ó de un reglamento local? ¿Se dejará, como la tasación de los salarios, á la conveniencia de las partes? ¿Podrá el patrono cambiar á su gusto las herramientas y los productos de fabricación y permitirá el regateo? Difícil es, como se sabe, poner de acuerdo á los economistas sobre puntos tan graves, siendo así que los discuten desde los

gabinetes, sin que les altere la animación de la lucha ni el temor de la quiebra ni de la miseria. Difícil será que se concierten personas que han nacido en distinta posición, que defienden pretensiones inconciliables, obstinados en sostenerlas, inclinados por su posición á juzgar á sus adversarios con severidad, conociendo tan sólo una parte del problema, estando amenazados los unos en su honor y los otros en sus intereses principales.»

Debemos prestar nuestro más completo asentimiento á estas ideas de Julio Simón: el problema de la reducción de las horas de trabajo resuelto ya en la conciencia pública, pues la opinión de que deben reducirse es casi unánime, abarca ó encierra otros muchos problemas de resolución bastante difícil, en los cuales luchan los intereses, las ideas y las escuelas, y respecto á los cuales los economistas, que, con efecto, rara vez salen de sus gabinetes para entrar en los talleres, de sus confortables viviendas para subir á las desmanteladas buhardillas del pobre, sostienen con tenaz empeño, sin transigir en lo más mínimo, sus tradicionales principios, que consideran inmutables tanto como la Iglesia católica sus dogmas, y en cuanto á los cuales, los socialistas, si bien conformes en la solución general, difieren entre sí en los procedimientos, en los accidentes y en los detalles, y con relación á los que también los mismos trabajadores á quienes una solución pronta y acertada puede serlo de vida, divididos en una especie de sectas, agrupados con exclusivismo sistemático, sin ese espíritu de solidaridad que constituirá su fuerza, suscitan dificultades y entorpecimientos, alejando con ello el feliz término de la contienda empeñada, y combatiéndose y destrozándose no pocas veces cual encarnizados enemigos.

Los socialistas de la cátedra ó científicos, los gubernamentales, los cristianos, los colectivistas, las *Trades Unions*, las federaciones regionales y las agrupaciones particulares de trabajadores, pelean entre sí, afortunadamente pocas veces fuera del terreno de las ideas, y mientras los unos quieren, en el particular que nos ocupa, la fijación uniforme de un determinado número de horas de trabajo diario que no exceda de ocho, cual la generalidad de los colectivistas, otros, como

los obreros de las *Trades Unions*, admiten las horas suplementarias; varios patrocinan el trabajo á destajo, que la mayoría rechaza; y no pocos aceptan jornadas de mucha mayor duración; mientras que los economistas, revolviéndose contra todos los anteriores, se aferran al respeto de la libertad de contrato de obra, dejando que el patrono y el obrero discutan y determinen por sí mismos, sin limitaciones ni ingerencias extrañas, sin intervención de la ley ni de los poderes públicos, las condiciones todas de la faena.

Esta diversidad de pareceres y de pretensiones revela muy claramente la complejidad de los problemas planteados y la dificultad de una resolución conciliadora, justa, equitativa, que deje á salvo todos los intereses dignos de respeto. Pero como la idea capital es aceptada por la generalidad, como las distancias comienzan á estrecharse, y como esa libertad absoluta de contratación, ese *laissez faire* aplicado al trabajo, pierde terreno y partidarios, es de creer que la hoy considerada por muchos cuestión irresoluble no tardará en ser resuelta, encontrándose una fórmula que unifique los al parecer antagónicos intereses, en bien de la producción, en bien de los dos grandes factores de ésta, y sobre todo en bien de la humanidad.

II

Enrique Ahrens, que tan elevado lugar ocupa entre los filósofos y expositores del Derecho, individualista más bien que socialista, es uno de los caracterizados impugnadores de la libertad absoluta del contrato de obra, ó sea del contrato de venta de la fuerza del trabajo, como con bastante exactitud ha dicho Karl Marx, y es también defensor resuelto de la limitación de la jornada, que los partidarios de aquélla dejan encomendada á la conciencia ó sentido moral de los patronos y á la fuerza de la clase obrera, que, según pretenden, sabe y puede defenderse á sí propia. Ahrens dice que «los bienes humanos generales, la vida, la salud, etc., no son objetos de los que se pueda disponer libremente y por contrato, debiendo protegérseles contra la ignorancia, la impre-

visión y las situaciones y circunstancias penosas en que cada persona pueda encontrarse, y se explotan por la especulación económica, ávida é indiferente, siendo de conformidad con estos principios justos como se ha comenzado á fijar por la legislación para el trabajo en las fábricas un número determinado de horas» (*Cours de Droit naturel*).

Analiza después la aplicación de dicho principio, y manifiesta que «la reglamentación legislativa comenzó en Inglaterra, provocada por los espantosos abusos del trabajo de la niñez, continuando á instancias de la clase obrera, y ha sido inmediatamente adoptada por otros países, Francia y varios Estados alemanes»; y que «la diferencia esencial entre las legislaciones francesa é inglesa consiste en que en Inglaterra la ley se detiene para el sexo masculino en los diez y ocho años, dejando á los de más edad en libertad completa de disponer por contrato de su trabajo, mientras que en Francia la ley promulgada acto seguido de la revolución de 1848, que fija doce horas como máximum, no distingue de edad ni de sexo».

Consigna también su opinión de que «no puede menos de aprobarse que la legislación no se limite á una edad (aun cuando muy bien pueda hacer en cuanto á la duración del trabajo diferencia entre sexos y edades), puesto que la libertad del trabajo de todo hombre, joven ó adulto, debe encontrar su regla y su límite en los bienes generales de humanidad, y por eso esta amplitud de la ley es reclamada por la misma clase obrera, no cabiendo la menor duda de que será establecida en un tiempo muy próximo». Y concluye afirmando que «el principal beneficio de semejante legislación consiste en que garantizará á esta clase lo que Fichte llama *derecho al ocio*, para que el hombre pueda encontrar, después del trabajo natural, un tiempo conveniente que consagrar á su educación intelectual y moral, y la clase obrera de Inglaterra se ha aprovechado dignamente de este ocio». Opina, pues, el gran jurisconsulto y filósofo, como opinamos nosotros, y su opinión tiene verdadera importancia, en el sentido de ser conforme con los principios del derecho, justa y conveniente la intervención de la ley en el régimen del tra-

bajo para deparar al trabajador la protección que necesita, para ponerlo á cubierto de toda clase de abusos, y dentro de esta protección entiende que debe incluirse la limitación de la jornada, ya iniciada en varias naciones, y que no tardará en alcanzar todo el desarrollo que necesita, pues el *derecho al ocio* se impone para los fines que con tanta precisión y claridad indica.

III

Hace ya tiempo que en Alemania, país donde ciertas ideas y manifestaciones científicas suelen tener su cuna, comenzó á iniciarse dentro del socialismo una nueva escuela, tan alejada de los antiguos *soñadores* como de los *reformadores democráticos modernos*, partidarios más ó menos resueltos de la *revolución social*, ya inmediata, ya preparada por una evolución en las ideas y en los sentimientos principalmente; escuela que, por la elevación de sus miras y por los eminentes profesores que puede decirse la crearon, constituyendo su núcleo principal y difundiendo las nuevas ideas revestidas con los atavíos de la ciencia, recibió desde luego el nombre de *socialismo de la cátedra*.

Esta nueva y vigorosa manifestación del inmenso desarrollo alcanzado por la doctrina socialista, que desde los *clubs* y los *meetings*, las reuniones populares y el ardiente y apasionado terreno donde suelen discutirse aquellas cuestiones que á las clases obreras en particular y en general al proletariado afectan de un modo directo ascendía á las altas y serenas regiones de la ciencia, sin desatender por ello las realidades de la vida, y conseguía introducirse en el mismo recinto de los poderes sociales, puede considerarse, al par como la más conservadora y hasta cierto punto autoritaria de todas las manifestaciones socialistas contemporáneas, pues ninguna de las otras subordina tanto la acción del individuo á la acción del Estado, ni concede á los altos poderes, que vienen á ser como su personificación, tan directa, extensa y continuada intervención en todas las distintas esferas de la vida social, y especialmente en la económica. Roscher, Schaffle, Karl Marx,

Lassalle, Brentano, Contzen, Wagner, Schönberg, Sheel, Schmoller y otros no menos notables publicistas han hecho del socialismo de la cátedra, emanación indudable de la escuela histórica, el más detenido estudio, y sus inapreciables trabajos, críticos y de impugnación los unos, expositivos y de defensa los otros, vertidos prontamente á diversos idiomas, no tardaron en dar á conocer por todas partes las doctrinas del socialismo científico, á cuyo frente han venido figurando Stein, Schmoller, profesor sucesivamente de las Universidades de Halls, Strasburgo y Berlín; Schönberg, de la de Tubingen; Wagner, de la de Berlín; Röoler, de la de Rostock; Brentano, de las de Breslau y Strasburgo; Held, de las de Bonn y Berlín; Engel, director de estadística en esta última capital; Nasse, profesor de Bonn; Knapp, de Leipzig; Conrad, de Halls; Hildsrand, de Jena; Holtzendorf, de Bertu y de Munich; Kures, de Herldenbergo; Contzen, Walker, Sybel, Cohn, Scheel, Neumann, Leslie, Cliffi, Thorton, Powcet, Porti, Lampertico, Luzzati, Messedaglia, Wolwzki, Vergne, Muralt y Laveleye. En España han arraigado muy superficialmente tales ideas, y llegaron á ella mucho después que á los demás países, siendo preciso para ello, como algún escritor ha dicho, que Laveleye y Block publicaran acerca de las mismas varios artículos críticos en la *Revista de Ambos Mundos* y en el *Diccionario de los Economistas*.

Esta escuela, á la que dió el nombre en el año 1872 el célebre economista alemán Oppperhein, y que á sí propia se denominó *Escuela realista*, es, conforme dice Cusumano en el trabajo que dedicó al estudio de la escuela económica alemana, «una nueva escuela fundada por algunos profesores que, siguiendo las inspiraciones del positivismo y del realismo contemporáneos, han emprendido la reforma del principio absoluto del *laissez faire* en el orden económico, así como la crítica de ciertas teorías sostenidas por los economistas, á quienes califica de smithianos, partidarios de la liga de Manchester y del libre cambio».

Ciconne, adversario resuelto, no ya del socialismo, sino de cuanto á éste se aproxima, decía, en su estudio referente á la nueva escuela alemana, que «tales socialistas veían la guerra

desenfrenada entre capitalistas y obreros, que amenazaban llegar á un revolución social; creían descubrir una de su más poderosas causas en la concurrencia; buscaban una vía de conciliación entre los dos partidos contrarios para prevenir un conflicto probable, y puesto que la economía liberal no les ofrecía más que la libertad, que apreciada en toda su amplitud les parecía insuficiente, se apartaron de los economistas liberales para fundar una escuela cuyo objeto era investigar los medios más eficaces y seguros de resolver la cuestión social».

Los Sres. D. Antonio y D. Pío Suárez Inclán, que han dedicado entre nosotros un bien meditado y escrito trabajo al *socialismo de la cátedra*, investigando sus fuentes y sus orígenes, dando á conocer sus inmediatos precursores y analizando sus ideas capitales, dicen, refiriéndose á éstas, que «sus partidarios sostienen en la mayoría que no existen leyes naturales en el orden económico, señalándose como principal mantenedor de esta negación al conocido publicista Emilio Laveleye, como lo comprueban algunos artículos que publicó en 1877 en el *Jornal des Economistes* y una obra que dió á luz con posterioridad: dice primeramente, rebatiendo el carácter que dan á la ciencia los individualistas, que no es únicamente el interés particular el sentimiento que domina en el hombre, puesto que al lado del egoísmo existe la predisposición natural á la colectividad y á la sociabilidad, lo cual comprueban suficientemente la solidez y antigüedad inveterada de instituciones como la familia, el ayuntamiento y el Estado». Continúa manifestando que el hombre no es un animal capaz de apetecer únicamente la satisfacción de sus necesidades, sino que es, por el contrario, un ser moral que obedece al deber y sacrifica sus bienes y aun la vida, cuando llega el caso, en defensa y provecho de ideas como las de patria, las de humanidad y de Dios. Añade después que los hechos generales y constantes de la naturaleza humana, de que Rossi pretende deducir las leyes económicas, son una concepción imaginaria. En distintos países, y para diversas épocas, los hombres obedecen á móviles que no son siempre los mismos, puesto que los forman ideas particulares del bienestar, del de-

recho, de la moral y de la justicia. También los individuos, según los diferentes estados de civilización, otras necesidades, otros móviles, otras maneras de producir, el proceder del reparto y consumo de la riqueza, los problemas económicos, no pueden admitir *à priori* una solución abstracta».

Y Schmoller ha condensado el programa de la escuela á que pertenece en las siguientes líneas: «No proclamamos la revolución científica ni tampoco la revolución social; rechazamos las tentativas del socialismo radical; los grandes progresos que nos muestra la historia son consecuencia del trabajo de los siglos; en la legislación económica existente, en los modos actuales de la producción, en las condiciones psíquicas de las diversas clases debe fundarse nuestra actividad reformadora; no condenamos en absoluto la libertad industrial ni el salariato, pero la justicia no nos permite ver con indiferencia y menos con asentimiento los abusos crecientes nacidos de esa llamada libertad y que hoy constituyen una valiosa explotación de los trabajadores por los capitalistas; no pedimos que el Estado subvencione ensayos de cooperación obrera, que originarían nuevas luchas sociales: pedimos solamente que haga lo que hasta ahora no ha hecho por su instrucción y su educación y vele para que el régimen del trabajo no sea una esclavitud para el proletariado».

Brentano, manifiestan los dos escritores españoles que acabamos de citar, refiriéndose á la acción económico-social del Estado, respecto á la cual, como hemos visto, hace Schmoller indicaciones, Brentano «reconoce en el Estado al pueblo organizado, y como quiera que la vida de este último no se manifiesta sólo por la necesidad común del derecho de defensa, sino que alcanza multitud de extremos que dan origen á una solidaridad idéntica, se impone la urgencia de extender la acción del Estado orgánico á todos esos extremos, cuyo número además aumenta á medida que se ensanchan los progresos de la civilización». Y Laveleye asigna al Estado la doble misión de establecer en la sociedad el orden y el derecho, y el hacer con los recursos exigidos proporcionalmente á cada uno lo que es indispensable al progreso, cuando para ello no basta la iniciativa privada.

Ahora bien, y concretándonos á la cuestión de que tratamos, ¿cuáles son sus ideas respecto á la protección que el Estado debe conceder al obrero y á la fijación de las horas de la jornada del trabajo? De un modo que no deja lugar á dudas afirman y sostienen los socialistas de la cátedra que el Estado no puede cruzarse de brazos, reducirse á ser mero garantizador de los derechos y señalarse como regla única de conducta el desautorizado *laissez faire*; que su misión tanto como tutelar lo es directiva, reguladora de las fuerzas sociales, sostenedora de los débiles contra los fuertes, de iniciativa, de impulso; y que, por lo tanto, para su cumplimiento exacto, dentro del mismo, debe proteger al obrero, que es el débil, que todavía, por los obstáculos que constantemente se le han opuesto, no puede defenderse á sí propio, que tiene que sufrir el empuje del capital, que es el fuerte, el poderoso, el avasallador, ideas que constituyen el reverso de la medalla de las que hemos visto sustentadas por Leroy Beaulieu y que con mayor ceguedad sustenta Ives Guyot en su *Comédie socialiste*.

A juicio de Schaffle, para que la protección al obrero sea la que corresponde, debe comprender:

«1.º La prohibición del trabajo de los niños, la limitación del de los jóvenes y las mujeres, la suficiencia del descanso durante el día, la noche y el domingo y la fijación de una jornada máxima.

2.º La seguridad de la vida contra los riesgos que la amenazan, como de la salud y la moralidad; y

3.º La intervención en los contratos para evitar la presión de los patronos.»

Pero entiende que ninguna de estas condiciones basta por sí sola para reintegrar al trabajador en su verdadera situación civil, en su dignidad de hombre; es necesario que todas ellas juntas concurren al efecto, que todas cooperen al mismo fin, que todas obren simultáneamente y en el mismo sentido. «La jornada máxima, dice, asegura al padre, á la madre, al hijo y á los camaradas el descanso de la tarde; el del domingo les permite mezclarse libremente en la vida social, siquiera sea una vez por semana, y satisfacer sus sentimientos piado-

«sos; la prohibición del trabajo nocturno contribuye á la vez á todo ello, y esta conjunción hace posibles la vida de familia, los deberes de la patria y de la humanidad.»

Fijadas estas proposiciones, cuya verdadera justicia y cuya exactitud corroboran los escritores ya mencionado y los demás que citaremos, examina con la detención y escrupulosidad posibles los diferentes medios á que puede acudir para resolver el problema de la jornada del trabajo, que hoy no tan sólo conmueve los ánimos y agita las pasiones, sino que, recrudeciendo y exacerbando la lucha entre el capital y el trabajo, produce con frecuencia sucesos lamentables, y que entiende que seguirá trastornando por más ó menos tiempo á los pueblos. Según él, «su determinación con arreglo á la costumbre y al contrato, y no por la ley, es la transición positiva para el establecimiento legislativo».

Otra de las cuestiones en que se ocupa y á la que con razón concede bastante importancia, es la de si la jornada ha de ser igual para todas las naciones, ó una especial para cada nación, región ó comarca. «En Alemania se prescribe que las horas de descanso y de trabajo se fijen de tal suerte que no perturben la salud del trabajador. Actualmente, con excepción del acta inglesa de 1885, no se atiende más que á los trabajos de carácter continuo. Téngase presente que, cuanto más se quiera reducir la jornada legal, importa más prescribir su límite, no solamente al empresario, sino también al obrero, que de otra suerte quedaría libre de trabajar cuando y cuanto quisiera, aun con abuso de sus fuerzas, y podría hacer más dura la lucha, como por medio del destajo».

Esta última idea de Schaffle, cuyo acierto y razón de ser no pueden desconocerse, no es suya exclusiva, sino que también la vemos sustentada por los *colectivistas*, que, aparte de la protección y aun del predominio que reclaman para los proletarios, constituyendo la persecución de este predominio el principal objeto de sus miras y esfuerzos, entre otros particulares que relacionan con la duración y con la distribución de la jornada, establecen medidas de precaución tanto en favor del trabajador, que son las en mayor número y las más necesarias, muy semejantes á las patrocinadas por Schaffle y

los demás socialistas de la cátedra, como en contra del mismo, atendiendo á sus posibles abusos, intemperancias y deseos codiciosos de aumentar sus ingresos, y de los que resulten daños positivos y perjuicios no menos evidentes para los demás trabajadores.

Desde este último punto de vista han examinado también y tratado la cuestión los demás socialistas científicos, y así, el mismo Schaffle, desarrollando su plan, escribe: «En una organización socialista, donde no debe existir ningún trabajo que necesite de protección, la jornada máxima, unida á la cual se exigiría, cosa importante, una jornada mínima contra los perezosos, serviría principalmente para otros fines, como el de asegurar el mayor tiempo posible para la cultura general, ó el de impedir que surjan nuevas desigualdades. La jornada legal es la limitación del *máximum lícito* del trabajo total á un cierto número de horas durante el día astronómico, y representa una medida social ideal para reducir á unidad todas las ocupaciones, así como un denominador general artificial para la regulación del salario y del precio, aun en el mismo régimen del capitalismo, y máxime en cualquiera sociedad socialista».

También se inclina Schaffle, como los demás publicistas de su escuela, á fijar en once horas la jornada diaria de trabajo de los adultos, sin embargo que «necesitan descansar durante el sueño y disfrutar además de tiempo libre suficiente para entregarse á una vida digna de la humanidad, á la familia, á la cultura y á sus deberes civiles, no obstante lo cual pueden permitírseles otras ocupaciones que no sean demasiado largas, ni moral ni físicamente inaceptables»; jornada y ampliaciones de ella con las cuales entendemos se desvirtuarían los fines á que se aspira con la fijación del *máximum*, puesto que once horas de trabajo diario no permitirían realizarlos en su totalidad, y mucho menos si fuese permitida la ampliación.

Por último, en cuanto á la intervención del Estado, así Schaffle como los socialistas de la cátedra y bastantes de los cristianos, se acercan no poco á uno de los matices del *colectivismo*, puesto que no tan sólo quieren que su acción sea constante y directa en éste y otros de los extremos que debe

abarcara una buena organización del trabajo, especialmente en su enlace con la vida íntima del trabajador, sino que consideraran que semejante intervención, conveniente y justificadísima, ha de ser económica, política y social, y tender sobre todo á proporcionar á cada individuo «un haber mínimo que le garantice las condiciones de una existencia verdaderamente humana, según la cual, por medio del seguro, en último extremo, pueda aspirar hasta á influir prácticamente para que se establezca un salario proporcional y justo en el sentido de Rod-vertus».

Tales son, compendiosamente expuestas, las ideas de Schaffle tocante al particular que nos ocupa, ideas que con modificaciones más bien accidentales ó secundarias, que no capitales, sustentan en general los socialistas de la cátedra, como se demuestra en el conocido libro de Roscher *System der woks coherffisouft* y en los estudios no menos notables de Sheel, Schmoller y Wagner. Dicha escuela, aun cuando no haya ejercido todavía sino limitado influjo sobre las clases obreras y proletarias, lo ha tenido, y ciertamente poderoso, en el cambio de dirección, cada día más perceptible, de la corriente socialista; ha dado á los diversos sistemas un vigor de razonamiento, un enlace con la realidad y un método tan racional y lógico que acusan verdadero progreso, mayor perfeccionamiento, que faltaban en la generalidad de los anteriores planes de reformas. A diferencia de los utopistas, que de ensueños en ensueños llegaron á las más extravagantes lucubraciones, y á diferencia de otros reformadores de fecha más reciente, aunque el utopismo no ha terminado por completo, si bien revistiendo caracteres distintos, reformadores que sensualistas y materialistas principalmente, apenas se han separado de los goces y satisfacciones materiales de la vida, se ha colocado en un término medio, ecléctico si se quiere, persiguiendo lo que conceptúa más lógico, racional y factible.

Pero como sus teorías y las soluciones en ellas fundadas difieren tanto de las extremas ó radicales de otras escuelas que cautivan y embelesan á los espíritus apasionados é impacientes, casi exclusivamente forman sus huestes las personas

de grandísima ilustración y otras que ocupan altas posiciones sociales. Si el socialismo de la cátedra ha penetrado todavía tan poco en el seno de las masas, ha contribuído á determinar en la región de las ideas una reacción favorabilísima, que no tardará en obrar en el terreno de la práctica en sentido socialista, reacción de que habremos de congratularnos, y que con bastante acierto ha puntualizado un escritor tan imparcial, tan comedido en sus juicios como lo es el doctor Va-reille. En su recentísima obra *La question sociale est une question de methode* hace notar esta aproximación al socialismo, de que debemos hacernos cargo, y al efecto copiaremos sus palabras, toda vez que cuanto á esclarecer ciertos particulares contribuya sirva de esclarecimiento á varios de nuestros conceptos.

«Entre los adversarios del socialismo, dice, los hay que, por una parte, comienzan á ver que el exceso de libertad puede producir un exceso de opresión, siguiendo el adagio del derecho *summum jus, summa injuria*, que puede expresarse de otro modo, *summa libertas, summa tyrania*, y que, por otra parte, piensan que la reglamentación no es necesariamente la negación de la libertad, sino al contrario.

»La organización y la libertad no subsisten sino por la ley, que sin la ley no hay libertad. No puedo admirar lo bastante hasta qué punto en el orden económico han desconocido los sabios este principio. En los dominios de la producción nos han ofrecido á título de libertad el Estado inorgánico y anárquico. ¡Singular contraste! Hoy, si se quiere considerar bien las cosas, con algún desinterés, y sin tener la suerte de estar en esa situación de imparcialidad económica, que es el estado de gracia, no siendo ni patrono ni obrero, ni empleado, sino simplemente espectador de las cosas de su tiempo, sin exclusivismo de partido ó de doctrina se reconoce que la libertad y el orden se desconocen igualmente en el imperio del trabajo, que la anarquía reina como dueña. Lo más común es que en cualquiera otra cosa se dijera sin vacilar: ¡esto es el orden! ¡esto es la tiranía!; y aquí se pretende que es la legitimidad. La vida organizada ¿no es la vida libre? ¿ó simplemente la vida?»

En apoyo de esta su opinión cita á varios autores, entre ellos á Héctor Depasse en el estudio que sobre *L'organisation du travail* publicó en la *Revue Bleu* en 1877, y demuestra extensamente que en tal sentido se pronuncia cada vez más el movimiento general.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

FRAY ZEFERINO GONZALEZ

I

Es un hecho perpetuamente observado en la historia de la filosofía que mientras los errores y teorías absurdas viven solo un momento para desaparecer en seguida, no dejando detrás sino un montón de ruinas y funestas reliquias, los sistemas verdaderamente sólidos y profundos gozan de perpetua juventud, y si á veces parecen decaer y obscurecerse, es para resucitar luego más radiantes y llenos de vida. Esto sucede al pie de la letra con la filosofía escolástica que, purgada por Santo Tomás de Aquino de los defectos que en ella se habían introducido en días de decadencia, es la concepción más grandiosa y profunda que ha producido el ingenio humano al tratar de resolver los diferentes problemas filosóficos que á su investigación se ofrecen. El Escolasticismo, que llegó á su apogeo en el siglo XVI, cuando contaba entre sus discípulos á los Suárez, Soto y Melchor Cano, fué poco á poco perdiendo la justa hegemonía que ejercía en el mundo de la ciencia, para dejar paso al Cristianismo y al Empirismo, y á otra porción de funestos sistemas, como el Panteísmo y el Racionalismo; pero hoy vuelve á renacer lleno de exuberante vitalidad, ahuyentando con los refulgentes rayos de su admirable doctrina las tinieblas del error.

Vivo y elocuente testimonio del renacimiento de la filosofía escolástica y tomista, que viene hace algunos años verificándose, son los concienzudos escritos de Pesch, Jungman y Kleutgen en Alemania, los no menos dignos de estudio de Zigliara, Liberatore, Fongiagi y Sanseverino en Italia y el entusiasmo por el estudio de las doctrinas del Angel de las Escuelas con que el orbe católico ha respondido á la hermosa encíclica *Aeterni Patris* del inmortal León XIII, en

la que este sabio Pontífice propone la doctrina del Doctor Angélico como la única que puede resistir y vencer á los funestos sistemas que hoy obscurecen el brillo de la verdad é ilustrarnos en los más trascendentales problemas de la filosofía.

España, que fué siempre entusiasta defensora de la filosofía escolástica, no ha permanecido indiferente ante este general movimiento, ni va á la zaga de otras naciones en el cultivo de la doctrina tomista, sino que es de las naciones que más se han distinguido en este sentido, como lo demuestran las obras del P. Cuevas, Orti y Lara, Mendive, Mir, Urriburu, Lescona y Vallés, y aun los áureos escritos de Balmes, porque aunque el filósofo de Vich no fué tomista en el estricto sentido de la palabra, sin embargo, sus doctrinas coinciden en el fondo con las de Santo Tomás y la *Suma Teológica* fué el libro principal de su estudio.

A la cabeza del movimiento tomista de la España contemporánea debe colocarse al insigne filósofo y publicista Fray Zeferino González, honor de la Orden Dominicana y del Episcopado español, quien por sus profundos y numerosos escritos y por su incansable laboriosidad es acreedor, no ya al corto tributo de admiración que pretendemos ofrecerle en estos desaliñados renglones, sino al general aplauso y al detenido estudio y exposición de sus trabajos científicos por parte de los doctos.

II

Nació el P. Zeferino el 28 de Enero de 1831, en Villoria, pequeña aldea de la provincia de Asturias, y muy joven aún vistió el blanco hábito de la ilustre Orden de Santo Domingo. Con gran aplicación hizo el joven religioso sus estudios de filosofía y teología, y después de haber profesado en Ocaña, marchó á Filipinas, á cuyas playas arribó animado del santo celo del misionero, después de una navegación larga y peligrosa. El P. Zeferino fué nombrado catedrático de la Universidad de Manila, y en ella explicó durante ca-

torce años filosofía y teología, profundizando de este modo más y más en el conocimiento de estas ciencias. En Filipinas escribió también sus primeras obras de filosofía, y cuando después de algunos años regresaba á la Península, la fama de su saber se había extendido por todas partes. En vano se resistió á los honores que le tributaban las Academias y el Gobierno español, y bien á su pesar hubo de aceptar el obispado de Córdoba el año 1879. Después fué nombrado Arzobispo de Sevilla, y últimamente Cardenal primado de las Españas, sin que estos altos y ocupadísimos cargos le impidieran seguir estudiando y escribiendo. Pero no se avenían bien los cuidados pastorales y los honores y boato de palacio con la humildad del religioso y la pasión por el estudio del sabio, y por eso, dando una muestra de admirable desprendimiento y grandeza de ánimo, renunció la mitra, retirándose de nuevo á la dulce soledad del claustro. El día 29 de Noviembre del año 1894 exhaló su último suspiro el Cardenal Zeferino González, después de una penosa enfermedad, y entonces, mejor que nunca, pudo apreciarse el afecto y reputación de que gozaba entre todas las clases sociales, que se apresuraron á manifestar su sentimiento y á rendir á la memoria del finado los mayores elogios.

El P. Zeferino, como vulgarmente se le llamaba, era miembro de las Academias de la Historia y de Ciencia Morales y Políticas, y últimamente había sido elegido para individuo de la Real Academia Española, cuyo discurso de recepción trabajaba cuando le sorprendió la muerte.

A continuación exponemos, con la fecha de su primera publicación, una lista de las obras del Cardenal Zeferino González, editadas algunas muchas veces y traducidas á diferentes idiomas:

Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás, tres tomos, 1864.

Philosophia elementaria, tres tomos, 1868.

Filosofía Elemental, dos tomos, 1873.

Historia de la Filosofía, tres tomos, 1878.

A estos libros puramente filosóficos hay que añadir algunos artículos y discursos y otros libros de índole diversa, como los *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*,

dos tomos, 1873, y *La Biblia y la Ciencia*, tres tomos, 1891.

En todas estas obras resplandece por lo general la claridad de la exposición y lo sólido de la doctrina, y en ellos ventila el ilustre dominico las principales cuestiones filosóficas y los puntos de religiosa controversia más agitados en nuestros días.

III

Los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, que son el primer libro que dió á luz el P. Zeferino y tal vez el mejor de cuantos escribió, bastarían seguramente para acreditarlo de juicioso y sabio pensador. Propúsose al escribirlo, como él mismo dice en el prólogo, «exponer el espíritu y las tendencias generales de la filosofía del Santo Doctor; dar á conocer la verdad y la elevación de sus ideas en la solución de todos los grandes problemas de la ciencia; comparar esta solución con la solución dada por la filosofía racionalista y anticristiana, y sobre todo y con particularidad, fijar y comprobar el verdadero sentido de sus doctrinas».

Para desarrollar felizmente tan arduo y vasto plan comenzó exponiendo el verdadero carácter de la filosofía escolástica, defendiéndola de las acusaciones que contra ella han lanzado las escuelas anticristianas y haciendo ver el vigoroso impulso que la comunicó el Doctor Angélico, que extrayendo de la escoria del paganismo el oro de la doctrina aristotélica y avalorándola con los principios de la revelación y los razonados frutos de su elevado entendimiento, dió origen á una escuela filosófica que ha contado entre sus discípulos á los sabios más ilustres de los siglos posteriores. Siguió después investigando con crítica sagaz y exponiendo con precisión y nitidez las soluciones que Santo Tomás ha dado á los diferentes problemas, ora de la Ontología é Ideología, ya de la Cosmología y Psicología. Y terminó dando á conocer la filosofía moral del Doctor Angélico y sus profundas teorías acerca de la ley del Estado y de la sociedad. No hay páginas más elocuentes y animadas en la obra del P. Zeferino que aquellas en que, contraponiendo la doctrina de Santo Tomás

á las enseñanzas de las modernas escuelas panteístas y racionalistas, hace resaltar la admirable sabiduría de aquél y pone de relieve lo absurdo y deficiente de las soluciones de éstas. Al mismo tiempo hizo el insigne purpurado provechosas aplicaciones de la doctrina tomista y apuntó observaciones notables acerca de los principales sistemas filosóficos.

No contento nuestro filósofo con haber explicado las doctrinas del Angel de las Escuelas en la obra que acabamos de examinar, expuso las suyas propias, haciendo un útil Compendio filosófico en la *philosophia elementaria*, libro escrito en elegante latín. Más tarde lo tradujo al castellano, é introduciendo en él oportunas modificaciones, lo publicó en dos tomos con el título de *Filosofía elemental*.

En esta obra y en los *Estudios sobre Santo Tomás* está contenida la doctrina filosófica del Cardenal Zeferino, que no es otra que la del Angélico Doctor expuesta con notable precisión y acomodada á las necesidades de la época. Los que creen que para ser filósofo se necesita dar á luz nuevas y desconocidas teorías sin cuidarse de su falsedad ó exactitud, seguramente que no concederán al P. Zeferino el nombre de filósofo, puesto que ningún sistema nuevo inventó. Pero aquellos otros para quienes ser filósofo equivale á poseer verdadero y claro conocimiento de los más importantes problemas filosóficos, enseñando acerca de ellos sana y luminosa doctrina, sea nueva ó antigua, sin duda alguna que mirarán al insigne Cardenal español como un gran filósofo y no le regatearán sus aplausos, pues aunque su doctrina sea tan antigua como el Escolasticismo, no puede negarse que en ella descansa el ánimo y encuentra razonable respuesta en las más abstrusas cuestiones metafísicas.

Sin embargo, no por ser escolástico el P. Zeferino quería que todos lo fuesen, tratando de imponer á otros sus opiniones. Nadie, por el contrario, más tolerante que él, ni más enemigo del exclusivismo científico, en que se encastillan ciertos modernos escritores; y si bien no transigió nunca con el error, supo, sin embargo, respetar las opiniones particulares en aquellas cuestiones en que la verdad no aparece con evidencia.

IV

La obra con que el P. Zeferino González completó el círculo de sus estudios filosóficos y acabó de adquirir universal renombre es la *Historia de la Filosofía*, con la que vino á llenar un vacío que hacía mucho tiempo se sentía en nuestra patria, porque, á decir verdad, ninguna de las obras publicadas hasta entonces con semejante título llegaba á ser un libro perfecto y acabado. Sólo un hombre de la inmensa erudición y vasta lectura del P. Zeferino podía echar sobre sus hombros la ardua tarea de historiar el movimiento filosófico de todos los siglos, y á fe que, no obstante lo difícil de la empresa, salió airoso de su cometido.

En su obra aparece trazado por hábil pincel el cuadro de la perpetua lucha entre la verdad y las diferentes formas revestidas por el error, á la que puede reducirse toda la historia de la filosofía, y allí está también gráficamente bosquejada la penosa labor de los hombres á través de los siglos en pos de la verdad pura y sin sombras, entrevista sólo por las escuelas filosóficas más insignes que caen del lado allá de la Cruz, y únicamente conocida de los hombres el día en que apareció sobre la tierra el que se llamó á sí mismo el *camino*, la *verdad* y la *vida*.

El P. Zeferino ilustró en su obra todo lo concerniente á la filosofía china y oriental, tan desconocida hasta hace pocos años, y juzgó con acierto las diferentes escuelas helénicas, fijándose sobretodo en las doctrinas de Platón y Aristóteles, perfeccionadas más tarde por los padres de la Iglesia y llevadas al más alto grado de esplendor y perfeccionamiento por el gran pensador de Aquino. También expuso con recto criterio y erudición no vulgar todo lo concerniente al origen y desarrollo del Escolasticismo, y sin hacer de él, como Haureau, el único objeto de su libro, bien podemos asegurar que ha dejado acabadamente escrita su historia. La filosofía de los árabes y judíos, la insurrección filosófica iniciada por Descartes y los modernos sistemas de Kant,

Schelling y Hegel encuentran en el libro que examinamos detallada exposición y examen crítico. Pero lo que tiene de más original la historia del Cardenal Zeferino González es la gran importancia que en ella concede á la ciencia española haciendo detenido estudio de nuestros filósofos, que no son tan pocos ni de tan escaso valer como algunos pretenden. Esto hace al P. Zeferino benemérito de la ciencia patria y nos da motivo más que suficiente para colocarlo entre el número de notables escritores, como Laverde y Ruiz, Fernández Cuevas, Vidart, Castro y Menéndez Pelayo, que han dedicado buena parte de sus trabajos científicos á resucitar la castiza y genial ciencia española, haciendo su brillante apología.

Pero no fué únicamente filósofo el Cardenal Zeferino González, sino que cultivó con éxito otros ramos del humano saber, dejando sentada la universalidad de su talento. De sus conocimientos en las ciencias físicas y naturales dan claro testimonio sus trabajos acerca de los temblores de tierra y del darwinismo, y prueban su instrucción en la economía política y en la filosofía de la historia los artículos publicados acerca de estas materias en sus *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*. En esta obra escribió también una acertada impugnación del positivismo materialista, y refutó la absurda teoría krauso-espiritista enseñada por Alfonso Eguílaz, acerca de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos de la otra vida.

*
* *

Réstanos ahora considerar al P. Zeferino como apologista cristiano y dar una idea de sus escritos en defensa del dogma y de la Iglesia. Desde luego se echa de ver que los últimos años serán de feliz recordación para la apologética cristiana en nuestra patria, puesto que tantas y tan notables han sido las obras de esta índole publicadas por autores españoles y encaminadas principalmente á probar la armonía entre la ciencia y la fe y á combatir el libro de Dropper sobre los supuestos conflictos entre los dogmas y la ciencia;

que ha obtenido tan grande como inmerecida popularidad. Entre los sabios escritores que en esta gloriosa campaña se han distinguido, merece señalado lugar el Cardenal Zeferino, y su voluminosa obra *La Biblia y la Ciencia* es digna de figurar al lado de las de idéntico género publicadas por Martínez Vigil, Pau y Ordinas, Mir y Orti y Lara.

Acaso alguno tachase al P. Zeferino en esta obra de muy condescendiente con las exigencias de la moderna exégesis, pues en algunas cuestiones se aparta de la doctrina antigua y tradicional para admitir novísimas y quizás menos fundadas teorías, como lo hace al tratar de la universalidad del diluvio; quizá no falte quien vea en el libro del ilustre dominico algo así como una repetición de lo escrito antes por Vigouroux y Moigno; pero, de todas maneras, no puede negarse que *La Biblia y la Ciencia* es un libro notable, que honra á su autor, y que si las páginas en que trata de la extensión y naturaleza de la inspiración de la Sagrada Escritura revelan en él un teólogo profundo, aquellas otras en que fija el verdadero concepto de la ciencia y ventila los arduos problemas de la creación y del origen del hombre y de las vicisitudes geológicas de nuestro planeta recuerdan al hombre de ciencia y al sabio autor de los *Estudios sobre Santo Tomás*.

Con esta obra de apología cristiana, que escribió siendo ya Cardenal, puso el P. Zeferino digno remate á su carrera de escritor y coronó felizmente sus trabajos científicos.

De todo cuanto llevamos dicho claramente se deduce que el P. Zeferino es uno de los más notables filósofos españoles del presente siglo, y de los contados escritores que, como Balmes y Donoso Cortés, han adquirido fama europea.

No tiene el sabio dominico aquella maravillosa manera de persuadir y aquel profundo analizar de todas las cuestiones que se descubre en todas las obras de Balmes; tampoco es su estilo tan arrebatador y grandilocuente como el del Marqués de Valdegamas; pero vence á ambos escritores en la solidez de la doctrina y en ser más completa su labor filo-

sófica, sin irse nunca detrás de la paradoja como Donoso Cortés, y sin mirar con la misma simpatía que el filósofo de Vich teorías tan atrevidas como las de Leibnitz y Descartes.

No es esto decir que el P. Zeferino no tenga defectos ni que su talento filosófico sea mayor que el del pensador de Vich; pero lo que está fuera de toda duda es que el Cardenal español merece un lugar señalado entre los escolásticos españoles y que sus obras han contribuído en gran manera al pujante renacimiento de la doctrina escolástica que todos presenciarnos.

En medio de la deplorable ruina de toda sana doctrina á que asistimos y mientras sistemas tan funestos como el Positivismo y el Racionalismo invaden primero el campo de la filosofía para ejercer después perniciosa influencia en las ciencias políticas y sociales, no ha sido poco volver los ojos á la filosofía tradicional y cristiana, señalando sus sabias enseñanzas como las únicas que pueden remediar tantos males y encauzar rectamente los entendimientos.

Esta ha sido la campaña que inició primero el insigne Balmes y la que, cuando una muerte perpetuamente deplorable segó en flor aquella preciosa vida, vino á continuar el Cardenal Zeferino González, exponiendo y desarrollando con admirable acierto la doctrina de Santo Tomás y divulgándola en sus numerosos escritos, en que se han educado dos generaciones. Alrededor del P. Zeferino se ha formado un lucido ejército de filósofos escolásticos que libran al presente la batalla con los sistemas de Krause y Hegel y con las huestes acaudilladas por Comte y Büchner, sin que sea difícil augurar por parte de quiénes estará el triunfo, puesto que la historia ha confirmado que la verdad es eterna, mientras que los errores mueren y desaparecen, como desaparece la espuma que va deshaciendo la ola.

ELOY BULLÓN.

Burgos Julio 1898

LA CANCIÓN DE LAS LLAMAS

En el hogar ahumado se retuercen
las teas resinosas
y cantan, pero el llanto se desliza
por sus arrugas en calientes gotas.

Dulcemente la sangre deshelada
circula por el cuerpo;
pero siento en el alma escalofríos
al resbalar por ella los recuerdos.

—¿Por qué lloráis en el hogar ahumado
que vuestra voz alegra?...
Cantad lanzando vuestras chispas de oro,
cantad moviendo vuestras rojas lenguas...

—Cantamos, sí, las viejas melodías
de siempre, que no cansan.
Pero, mientras, el árbol ya desnudo
tiembla de frío en la llanura blanca.

—No lo creáis, no sufre, quedó el árbol
dormido entre la nieve,
y sueña con templada primavera
que acercándose va mientras él duerme.

No lloréis por el árbol; la esperanza
es calor generoso...
Cantad moviendo vuestras rojas lenguas,
cantad lanzando vuestras chispas de oro.

—Cantamos, sí; ¿pero piar no escuchas
al pájaro sin nido?

Lama no encuentra ya donde abrigarse
ni en el blanco erial grano de trigo...

—Dios lo vistió de plumas y Él lo guía
por el espacio inmenso...

Grietas hay en las rocas y en los muros
y en los aires azules hay insectos.

El pájaro lo sabe, y como espera
el desaliento ignora...

Cantad lanzando rutilantes chispas,
cantad moviendo vuestras lenguas rojas.

—Cantamos, sí; pero fatal nevada
las sendas ha borrado,
y el pobre caminante desfallece
con las violentas ráfagas luchando.

—El caminante desde lejos busca
vuestro penacho de humo...
Desplegado en risueñas espirales...
Calor y paz le ofrecen estos muros.

Realizad la esperanza que sostiene
sus fuerzas abatidas...
Cantad moviendo vuestras lenguas rojas,
cantad lanzando crujidoras chispas.

—Cantamos, sí; pero el rincón bendito
donde duermen tus muertos
hoy más frío estará, porque lo cubre
la blanca nieve que bajó del cielo.

—Callad... Vuestras canciones entristecen,
no dan calor al alma...
Entonad las canciones de otros tiempos,
aquellas en que late la esperanza.

Las que ella me explicaba con sus labios
más rojos que vosotras,
y con una sonrisa más alegre
que el estallar de chispas luminosas.

—Cantamos esas viejas melodías
que escuchabas entonces;
pero estás sólo... su sillón vacío...
¿Cómo te han de alegrar nuestras canciones?

En el hogar ahumado se consumen
las resinosas teas...
Apagándose van las chispas de oro
y enmudeciendo las rojizas lenguas.

RICARDO GIL.

MÚSICA DEL ROMANCERO DE ZAMORA

Sr. D. Felipe Pedrell.

Mi distinguido amigo: De recreo á la vista y de distracción al pensamiento me está sirviendo el autógrafo con que usted á la vez me ha favorecido y obligado, dedicándome la bella armonización del romance viejo

«Guarte, guarte el Rey Don Sancho;
no digas que no te aviso...»

compuesta conforme á la cifra del *Libro de Vihuela* de Diego Pisador, enderezado al Príncipe D. Felipe é impreso en Salamanca en 1552.

Por el segundo de los conceptos expresados no seré yo solo el que deba á usted agradecimiento, que llevar á la imaginación desde las sombras de tristeza y amargura que la envuelven en este momento histórico á la brillantez de los orígenes nacionales; conducir al ideal, pasándolo desde la techumbre del edificio en ruinas á la base del edificio en construcción y avance; ofrecer á la mente el contraste de la indignidad con el varonil aliento en la desgracia; apagar el eco de las advertencias de *my lord* Salisbury con los leales avisos de Arias Gonzalo, es algo más de lo que el médico hace en obsequio del paciente exasperado al inyectar en su epidermis el calmante; es obra reservada á los físicos del alma, á los magos, á los inspirados por las nueve hermanas residentes en el Helicón; obra que usted realiza trasponiendo con dulces sonos los años—nueve cientos casi—andados en nuestra Era Cristiana y en nuestra monarquía española desde un Alfonso á otro después de muerto alevosamente

Sancius forma Paris et ferox Hector in armis.

Cuando yo colegía el *Romancero de Zamora* y procuraba noticias bibliográficas que le sirvieran de complemento, algunas encontré por testimonio de que la Pintura, la Escultura y aun la Arquitectura, asociadas con la Poesía, contribuyeron al realce histórico de la tragedia que tuvo por teatro á las murallas de la ciudad *fuerte á maravilla*. Del consorcio de la Música no cabía dudar: *Cantares de gesta* se decía á los *romances viejos*; á los juglares y trovadores debemos la transmisión á perpetuidad; y otro Rey Alfonso—el Sabio—lo afirmaba escribiendo ó haciendo escribir en la *Estoria d'España* y en el Código de las leyes (Segunda Partida, título XXI, Ley XX).

«Acostumbraban los caballeros que les leyesen las estorias de los grandes fechos de armas que otros ficieran, e los sesos, e los esfuerzos que hubieron para saberlos vencer, e acabar lo que querían. E allí do no habian tales escrituras, facianlo retraer á los caballeros buenos e ancianos que se á ellos se acercaban. E sin todo esto, aun facian mas, que no consentian que los juglares dijessen ante ellos otros Cantares si non de gesta ó que fablasen en fecho de armas... E esto era porque oyendolas les crescian las voluntades e los corazones, e esforzabanse haciendo bien e queriendo llegar á lo que los otros ficieran ó pasara por ellos.»

Mucho tiempo después, uno de los literatos cuyos libros no envejecen, el Fénix de los ingenios castellanos, Lope de Vega Carpio, ponía en boca de personaje de su comedia famosa *Las almenas de Toro*, impresa en 1620, la corroboración de continuar en su tiempo Euterpe presidiendo á las memorias dignas de alabanza:

«Ya se canta por ahí
y hasta en la cama se duerme
el niño con las canciones
que se han hecho á las almenas
de Toro.»

.....
«¿Deben de cantar en vano,
desde el hidalgo al que el trigo
siembra, aquello de Rodrigo,
el soberbio castellano?»

¿Quién asegurará, mi amigo D. Felipe, que corriendo la pluma no acariciaba al oído del poeta la vihuela cuya cifra ha descubierto usted en el libro raro de Diego Pisador? La reminiscencia de la letra es evidente, siguiendo pocas escenas pasadas de la misma comedia famosa, la narración de cierto mensajero despachado con el fin de saber lo que ocurría en Zamora. Desde lo alto, dice, habló un guerrero:

«Rey don Sancho, rey don Sancho,
hijo de Fernando el bueno,
no digas que no te aviso
si hubiere algún mal suceso;
que del muro de Zamora,
donde el cerco tienes puesto,
ha salido un gran traidor,
falso, engañoso y discreto;
Bellido Dolfos se llama,
hijo de Bellido el viejo,
que, si traidor era el padre,
el hijo, Rey, no lo es menos.
En León, Avila, Toro,
cuatro traiciones ha hecho;
guárdate, Rey, no sean cinco
si no tomas mi consejo.»

Cambiado el tiempo, el lugar, el motivo y las personas, en otra comedia titulada *Las paces de los Reyes ó la Judía de Toledo*, increpó al vencedor de las Navas:

«Rey Alfonso, Rey Alfonso,
no digas que no te aviso;
mira que pierdes la gracia
de aquel Rey que rey te hizo.
Mira, Alfonso, lo que intentas,
pues desde que fuiste niño
te ha sacado libre el cielo
entre tantos enemigos,
no des lugar desta suerte,
cuando hombre, á tus apetitos;
advierte que por la Cava
á España perdió Rodrigo.»

¿Seguían vibrando las cuerdas del instrumento popular, ó tenían ya fijado el tono en la cabeza de Lope? Cualquiera lo pensara si advierte que en tres de los autos sacramentales lo repitió, aunque la letra mudase. En el que lleva por título *El Príncipe de la Paz* habla Custodio á Celia:

«Reina hermosa, Reina hermosa
de todo lo que Dios hizo,
para servirte en el mundo;
no digas que no te aviso,
que del cerco de la tierra,
aunque del cielo caído,
salió el primero traidor,
que lo fué con su Rey mismo:
El lucero de la noche
se llama, por ser altivo,
habiéndolo sido el loco
de la aurora en su principio.
No fué su padre traidor,
que fué criado y no hijo;
pero es padre de mentiras,
de enredos y de artificios;
cuatro traiciones ha hecho,
guárdate, alma, no sean cinco.»

En *La Margarita preciosa* es el Tiempo el indicador; sus consejos,

«Mercader, hombre mortal,
no digas que no te aviso,
que del cerco del profundo
sale un mercader fingido.
Es la Mentira su nombre,
padre é hijo de sí mismo,
que si traidor es el padre,
no es menos traidor el hijo.»

Por fin, en el auto de *La siega*, la Fe enseña á la Ignorancia:

«Labrador que el trigo guardas,
no digas que no te aviso,
que del cerco del infierno

dos traidores han salido.
 Soberbia y Envidia son,
 hijos del rey del abismo,
 que si traidor es el padre,
 más traidores son los hijos.
 Cuatro traiciones han hecho,
 si te duermes serán cinco;
 alma y potencias son cuatro:
 cinco serán los sentidos.»

Insistencia tal en ingenio por demás fecundo y peregrino parece indicar que la música por usted exhumada y vestida con las galas armónicas era de la antigua y popular juglaresca, que durante todo el siglo XVII siguieron cantando—según dice—desde el hidalgo al segador, y de la que aun en el repertorio nocturno de las niñeras componía parte principal. Seguramente los espectadores de los autos, representaciones lirico-dramáticas con que las grandes fiestas se solemnizaban, escucharían complacidos las alteraciones de la versificación.

Cuánto al presente podrán servir una y otra cosa para *nos crescer las voluntades e los corazones*, averigüelo Vargas; conténtome yo con enviar á usted afectuosa norabuena y le beso la mano por la merced que me hace, amigo y compañero suyo,

CESAREO FERNÁNDEZ DURO.

LA DOMADORA DE FIERAS (1)

NARRACIÓN NOVELESCA

Aquel día había amanecido caliginoso y pesado; apenas soplabá una ligerísima brisa Noroeste, y en el cielo, de un azul grisáceo, no se veía ni una nube. Por la tarde acentuóse aquel calor pegajoso é insoportable y la brisa cayó por completo.

Enrique se sentó en una mecedora, al lado de otra que ocupaba Miriam en la toldilla. La alta y sofocante temperatura había producido en la hermosa joven un estado tal de languidez, que faltábanle ánimos hasta para mover el abanico, el cual se desprendió de su mano, quedando ésta pendiente por fuera de la mecedora.

Recogió Enrique el abanico y quedóse mirando aquella mano monísima, blanca y surcada de algunas venillas de un azul apenas perceptible... Permanecía ella reclinada en el respaldo del asiento, con los párpados entornados y la boca ligeramente entreabierta; sobre su frente marmórea, orlada de ondulantes y negríssimos cabellos, aparecían algunas diminutas gotas de sudor.

—¡Siempre seductora!—pensó Enrique, mirándola como miran los enamorados que no han saboreado aún el deleite de la esperanza realizada.

Tomó dulcemente la mano de Miriam y la estrechó entre las suyas... Por costumbre ó por instinto, quiso ella al pronto retirarla, dirigiéndole una rápida mirada de soslayo; pero sea porque careciese de fuerzas para oponerse á la

(1) Véase la pág. 212 de este tomo.

acción, ó porque se sintiera vencida por la tenacidad de su amante, acabó por abandonarle la mano... á la vez que volvía al lado opuesto la cabeza con cierto enfado de niña voluntariosa y rebelde...

—¡Ah, leoncita brava!—díjole Enrique en voz baja muy cerca del oído, y mientras acariciaba con suavidad la mano cautiva.—¡Qué inmensidad de dicha si lograrse yo domar... á una domadora!

Ella parecía no escucharle.

—Escucha, Miriam—prosiguió Enrique, tuteándola por primera vez.—En esa irresistible pasión que te domina por ver sujetas y dóciles á tu látigo las incipientes fieras que un día presentarás ante un público entusiasmado, haciendo gala de tu brío y valor; en esa constante tarea á que te dedicas de forzar á la obediencia á tus cachorros queridos... excluyes toda idea de matarlos, ¿no es verdad? Pues ahora se me ocurre á mí pensar que eres una fierecilla... una encantadora y adorable fierecilla que pretendo sujetar, pero á quien no quiero ver morir... ¡No, tu muerte está en mi mano, y alguna vez habrás leído en mis ojos el impulso que sentía de sacrificarte, dando fin con tu vida á mis pesares! Pero prefiero la gloria de poseerte y dominarte por voluntad tuya... Además, si fuese yo un hombre brutal, sobradas ocasiones he tenido de vencerte, apelando á la traición, á la astucia ó á la fuerza, aunque luego me cobraras eterno aborrecimiento...

—¿De veras ha pensado usted matarme? —preguntó Miriam fijando en su interlocutor una brillante mirada; y luego dijo:—¿Cree usted posible domarme?

—¡Quién sabe!—contestó Enrique, que creyó notar una ligera presión de la mano prisionera entre las suyas.

Por algunos momentos siguieron mirándose de hito en hito... pero rompió aquel encanto Chilindrín que se acercó precipitadamente á ellos, pálido y temblón, diciendo con voz tartamuda;

—El capitán... lo he oído, el capitán dice que tendremos pronto... borrasca... ¡Una borrasca atroz!

—¡Qué imbécil de hombre!—murmuró Enrique.

—¿Estás loco?—dijo Miriam.—La mar está tranquila. ¡Déjanos en paz!

—¡No, no! ¿Ves... allá á lo lejos una nube negra... y el mar que por debajo de ella parece también negro? Pues dicen... que es una tempestad que viene hacia acá. ¡Dios nos asista!

Tendió Enrique la mirada hacia el Oeste, punto adonde señalaba el payaso, y vió, en efecto, la temible nubecilla en el horizonte, á la cual no dió importancia; sí se la dió, en cambio, á la agitación que comenzaba á notarse á bordo, y para adquirir noticias que comunicar á la joven marchóse en busca del capitán.

Declaróle éste que era muy probable, casi seguro, que alcanzara al barco algún temporal huracanado, fenómeno nada raro en aquellas latitudes; quizás uno de esos ciclones ó huracanes que se denominan *tornados*, tan breves como tremendos...

La columna barométrica acusaba un descenso de 15 milímetros bajo la altura media; el viento seguía calmoso, á pesar de lo cual las olas eran cada vez mayores, haciendo cabecear al *Segou*, cuya proa enfilaba al Noroeste; en menos de media hora había crecido la nube negra en términos que ocultaba ya una gran parte del horizonte y seguía amenazando...

Tomáronse á bordo cuantas precauciones exige la proximidad de una tormenta, y se invitó á los pasajeros á que se encerrasen en sus camarotes.

—Si el buque naufraga—dijo Lucio,—vamos á morir como ratas.

Miriam permanecía serena; la cercanía del peligro no la amedrentaba; por el contrario, sentíase llena de emoción y entusiasmo ante la perspectiva de presenciar el grandioso espectáculo de una borrasca en alta mar.

Á Lucio se le encomendó la guarda de Chilindrín, que andaba atortolado, lívido, muerto de miedo y tropezándose con todo el mundo; ambos se refugiaron en la cámara de proa, llena ya de pasajeros de tercera.

Miriam y Enrique obtuvieron el permiso del capitán para

permanecer sobre cubierta, no sin hacerles presente el peligro que corrían de ser arrebatados por un golpe de mar; pero obstináronse ellos y se hicieron atar sólidamente, dispuestos á afrontar las iras del huracán.

Entre tanto la nube era ya una cerrazón siniestra que en forma de semicírculo fué agrandándose hasta llegar al cenit. De pronto el viento flojo del Nordeste que antes reinaba saltó al Sudeste con ímpetu horroroso, surcando el espacio deslumbrantes culebrinas seguidas de truenos ensordecedores.

El aspecto del mar se hizo en poco tiempo tan terrible que infundía espanto hasta al hombre más sereno; olas inmensas se escalonaban unas tras de otras furiosas y veloces siguiendo la dirección del huracán... Un golpe de mar entró por la popa inundando el buque y destrozó gran parte de la obra muerta, al mismo tiempo que se oía un crujido tremendo y se vino abajo el mastelero mayor con su gavia cruzada, aplastando á dos marineros.

En vano intentó el capitán mantenerse á la capa; el *Segou* parecía ser juguete de los desencadenados elementos, hallándose precisamente bajo la acción de un huracán rotatorio que se dirigía hacia el Oeste con una velocidad de 60 kilómetros por hora.

El timón, desmontado, hecho añicos, desapareció entre las montañas de agua; los tripulantes que aún conservaban serenidad suficiente para hacerse cargo de su horrible situación juzgábanse perdidos sin remedio, á menos que un milagro de la Providencia los salvase. Envuelto el *Segou* en el tremendo torbellino, apagados los fuegos de su máquina, destrozado por todas partes, iba á sumergirse en el abismo... que en el intervalo de las olas se abría ante él, negro y amenazante, dispuesto á devorar la presa.

Aquella angustia suprema de los desgraciados tripulantes del *Segou* duró una hora tan sólo; mas á ellos les pareció una eternidad. Aplacóse el viento poco á poco y el oleaje fué calmándose también, sin que por eso se creyera aún en salvo la gente marinera, porque siendo entonces imposible el gobierno del buque y grandes los destrozos sufridos

por éste, desconfiábase de que se mantuviera á flote el tiempo preciso para habilitar una espadilla que supliese al perdido timón y para reponer provisionalmente las averías.

Añádase á esto que el *Segou*, empujado mar adentro por la fuerza del huracán, se hallaba en pasajes poco frecuentados por los buques; ofrecíase, pues, el doble problema de mantenerse á flote ó de alcanzar las costas africanas en los dos únicos botes trincados sobre cubierta que no fueron arrebatados por los golpes de mar... ¡Y habían de salvarse en ellos más de noventa personas! Cosa, en verdad, imposible.

Escorado sobre la banda de estribor, era el *Segou* llevado como boya sin ancla por la marejada y el viento Norte frescachón que se entabló pasada la tempestad. Dos horas después fué el cielo despejándose de nuevo, y apareció el sol tan cerca ya de su ocaso, que en breve tiempo se cubrió de sombras la superficie del mar.

Crepúsculo fué aquél espléndido y de bellísimos matices, pero que los marinos contemplaron con profunda tristeza, presintiendo una cercana muerte.

Los aterrados pasajeros que permanecían en prisión notaron el menor empuje del oleaje y que los bandazos del buque eran menos frecuentes y más suaves; abriéronse escotillas y camarotes y salieron todos ansiosos de respirar el aire puro del Océano.

Viendo la calma de los elementos se juzgaron fuera de peligro y oyéronse gritos de júbilo.

Pero en aquel instante encontró la quilla del *Segou* un traidor escollo, crujió el casco y por un boquete tremendo se precipitó el agua á borbotones.

XVI

ESTILO EPISTOLAR DE LUCIO

Boston Noviembre 186...

Querida hermana: No te escribe ninguna ánima del purgatorio, sino yo mismo en carne y hueso, y te digo esto porque me figuro que tú ya me habrías dado por muerto, enterado por mi carta de San Luis de que iba á embarcar en el *Segou*, y sabiendo (como habrás sabido por los periódicos) que éste había naufragado.

Pues mira, te lo cuento de milagro, porque ni en lucha con aquel culebrón que sabes me he creído tan á punto de entregar el alma á Dios como cuando el barco hizo ¡crac! y se abrió como una granada... ¡Habías de ver aquello, Virgen de Atocha!

¡Qué barullo, qué gritos, qué desesperación!... Por fortuna sucedió lo que menos esperábamos, y fué que al estrellarse el barco contra unas peñas distinguimos un poco más allá un islote, en el cual pudimos refugiarnos los que sólo habíamos tragado seis ó siete cuartillos de agua del mar, que es cosa rica.

Se ahogaron muchos, eso sí; pero los de mi pandilla, ó sean mi señorito, la titiritera y el payaso, consiguieron ponerse á salvo en el islote; y para decir la verdad, el señorito Enrique la salvó á ella y yo al payaso. A éste le tuvimos que poner boca abajo para que desahogara el buche de medio tonel de agua que se tragó. *Respetive* á la Miriam, yo bien vi que se agarraba sin melindres al cuello de su novio... y bien apurado se vió él para sacarla á flote.

Pasamos una noche de perros, tiritando de frío, mojados hasta los huesos, y lo que era peor, esperando que al subir la marea cubriese el peñasco el mar y se acabara todo de la peor manera posible... ¡Puedes figurarte el cerote que

todos teníamos! Porque te advierto que aquella misma noche se hizo astillas el barco, y cuando Dios amaneció, sólo vimos unos cuantos tablones danzando sobre las olas... Menos mal que la marea subió poco, y quedamos en seco encaramados en lo alto del peñón.

En medio de todas aquellas desgracias del momento, no dejaba yo de pensar en otra desgracia garrafal que se le venía encima al señorito, si es que escapábamos de aquellas, y era que con el barco se habían hundido yo no sé cuantos miles de duros en billetes y en oro que traía; de modo que estaba arruinado... ¡Válgame Dios, hermana, qué desdicha! ¡Y cuando pienso que tiene la culpa de todo esa...! De aquellos dineros que te dije me regaló en San Luis el señorito no cuentas ni con una peseta, porque ya que los dejé á salvo allí con orden de enviártelos, pienso devolvérselos... Ya te diré cuándo y cómo me los remitirás, porque según tengo entendido estaremos poco tiempo en Boston.

Bueno; pues, como iba diciendo, permanecemos en aquel maldito peñasco tres días con sus noches correspondientes, y todos sintiendo una *gazuza* horrible, pues no salvamos ni un cañamón... ¡Aquello sí que fueron fatigas! Pero se conoce que no había llegado aún nuestra última hora; casualmente pasó cerca de allí un barco inglés muy grande, vió las señas que le hacíamos y nos envió unas lanchas para recogernos á bordo. Éramos la friolera de sesenta y cuatro. Si tarda un día más, yo creo que hubiéramos acabado por comernos «mutuamente», como dicen que han hecho otros náufragos...

El vapor inglés nos dejó en Boston, que es un puerto de los Estados Unidos, desde el cual te escribo. Aquí hace un gran papel la titiritera, porque sabe hablar esta jerigonza de *inglis manglis*, y no hay quien entienda el cristiano, ¡Valientes tíos! ¡Todos son extranjeros! En San Luis ya comenzaba yo á decir algo en francés, pero aquí no me da la gana de aprender ni una palabra...

A ti ahora se te ocurrirá preguntar que cómo nos las arreglamos en Boston, qué proyectos tenemos y en qué pen-

samos... Yo te contesto que hasta hoy vivimos de lo que ha producido la venta del reloj y cadena de oro del señorito; la *otra* quiso encargarse á Chilindrín que negociara una sortija de brillantes en cualquier joyería; pero has de saber que el pobre payaso se ha quedado completamente memo, y no sirve más que para comer cuando llega la hora, y se pasa el día acurrucado en un rincón cayéndosele la baba... El resultado fué que el señorito no consintió que se vendiera la sortija, y eso que del dinero que le dieron por el reloj se gastó casi la mitad en... ¿en qué dirás? pues en tres rifles ingleses de lo mejorcito que hay en su clase y la mar de cápsulas...

Yo, al ver aquella compra, me santigüé lo menos cincuenta veces, creyendo que el señorito había perdido el juicio como Chilindrín. Luego me temí ¡Dios me perdone! que íbamos á volver á las andadas de cazar animales feroces, exponiéndonos, como la otra vez, á tener que pelear con los salvajes, que también abundan en este país; y en fin, pensé otras muchas cosas disparatadas, hasta que por último descubrí el pastel, viniendo á «sacar en consecuencia» que el señorito, viéndose arruinado, se piensa ganar la vida en los circos tirando al blanco.., ¡Y todo por no dejar á esa indina de mujer que me le ha sorbido el seso, y que se empeña en no tener otra ocupación que la de hacer el oso en las pistas!

Esto es cosa perdida, hermana, y por mi parte, como no pienso comer de gorra y ser una carga para mi pobre señorito, ya me estoy viendo vestido de mamarracho y dando volteretas delante del respetable público.

Lo mismo que yo piensa la Miriam, que no quiere vivir á costa del señorito, así es que le ha dicho: «ó nos separamos para siempre, ó ha de consentir usted en que yo le acompañe en sus trabajos». ¿Y cómo dirás tú que quiere ella trabajar? Pues poniéndose en la cabeza una naranja para que el otro la parta de un balazo. Parece que han quedado en esto tan conformes como si pensarán en divertirse haciendo pajaritas de papel.

Yo bien sé que el señorito era uno de los primeros tira-

dores de arma de fuego que había en Madrid, y hasta creo que no encontró quien le echase la pata en eso de afinar la puntería, y además, como ahora se pasa el día tirando al blanco, me figuro que acabará por no tener rival... Pero aún está por hacer la prueba de lo de la naranja, que es peliaguda, y más por tenerle ella tan fuera de quicio... presumo yo que cuando llegue el caso no ha de tener el pulso muy firme.

Por lo que te he escrito en mis cartas anteriores, lo menos que te figurarás es que el señorito está «liado» con la fulana. Yo también me lo figuraba, sobre todo en los últimos días que estuvimos en San Luis, pues los veía pasear juntos con mucho aquel, y de «bracero», dejándose ella querer, y en fin, como dos tórtolos... lo cual que no tenía nada de particular, porque... ¡mira que ha hecho barbaridades por ella!

Pues ahora te digo que «si tienen algo» lo disimulan mucho, y el señorito, sobre todo, no aguanta ni que se lo «mienten». Veras lo que me sucedió ayer mismo: noté yo que estaba de buen temple y me escurrí á decirle que con los ocho mil duros que me había dado en San Luis, y que tú me enviarías, podíamos volver á Europa, porque no consideraba míos aquellos dineros, sino suyos. Me abrazó con mucho cariño, diciéndome que no volviese á hablarle de semejante cosa, y aunque yo me propuse no hacerle caso, como otras veces, no pude menos de repetirle lo que ya le dije en otra ocasión, ó sea que, si no volvíamos á España ó á Francia por darle gusto á la Miriam, que mirara que era mujer de esas á quienes aprovecha más un estacazo que una caricia, y que eso hacen todos los que tienen queridas tan bravas...

¡Dios de Dios, para qué se lo dije! El «vocablo» le hizo el efecto de un tiro, y me miró con unos ojos que parecían echar lumbre... Nunca le vi tan sofocado...

—¡De modo—me dijo—que tú te figuras que soy su..
¡Quítate, quítate de delante!

Y luego de dar tres ó cuatro resoplidos, continuó diciendo:

—¡Tienes razón... soy un imbécil! ¡Era preciso que alguien me lo llamase de un modo ó de otro, y ese alguien has sido tú!

—Señorito de mi vida, yo no le he llamado...

—¡No, pero lo soy, lo soy!

Luego se sosegó, volvió á abrazarme como si estuviese arrepentido y se fué.

Conque... «saco la consecuencia» de que si resulta verdad que no hay gatuperio entre ellos, habrá que darle por el gusto llamándole *eso*; yo le quiero muchísimo, pero lo que está haciendo es el papel de primo, y nada más... ¿Quién lo hubiera creído? ¡Yo, que le conocí en Madrid tantos amoríos y tantas conquistas de rechupete!

No me cabe duda que aquellas insolaciones que pescamos en Africa le han derretido los sesos, como á Chilindrín; á la Miriam no la parte un rayo, y yo tengo ya los huesos tan duros que ni serpientes, ni salvajes, ni hambres, ni naufragios me importan un comino.

¡Dios me conserve esta salud á prueba de bomba para mirar por el señorito, aunque me huelo que de todos modos va á acabar de mala manera!

No dirás que te escribo corto. Dentro de pocos días recibirás otra carta mía con instrucciones «respetives» al dinero que recibas, si ya no lo has archivado.

Te abraza de corazón tu hermano LUCIO.

RAMIRO BLANCO.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Las nuevas teorías de la criminalidad, por CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS, abogado.—Madrid, 1898.—En 4.º, 357 páginas: 5 pesetas.

Hé aquí una obra de capital interés para todos los que siguen con atención el desenvolvimiento de la ciencia penal y sus auxiliares. Basta hojearla para que se comprenda que es un libro utilísimo, donde se reúnen las doctrinas y las ideas de los tratadistas nacionales y extranjeros, agrupadas con verdadero conocimiento de la materia para que se puedan apreciar los grados por que ha pasado la ciencia dicha hasta alcanzar el desarrollo que hoy tiene.

El que quiera estudiar los orígenes y desenvolvimiento de la antropología criminal en los distintos países, la sociología criminal, sus orígenes y constitución, los problemas á que da lugar y sus cultivadores, lo mismo que cuestiones tan interesantes como el socialismo en la criminología y el derecho penal de la anarquía, en el libro del Sr. Bernaldo de Quirós lo hallará concienzudamente expuesto, al lado de todo lo relativo á la tercera escuela, la unión del derecho penal y la ciencia penitenciaria, cuyos orígenes y desarrollo se presentan con gran copia de datos que demuestran que al autor de la obra le es familiar la bibliografía de tales cuestiones. Concluye el libro exponiendo el movimiento y estado actual de las teorías de la criminalidad y trazando la solución que en lo porvenir tendrá la materia.

*
* *

La derrota de Horacio Nelson (25 de Julio de 1797), por MARIO AROZENA. *Monografía histórico-crítica premiada con pluma de plata en el Certamen literario celebrado por el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife en Julio de 1897. Segunda edición.*—Santa Cruz de Tenerife, imprenta isleña de Hijos de Francisco C. Hernández, 1898.—En 4.º, x-226 páginas.

Hay en las hermosas islas Canarias, contra lo que muchos creen, un importante movimiento literario, no tan elogiado y conocido como se merece, porque á causa de la centralización administrativa

que nos ahoga, apenas tiene resonancia cuanto acontece fuera de Madrid. En estos días de inmensas desventuras parece que ensancha el corazón leer libros en que se narran antiguos triunfos de esta viril raza española, que se nos antoja adormecida, pero no decadente; los nietos de quienes realizaron las proezas que admirablemente describe el Sr. D. Mario Arozena en su obra, justamente premiada, sacudirán algún día esta actitud de mansedumbre que ahora tienen.

El libro del Sr. Arozena está escrito á la moderna, es decir, que sus opiniones y juicios los fundamenta en más de cien páginas de notas y apéndices, para lo que ha tenido que revolver bibliotecas y archivos cuidadosamente. Monografías como la que nos ocupa son las que han de servir para que se escriba una verdadera historia de España.

Arozena demuestra en *La derrota de Horacio Nelson* que es un escritor concienzudo y que sabe expresarse con galanura y corrección. Parécenos que con producción de tales méritos se abre las puertas de la Academia de la Historia, que puede aprovechar su claro entendimiento y variada erudición nombrándole su individuo correspondiente en Canarias.

*
* *

Otras publicaciones.

Repertorio doctrinal y legal por orden alfabético de la Jurisprudencia civil española, por D. José María Manresa, director de la *Revista de Legislación*. Madrid, 1898. En 4.º, 513 páginas, 8 pesetas.—Da á conocer la jurisprudencia establecida por el Tribunal Supremo en sus sentencias dictadas en recursos de casación y decisiones de competencia, desde 1.º de Enero de 1894 á 31 de Diciembre de 1897; las resoluciones que en materia civil y en el mismo plazo han dictado la Dirección de los Registros y la de Gracia y Justicia del Ministerio de Ultramar, y los fallos del Supremo Tribunal de la Rota cuya publicación se autorice. Se citan las *Gacetas* que contienen íntegras las sentencias. Los extractos resultan hechos con plausibles exactitud, claridad y concisión.

Rivista d'Italia.—Sale á luz mensualmente en Roma, en cuadernos de 200 páginas con multitud de preciosos grabados. Al año, 25 liras en todos los países de la Unión postal.

En el número de Julio próximo pasado contiene:

«El ejército y la teoría del militarismo», por F. Ranzi; «El ramo de oliva», comedia, por G. Rovetta; «El amor en Leopardi», por G. Chiarini; «Los italianos en Constantinopla», por P. A. Palmieri; «Vasco de Gama», por A. V. Vecchj. Crónicas de literatura, ciencias, bellas artes, sociología, música, hacienda, etc.

La Quinzaine, París. Se publica los días 1.º y 16 de cada mes, en cuadernos de 140 páginas. Al año, 28 francos.—Contiene en su número de 1.º de Agosto: «El catolicismo social», por Max Turmann; «La hora y el meridiano de Greenwich en Francia», por P. Courbet; «Esteban Dolet, supuesto mártir del ateísmo en el siglo XVI», por L. Duval-Arnould; «La cuestión del latín», por Jorge Fonsegrive; «Crónica política», etc.

Revue des Questions Scientifiques, Lovaina (Pélgica). Sale á luz trimestralmente, en tomos de 352 páginas, con grabados en el texto. Al año, 20 francos.—En su número del 20 del mes pasado contiene: «Levantamientos y depresiones», por A. de Lapparent; «Poder de la imaginación, sudor de sangre y llagas sagradas», por el Dr. Surbled; «Simulación de la muerte», por J. H. Fabre; «Análisis de las radiaciones lumínicas», por el P. J. Thirion; «El hombre y el mono», por el Marqués de Nadaillac; «Variedades», «Bibliografía», etc.

La Voix Internationale, Bruselas. Revista bimensual, órgano de la Asociación internacional de escritores católicos. Cuadernos de 48 páginas. Al año, 15 francos.—Contiene en el número de 1.º de este mes: «La monarquía de los Habsburgo», por B. de Sydakoff; «Acerca de las memorias de ultratumba», por Edmundo Biré; «Monseñor Dechamps y sus escritos», por P. H. Nimal; «Revista política internacional».

Revue Internationale de Sociologie. Publícase mensualmente, en cuadernos de 80 páginas, bajo la dirección de Renato Worms, secretario general del Instituto Internacional de Sociología. Al año, 20 francos.—Contiene en el núm. 6: «Observaciones sobre el problema del hombre de genio y de la colectividad en la historia», por R. Altamira; «Jerarquía de las razas europeas», por C. Closson; «La sociología y G.-B. Vico», por F. Cosentini; «La economía social», por R. Worms; «Vida social contemporánea», «Revista de libros», etc.

O Instituto. Revista científica y literaria. Coimbra. Sale á luz mensualmente, en cuadernos de 64 páginas. Al año, 2.000 reis.—Contiene el número de Agosto: «La revolución de 1820 y el Con-

greso de Verona», por A. Vianna; «De la enfiteusis en el moderno derecho civil portugués», por Alfredo de Moraes Almeida; «Análisis químico de las aguas de Coimbra desde el punto de vista higiénico», por C. Lepierre y V. José de Seica, etc.

Introducción á un curso de geografía militar, por Carlos Porro, teniente coronel de Estado Mayor y profesor en la Escuela Superior de Guerra de Turín. Versión española de Pedro A. Berenguer, comandante de Infantería. Madrid, 1898. En 4.º, 50 páginas.— Este trabajo de gran valía, perfectamente traducido al castellano y avalorado por el Sr. Berenguer con notas muy oportunas, encabeza la magnífica obra de Porro titulada *Guis para el estudio de la geografía militar*.

A.

MADRID, 1898.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNANDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934.